

*Heretrosa:*  
JUÁREZ *en mi*  
ALMA



# *Herenstrosa:* JUÁREZ *en mi* ALMA

*Selección y estudio preliminar*  
Alexandra Reyes Haiducovich



**CONOCER  
PARA DECIDIR**  
EN APOYO A LA  
INVESTIGACIÓN  
ACADÉMICA

Miguel Ángel  
  
**Porrúa**

MÉXICO • 2008

La H. CÁMARA DE DIPUTADOS, LX LEGISLATURA,  
participa en la coedición de esta obra al  
incorporarla a su serie CONOCER PARA DECIDIR

Coeditores de la presente edición  
H. CÁMARA DE DIPUTADOS, LX LEGISLATURA  
MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor

Primera edición, marzo del año 2008

© 2008  
ALEXANDRA REYES HAIDUCOVICH

© 2008  
Por características tipográficas y de diseño editorial  
MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor

Derechos reservados conforme a la ley  
ISBN 978-970-819-078-7

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de los editores, en términos de lo así previsto por la Ley Federal del Derecho de Autor y, en su caso, de los tratados internacionales aplicables.

IMPRESO EN MÉXICO



PRINTED IN MEXICO

[www.maporrúa.com.mx](http://www.maporrúa.com.mx)

Amargura 4, San Ángel, Álvaro Obregón, 01000 México, D.F.

# ESTUDIO PRELIMINAR



NINGUNA PRETENSIÓN, porque Andrés Henestrosa no se lo permite, de hombrar a dos grandes mexicanos, dos oaxaqueños universales, dos indios zapotecas cuyo prodigio les valió alcanzar la gloria a muy pocos reservada. Pero sí con la clara intención de resaltar su ejemplo y su legado; el que uno heredó al pueblo de México y el que el otro aprendió de aquél, al que admira y respeta por sobre todos los héroes nacionales, con las coincidencias que van marcando el camino, mito y leyenda de ambos: Benito Juárez y Andrés Henestrosa.

Año de 1806 y año de 1906. Un largo siglo los separa, pero que para el indígena no ha roto la era milenaria de su condición, de su pobreza, de su desamparo, desde la conquista española. Indios los dos de origen zapoteca que nacen en pueblos humildes abandonados a su suerte; a la de los encomenderos del virreinato y a la de los latifundistas del porfirismo, que acaban siendo dos sistemas que ejercen una y la misma práctica: la de la explotación y el despojo de sus tierras. Juárez ve la luz en la sierra, en un pueblecito lla-

mado San Pablo Guelatao; Henestrosa, cerca del istmo de Tehuantepec, en San Francisco Ixhuatán. Pueblos lejanos, apartados, desprovistos siquiera de la más remota idea de progreso, donde la tierra y el río, el mar o la laguna, hacen fecunda la simiente de donde habrán de alimentarse, crecer y multiplicarse. Pero sin conocer la grandeza que encierra el mundo, las grandes civilizaciones, el conocimiento universal, a menos que abandonen el pueblo y se busquen mejores horizontes de vida.

La orfandad ensombrece su infancia casi por igual: Juárez pierde a los dos, a sus padres Marcelino Juárez y Brígida García, a los que ni siquiera llega a conocer, vuelve a padecer una segunda orfandad cuando los abuelos paternos fallecen, para quedar finalmente bajo el cuidado de su tío Bernardino Juárez, a quien la leyenda creará un carácter severo y de maltrato con el sobrino, al que explota en beneficio propio. Andrés pierde a Arnulfo Morales, su padre, cuando apenas tiene cinco años de edad. Pero le sobrevivirá la madre, su adorada Martina Henestrosa, Tina Man, que será el único par de ojos que guíe su camino. En las humildes condiciones en que ven transcurrir su infancia gris, uno se dedica al pastoreo de ovejas del pequeño rebaño que tiene el tío; el otro a trabajar en el rancho, a cuidar de las bestias y vigilar la ordeña, reducidos los dos al mismo afán cotidiano: sobrevivir de las labores del campo.

Andrés tiene el privilegio de asistir a la única escuela primaria que existe en Ixhuatán, precario adelanto que se atisba en el México rural a 100 años de distancia. Juárez, en desventaja, se contentará con pedirle al tío Bernardino que le

enseñe a leer, a escribir y hablar el idioma español, porque en su pueblo no hay escuela, mucho menos para los indios.

...los ejemplos que se me presentaban de algunos de mis paisanos que sabían leer, escribir y hablar la lengua castellana y de otros que ejercían el ministerio sacerdotal, despertaron en mí un deseo vehemente de aprender, en términos de que cuando mi tío me llamaba para tomarme mi lección yo mismo le llevaba la disciplina para que me castigase, si no la sabía; pero las ocupaciones de mi tío y mi dedicación al trabajo diario del campo contrariaban mis deseos y muy poco o nada adelantaba en mis lecciones...,<sup>1</sup> rememoraré más adelante Juárez en sus notas autobiográficas, *Apuntes para mis hijos*.

Benito Juárez tiene siete años de edad. Es la fecha en que entra José María Morelos y Pavón al estado de Oaxaca venciendo a los realistas, en una lucha sin tregua por conquistar la Independencia de España; nombra a Mariano Matamoros su segundo y lo asciende a mariscal de campo; funda el periódico *El Correo Americano del Sur* y continúa su campaña rumbo a Acapulco, donde se le unirán Hermenegildo Galeana y los hermanos Bravo, para integrar el Congreso de Chilpancingo y redactar el Acta de Independencia. Nada de esto entiende el niño Juárez, pero algo llegaría a sus oídos, tal vez aquella frase que dijera el cura de Carácuaro: “Viva España. Pero hermana y no dominadora de América”, para fincarse el deseo de servir a su patria cuando sea hombre. Y tanto Morelos como Vicente Guerrero —un demócrata y liberal, quien fuera doblemente traicionado: primero por Agus-

<sup>1</sup>Benito Juárez, *Apuntes para mis hijos*, México, SEP/Conasupo, 981, pp. 3-4.

tín de Iturbide cuando se proclamó emperador de México y después por Anastasio Bustamante cuando lo invitó a comer en su bergantín en Acatempan y tras el engañoso abrazo lo mandó asesinar— vendrán a ser las dos máximas admiraciones de Benito Juárez, ambos por su pensamiento político, su genio militar y su sacrificio por la patria hollada. Cuenta una de sus leyendas, la de la oveja perdida, que Juárez se echó el animal al hombro y se lo dio a la tropa insurgente que caminaba hambrienta, sin percatarse de que con ese generoso e inocente acto apoyaba al movimiento libertador acaudillado por el venerable cura don Miguel Hidalgo y Costilla.

La infancia de Andrés también se ve perturbada por un levantamiento armado, en el mismo año del 10: la Revolución mexicana. Andrés verá el paso de las tropas revolucionarias enfrentarse en Juchitán, ciudad a la que se habían trasladado a la muerte de su padre y sangriento campo de batalla que por esos años atrae toda la atención nacional. El niño tampoco acaba de entender por qué están enfrentados los soldados federales y los partidarios del licenciado “Ché” Gómez, líder local apoyado por el presidente Francisco I. Madero; nada comprende del sufragio efectivo y la no reelección; de los principios agraristas que enarbola el ejército libertador del sur. Tampoco ha oído hablar de los hermanos Flores Magón, sólo sabe que en su estado gobierna el hijo del ilustre “Benemérito de las Américas”, cuyo nombre ha visto en los estandartes de algunas partidas rebeldes. El niño pregunta a sus mayores y éstos le explican orgullosamente quién fue aquel grandísimo oaxaqueño, sembrándole su primer inquietud en torno a su figura.



La Revolución mexicana, que entonces todavía no llegaba a gobierno –comentará más tarde en la famosa carta dirigida a Ruth Dworkin–, llenaba de espanto el pecho cóncavo de los días mexicanos. Y el robo, el asesinato, el estupro, eran afanes cotidianos. Y no era menester el don de profecía para advertir que nuevas desventuras se cernían sobre nuestra casa, ya llena de goteras... Y otra tarde, tan triste como aquella en que salimos del pueblo, volvimos al pueblo. Nuestra casa había sido saqueada y quemada por los revolucionarios, y sólo quedaba en pie la cocina. No construimos una nueva casa, sino que acondicionamos la cocina, y en ella nos pusimos a vivir. Concurrí a la escuela, cada vez que la situación del país permitía que la hubiera, y aprendí a leer, a escribir y a recitar.<sup>2</sup>

Lo hace de los bandos revolucionarios pegados en los postes y las paredes, que se aprende de memoria y recita y de dos libros que tiene en su casa, herencia de su padre Arnulfo: *El Sol de mayo* de Juan A. Mateos y *Recuerdos y esperanzas* de Juan de Dios Peza, de donde va aprendiendo algo de la vida del ilustre patricio.

La única opción que tienen los niños para continuar su educación y bregarse un futuro con mejores expectativas es salir del pueblo, aunque ellos no lo quieran así y les duela la idea siquiera de abandonar su tierra natía, de dejar a su familia, a los compañeros de infancia “con quienes –dice Juárez en sus *Apuntes*– siempre se contraen relaciones y simpatías profundas que la ausencia lastima marchitando el corazón”. Juárez siente repugnancia por separarse del tío y la casa que

<sup>2</sup>Andrés Henestrosa, *Retrato de mi madre*, México, Instituto Oaxaqueño de las Culturas, 1995, pp. 23-24.

ha amparado su niñez y su orfandad, aunque la leyenda cuenta que fueron los rigores del tío Bernardino los que lo obligaron a huir o que la pérdida de la oveja le produjo tal terror que prefirió escapar con tal de evitar el tremendo trance de rendirle cuentas al tío. Lo cierto es que Juárez, relevando al tío de la supuesta culpa, o porque como dice don Andrés “la niñez no registra los instantes dolorosos, sino aquellos que ayudan a vivir”, toma la difícil decisión y así lo cuenta:

Era cruel la lucha que existía entre estos sentimientos y mi deseo de ir a otra sociedad, nueva y desconocida para mí, para procurarme mi educación. Sin embargo, el deseo fue superior al sentimiento y el día 17 de diciembre de 1818 y a los doce años de mi edad me fugué de mi casa y marché a pie a la ciudad de Oaxaca, a donde llegué en la noche del mismo día alojándome en la casa de don Antonio Maza en que mi hermana María Josefa servía de cocinera.<sup>3</sup>

Y mientras encuentra una casa dónde servir, se pone a trabajar en la granja de don Antonio ganando dos reales diarios. La suerte quiso que el indio conociera a un hombre muy piadoso, vestido con los hábitos de la Orden Tercera de San Francisco, llamado Antonio Salanueva. Este hombre, que ejercía el oficio de encuadernador y empastador de libros lo recibe en su casa y, partidario de la educación de la juventud, le ofrece mandarlo a la escuela. Salanueva, a quien Juárez llama su padrino, es su bienhechor, la estrella que iluminará la senda por la que él anhela caminar: la del conocimiento, aun en su descalza y mísera condición. Pero es precisamente

<sup>3</sup>Benito Juárez, *op. cit.*, p. 4.

en la escuela, la Escuela Real, donde Juárez sufrirá la primer experiencia de discriminación e injusticia contra las clases más desprotegidas y contra las que se pronunciará a lo largo de su vida, de hecho y de derecho. Primero, porque la escuela estaba dividida en decentes y pobres, los unos a cargo de un profesor y los otros, relegados en otro departamento bajo la dirección de un ayudante; segundo, porque el no haber hecho bien la plana de la 4a. escala por su escaso manejo del idioma español, le valió un tremendo castigo por parte del profesor que no solamente consideró injusto, sino que lo motivó a separarse definitivamente de la escuela y practicar por sí mismo lo poco que había aprendido, amén de que lo único que se enseñaba era el catecismo y la única carrera que había era la del sacerdocio. Con razón señala Andrés Henestrosa que Juárez, “antes de aprender las letras, supo de memoria la descarnada verdad de su país”. Afortunadamente, en casa de su padrino Salanueva hay obras clásicas del pensamiento griego y romano, de los enciclopedistas, de los ilustrados y los liberales estadounidenses que, junto con la Biblia y los devocionarios, son lecturas a las que recurre Benito Juárez en su afán por hacerse de una lengua de alcance nacional con la que pueda comunicarse, mientras se incorpora al Colegio Seminario. A propósito del sistema de enseñanza que se estilaba en aquella época y lo que hizo el indio, atinadamente señala Justo Sierra en su libro *Juárez su obra y su tiempo*:

...los hombres que durante la formidable vibración producida por la independencia entraron en la órbita del libro y de las

ideas nuevas, tuvieron que hacer un esfuerzo, cuya energía apenas podemos concebir, para desligarse de las vendillas de momia que envolvían sus almas, ponerse frente a la vida del espíritu y no renegar ni apostar, pero siquiera comprender.<sup>4</sup>

Andrés es un poco mayor, no ha pensado siquiera en la idea de marcharse de su pueblo, porque quiere permanecer al lado de su madre, doblemente viuda y desamparada, ya que los hermanos han tomado rumbos distintos, para ayudarla a levantar con sus cuatro manos desnudas lo poco que les quedó después de la avalancha revolucionaria: un potrero, una milpa, unas yeguas, unas cuantas cabezas de ganado y un pequeño terreno. Pero una noche en que están platicando acerca de su destino, es ella, su adorada Tina Man, la que lo conmina a buscarse una mejor suerte, al menos no tan adversa como la que priva en su casa donde falta el pan y sobra la tristeza y le dice resuelta:

¿Y si fueras a México, o a Oaxaca, a estudiar, como lo quiso tu padre, ya que Hono no pudo ir?... Yo me quedo aquí y tú te vas, a ver qué dispone Dios. Yo ya tengo dispuesta tu ropita: dos mudas de ropa, un par de caites nuevos y unos pesos, aparte lo de tu pasaje. Tomarás el tren de aquí a una semana, en Reforma, por la madrugada. Saldremos de aquí al caer la noche. Tú irás en el caballo que vas a vender en la estación, a Manuel Algarín; yo iré a pie, a tu lado, o en nancas, si el caballo lo permite...<sup>5</sup>

<sup>4</sup>Justo Sierra, *Juárez: su obra y su tiempo*, México, Editorial del Valle de México, t. 2, p. 13.

<sup>5</sup>Andrés Henestrosa, "Entonces vivía yo en Ixhuatán y me llamaba Andrés Morales", en *Cartas sin sobre. Confidencias y poemas al olvido*, México, Miguel Ángel Porrúa, 1996, pp. 59-60.

Andrés no le responde nada, solamente deja escapar una leve mueca de asentimiento, sabe que su madre ha cumplido su destino y que ahora le toca a él cumplir el suyo. Andrés también llegará un mes de diciembre a la capital de la República, el día de los santos inocentes del año de 1922, con 16 años de edad y 30 pesos en los bolsillos que se llevó de la venta de su caballo. Desconsolado llora a su arribo y busca a un paisano suyo para que le dé alojamiento, Benigno V. Jiménez, paga sus tres comidas diarias en una pensión, pero pronto se le acaba el dinero. Y así como Juárez encuentra un tutor para procurarse su educación, Andrés se topa con la mano extendida del secretario de Educación Pública, José Vasconcelos, quien lo inscribe en la Escuela Normal para Maestros y así forme parte de las misiones culturales que impulsa en todos los rincones del país a fin de dar alfabeto a los pobres y a los indios y le regala la colección de los “libros verdes”, que contienen los clásicos de la literatura universal. Andrés los comienza a leer con avidez, aunque sin entenderlos completamente, sólo para aprender la lengua castellana de la que, como Benito Juárez a esa edad e Ignacio Manuel Altamirano, otro indio insigne, apenas habla unas cuantas palabras.

Con oportunidades reducidas a unos cuantos establecimientos educacionales, continuar alentando su preparación se convierte en una hazaña difícil de acometer, cuanto y más para dos desventurados muchachos que tienen, además, que ganarse el sustento diario desempeñando algún oficio. Juárez continúa trabajando al lado de su padrino Salanueva encuadernando las obras de Feijoo y Salustio, de Rousseau

y el Abate Marchena, que lee con insaciable apetito. Andrés se refugia en los cines porque no tiene dónde dormir, se va a las cantinas a comer las sobras que dejan los comensales y es ayudante de chafirete, pero siempre con un libro bajo el brazo, teniendo casi por único alimento la letra, que también devora. Pero ninguna circunstancia adversa los hace flaquear en su empeño por estudiar y aprender, por labrar-se un futuro promisorio y soñar con ser alguien en la vida, esa es la naturaleza de ambos, la noble virtud indígena de la que están armados: la perseverancia. Así lo señala Andrés en su artículo “Mitología de Juárez”, al destacar uno de los muchos ejemplos que legó el Benemérito y que es también un poco reflejo de su propia experiencia: “Todos, por virtud del alfabeto, por razón de la perseverancia, pueden bajar de la montaña y escalar dignidades, magistraturas y alcanzar fama, gloria y nombre inmortal... El pastor de ovejas, puede llegar a ser pastor de hombres.”<sup>6</sup>

Juárez tiene que abrazar por un tiempo la carrera eclesiástica, aunque sienta una instintiva repugnancia hacia el clero, hasta que se establece el Instituto de Ciencias y Artes, de tendencia liberal y por lo mismo tildada de casa de prostitución, de herejes y libertinos, en donde entra a estudiar jurisprudencia. Pero tiene que suspender sus estudios porque al año, en 1829, se anuncia una invasión de españoles por el istmo de Tehuantepec y se alista en la milicia cívica, siendo nombrado teniente, para defender la independencia nacional. Andrés, por su parte, se ve obligado a abandonar

<sup>6</sup>Andrés Henestrosa, “Mitología de Juárez”, en *Los caminos de Juárez*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972, Colección Popular, p. 57.

la Normal de Maestros, porque la escuela se ha trasladado a unas instalaciones bastante retiradas y no tiene recursos para pagar el transporte hasta que su amigo, el pintor Manuel Rodríguez Lozano, lo ayuda para inscribirlo en la Escuela Nacional Preparatoria, donde se gradúa de bachiller e inicia la misma carrera que el insigne oaxaqueño: jurisprudencia, apoyado económicamente por su mitológica mecenaz, Antonieta Rivas Mercado. Separados por un siglo, pero coincidiendo con el año, en 1929 Andrés ha interrumpido nuevamente sus estudios y se encuentra lidiando con la causa del “Maestro de América”, arrollado por las juventudes vasconcelistas que lo siguen en su campaña rumbo a la Presidencia de la República, para ganar los sufragios por la vía del intelecto y no por la fuerza de las armas; que comparten los principios maderistas del respeto al voto, del derecho a disentir y a todas las formas de democracia; que sueñan con un México progresista y culto.

El ambiente político que circunda a los jóvenes es notoriamente distinto por cuanto los separa una larga centuria. Sin embargo, los síntomas de las confrontaciones que les toca presenciar apuntan, como en todos los tiempos en que se va inscribiendo la historia de México, hacia una y la misma causa: la patria atropellada, sojuzgada por los intereses mezquinos de unos cuantos, de los todopoderosos y una injusticia endémica contra los más desposeídos, enquistada casi como de raíz. La de Juárez, es una época donde los bandos se disputan el poder en una reyerta entre liberales y conservadores —con sus distintas facciones que van de moderadas a monárquicas—, facilitada por el desorden que pri-

va en la administración pública y por una paz inestable que no logró alcanzarse con la Constitución de 1824, que pronto convierten al país en un semillero fecundo y constante de convulsiones internas. La de Andrés, una fase reconstructiva y orientada hacia la integración nacional, pero donde impera la figura del caudillo, del hombre fuerte en el relevo de mandos, quien ostentará todo el poder legitimado en la conformación de un partido político que aglutinará y disciplinará a la enorme familia revolucionaria. Bajo este esquema de dominación, en la época denominada “Maximato”, la epopeya en la que participa Andrés junto con miles de estudiantes seducidos por el verbo ardiente y el mesianismo de José Vasconcelos, quien pretendiera afirmar al país en su raza y espíritu y redimirlo mediante el trabajo, la virtud y el saber, será aniquilada por el oficialismo gobernante en una violenta, falaz y antidemocrática contienda electoral.

Esta experiencia determinante en la vida de los jóvenes marca el despertar de su fervor y profundo amor a la patria. A los 23 años de edad, tanto Benito Juárez como Andrés Henestrosa levantan sus puños y alzan la voz para pronunciarse por los mismos e inmutables principios heredados de los próceres de la independencia: justicia, igualdad, libertad, democracia, respeto a la ley y sus instituciones. Juárez peleará por la instauración de la República representativa, popular y federal que quedó consignada en la Constitución del '24; por destruir el poderío de las clases privilegiadas y del clero omnipotente; por alcanzar un régimen de libertad para el hombre oprimido; por hacer “efectiva la igualdad de derechos y obligaciones entre todos los ciudadanos y entre todos



los hombres que pisen el territorio nacional, sin privilegios, sin fueros, sin monopolios y sin odiosas distinciones”;<sup>7</sup> por mantener viva la doctrina de que México tiene el derecho de darse el gobierno que desee su pueblo y dismantelar “hasta en sus más ocultos cimientos el gran edificio levantado por los virreyes y sostenido por los partidarios del absolutismo religioso y político”<sup>8</sup> o, en palabras del historiador Jorge L. Tamayo, por romper con un pasado opresor sancionado por la legislación colonial, que el régimen independiente mantenía vigente. Andrés, luchará por que la monumental obra reformista, democrática y liberal alcanzada por Juárez se mantenga incólume, inalterables sus valores esenciales, de los que ya empieza a tomar nota como norma del buen mexicano que quiere llegar a ser.

Los vuelcos que se suceden en la evolución política, social y económica del país a partir de ese año del '29, en sus respectivos siglos, fijarán el rumbo por el que irán desarrollando sus propias vidas, dando cauce a sus más elevadas aspiraciones: Juárez, cuando es nombrado regidor del Ayuntamiento de la capital y Henestrosa, cuando ve publicadas sus leyendas zapotecas en un pequeño libro intitulado *Los hombres que dispersó la danza*, que escribió gracias al estímulo de su maestro Alfonso Caso y la generosidad de Antonieta. El primero, se inclinará por la abogacía, entendida su fama como el legislador más fructífero que haya dado México y símbolo de la nacionalidad; el otro, por la literatura, el pe-

<sup>7</sup>Benito Juárez, *op. cit.*, p. 9.

<sup>8</sup>Juan de Dios Peza, *Memorias. Epopeyas de mi patria: Benito Juárez*, México, Factoría Ediciones, 1998, Colección La serpiente emplumada, vol. 5, p. 8.

riodismo, la historia, la política, la bibliofilia y el juarismo a ultranza, para llegar a ser, con la justa proporción guardada, preclaros defensores de la dignidad humana, ejemplos indiscutibles de mexicanos ilustres, dechados de hombres que con sus actos y pensamiento fecundos nutrieron la tierra mexicana que sigue pariendo a los buenos ciudadanos.

Para principios de 1833, Juárez ya es diputado al Congreso de su estado y se da a la tarea de proponer la derogación de las leyes injustas que imponía la Iglesia. Apenas recibiendo el título de abogado, se le nombra magistrado interino de la Corte de Justicia, cargo que deja al poco tiempo cuando es derrocada la administración de don Valentín Gómez Farías. Dedicado a su profesión, acepta encargarse de la defensa de un grupo de indígenas que acuden a él protestando por los abusos en el pago de las obvenciones que les cobra el cura del pueblo de Loxicha. Pero, dado que el clero todavía se halla en pleno goce de sus fueros, en alianza con el poder civil, no solamente se ordena injustamente la aprehensión de los quejosos, sino la del mismo Juárez, al que envían por un tiempo a prisión.

Estos golpes que sufrí —escribirá en sus *Apuntes*— y que veía sufrir casi diariamente a todos los desvalidos que se quejaban contra las arbitrariedades de las clases privilegiadas en consorcio con la autoridad civil, me demostraron de bulto que la sociedad jamás sería feliz con la existencia de aquéllas y de su alianza con los poderes públicos y me afirmaron en mi propósito de trabajar constantemente para destruir el poder funesto de las clases privilegiadas. Así lo hice en la parte que pude y así lo haría el partido liberal; pero por desgracia de la Huma-

nidad el remedio que entonces se procuraba aplicar no curaba el mal de raíz, pues aunque repetidas veces se lograba derrocar la administración retrógrada reemplazándola con otra liberal, el cambio era sólo de personas y quedaban subsistentes en las leyes y en las constituciones los fueros eclesiástico y militar, la intolerancia religiosa, la religión de Estado y la posesión en que estaba el clero de cuantiosos bienes de que abusaba fomentando los motivos para cimentar su funesto poderío.<sup>9</sup>

Como consecuencia de las constantes sediciones civiles y militares que impiden la marcha pacífica del país, Juárez asume y se retira de diversos cargos públicos que le encomiendan las administraciones liberales, siendo incluso nombrado gobernador interino y constitucional de su estado y, aunque perseguido, asegura “no vacilé en ayudar del modo que me fue posible a los que trabajaban por el cumplimiento de la ley, que ha sido siempre mi espada y mi escudo”,<sup>10</sup> hasta que estalla un motín que acaba con la imposición del tiránico Antonio López de Santa Anna y la aprehensión y exilio de Juárez en 1854, primero en La Habana y luego en Nueva Orleáns, donde se dedica a torcer tabaco. Enterado del acontecer político de México por la correspondencia que mantiene con la pléyade de cerebros que lo siguen, también se dará a la tarea de conminar a los compañeros del destierro, entre los que se encuentran Melchor Ocampo, José María Mata y Ponciano Arriaga, a regresar a la patria para establecer un gobierno que haga feliz a la nación por los medios de

<sup>9</sup>Benito Juárez, *op. cit.*, pp. 17-18.

<sup>10</sup>*Ibidem*, p. 20.

la justicia, la libertad y la igualdad. Mientras la injusticia lo persigue y lo acosa constantemente, él va detrás de la ley y se refugia infranqueable e impasible en ésta, para hacerla valer. En 1855, Santa Anna abandona el poder, se elige a Juan Álvarez Presidente de la República y lo nombra ministro de Justicia e Instrucción Pública, deviniendo figura nacional y adalid del pueblo subyugado cuando expide la Ley General sobre Administración de Justicia o Ley Juárez, con la que fueron abolidos los fueros y privilegios que tenían los militares y el clero por encima de otras personas, y punta de lanza para la expedición de las que en conjunto se denominarán Leyes de Reforma. Éstas, en su más pura esencia, estaban encaminadas a garantizar la igualdad de derechos de los individuos, con la abolición de los fueros, la desamortización de las propiedades de la Iglesia, la secularización del registro de nacimientos, defunciones y matrimonios, la libertad de imprenta y otras.

Bajo la nueva administración, encabezada por Ignacio Comonfort, en 1857 se promulga la nueva Constitución Política de la Nación que ya contiene buena parte de su pensamiento y es electo gobernador constitucional del estado de Oaxaca, donde como primer paso expide la Constitución Política de su estado. Comonfort lo nombra ministro de Gobernación y posteriormente, presidente de la Suprema Corte de Justicia lo que le da, por ministerio de ley, el carácter de vicepresidente de la República. Sin embargo, la inclinación de Comonfort de volver al centralismo y ostentar un poder omnímodo desconociendo la Constitución, ocasiona un golpe de Estado que lleva a Juárez a asumir interinamente la

Presidencia de la República, con sede en Veracruz, dando inicio a la Guerra de Reforma o Guerra de Tres Años, que se librará entre 1859 y 1861 y donde saldrá triunfante la causa liberal al mando de Juárez, tal y como apunta Justo Sierra:

No son los hombres de pensamiento puro, por elevado, por trascendental que sea, los llamados a personificar estos momentos vertiginosamente acelerados de la evolución social (que son los únicos que merecen legítimamente el nombre de revoluciones); son los hombres que tienen como cualidad suprema el carácter, la inquebrantable voluntad; sin los Lerdo, sin los Ocampo, sin los Ramírez, las revoluciones no son posibles; sin los Juárez, no se hacen.<sup>11</sup>

Pero esa no será la última batalla que enfrentará Juárez en su afán por alcanzar sus más caros ideales de libertad, justicia, igualdad y paz entre los individuos como en la nación. Sobre él pesará una nueva afrenta que hará crecer su estatua como símbolo de la nacionalidad. Primero, ante las presiones del exterior por el cobro de un adeudo pendiente con España, Francia e Inglaterra y luego frente a la crasa intervención extranjera; la de Napoleón III y el ejército francés, que incursionan en territorio nacional para establecer, con el beneplácito de los conservadores, el Segundo Imperio. Estos hechos obligan a Juárez a cambiar constantemente la sede de su gobierno en una penosa e infranqueable peregrinación por el norte del país, que terminaría definitivamente con el fusilamiento del emperador Maximiliano de Habsburgo en el cerro de las Campanas y la entrada triunfal de don Benito

<sup>11</sup>Justo Sierra, *op. cit.*, p. 16.

Juárez a la capital de la República el 15 de julio de 1867, que sella con las siguientes palabras:

Mexicanos: el gobierno nacional vuelve hoy a establecer su residencia en la ciudad de México, de la que salió hace cuatro años. Llevó entonces la resolución de no abandonar jamás el cumplimiento de sus deberes, tanto más sagrados, cuando mayor era el conflicto de la nación. Fue con la segura confianza de que el pueblo mexicano lucharía sin cesar contra la inicua invasión extranjera, en defensa de sus derechos y de su libertad... Confiamos en que todos los mexicanos, aleccionados por la prolongada y dolorosa experiencia de las calamidades de la guerra, cooperaremos en lo de adelante al bienestar y a la prosperidad de la nación, que sólo pueden conseguirse con un inviolable respeto a las leyes, y con la obediencia a las autoridades elegidas por el pueblo...<sup>12</sup>

Juárez es nombrado Presidente de la República para el periodo 1867-1871. El día 15 de septiembre se prepara para ir al Teatro Nacional a dar el grito de Independencia que él acababa de consumar y restablecer por segunda ocasión, razón por la cual lo llaman padre de la segunda independencia y creador del Estado mexicano moderno. Juan de Dios Peza asiste al solemne acto, nunca antes ha visto a Juárez en persona y se queda conmovido cuando detrás del grito de Independencia, el público agrega con todo su corazón y voluntad un “¡Viva Juárez!”, que lo hace estremecer. Al terminar de entonar el Himno Nacional, un compañero suyo le pregunta

<sup>12</sup>Luis González y González, *Galería de la Reforma. Una remembranza y 45 testimonios de Juárez y su México*, México, Secretaría de Educación Pública, pp. 224-225.

si lo vio bien, a lo que Juan de Dios Peza responde que sí, que no le ha apartado los ojos ni un segundo, pero que no podría describirlo. “¿Por qué?”, le pregunta su compañero y Peza responde: “¡Porque me ha deslumbrado con su gloria! ¿Quién puede mirar al Sol frente a frente?”<sup>13</sup>

Juárez alcanza la gloria con el triunfo de la República, pero sobre su vida cae una nueva tormenta, la muerte de su esposa Margarita Maza cuando apenas tiene 45 años de edad. A un tiempo le llegan la gloria y la viudez, que resiente profundamente, pero con serenidad, sólo llora un instante y acepta con resignación su inevitable partida. Había ganado una guerra decisiva para el futuro de la nación que ahora disfrutaría sin la compañera que había ligado irreduciblemente su vida a la de él, siempre firme y fiel al pensamiento y la acción del marido, donde hubiera que seguirlo o esperarlo. Notable mexicana que supo aguardar la hora del triunfo con inteligencia, que aceptó el sacrificio de su familia, porque sabía que en todo estaba la suerte de la patria.

El Benemérito de América, que ya es llamado así en toda América Latina desde que el Congreso colombiano lo propuso y la República Dominicana lo proclamó en 1867, es reelecto para un nuevo periodo presidencial, que gana por amplio margen en las votaciones, aunque sin alcanzar una mayoría absoluta, para el periodo 1872-1876. Solamente así se logrará asegurar la continuidad del régimen republicano y democrático que rige a México, a pesar de sus opositores. Pero Juárez se siente mal, tiene fuertes dolores en el pecho

<sup>13</sup>Juan de Dios Peza, *op. cit.*, p. 19.

que lo obligan a guardar reposo absoluto, mientras lee una obra escrita en francés, *Cours d'histoire des Legislations Comparées* de M. Lerminier. El 18 de julio de 1872 amanece peor, siente como si un millón de agujas le perforaran el pecho, ninguna compresa aminora el dolor que le prolonga el sufrimiento incontenible durante horas y que lo hace expirar a las once treinta de la noche, con el rostro tranquilo, sereno, impasible como él decía que era. El cuerpo queda expuesto en el Salón de Embajadores, con su frac, su banda tricolor en el pecho y las insignias masónicas. Todo el pueblo guarda silencio, hasta sus más encarnizados enemigos están de luto y de pie. El cortejo fúnebre llega al panteón de San Fernando, para depositar los restos del presidente Juárez que ya pertenece a la historia, a la de México, a la de América Latina y el mundo. Descanse en paz, ilustre Benemérito de las Américas.

Andrés Henestrosa, junto con los muchachos que habían estado al lado de José Vasconcelos sorteando toda clase de riesgos y sacrificios, lloraron abrazados con sus alas caídas y su bandera echa jirones al conocer el conteo final de los votos ese mes de noviembre de 1929. Antonieta Rivas Mercado huye decepcionada rumbo a Nueva York y Andrés se ve súbitamente arrojado del paraíso prestado por su mecenas, para regresar de nuevo a la calle con sus energías consumidas, trastocado por el quimérico sueño de construir una patria nueva, pisoteado el ideal democrático al que aspiraban todos los mexicanos. Andrés está confundido, resentido con su país y sus instituciones por el fraude electoral, pero no se aparta de sus anhelos y funda la Sociedad Nueva de Estudiantes



Juchitecos (SNEJ) con las nuevas generaciones de istmeños que van llegando a la capital y con quienes publica la revista *Nesha*, para contar las cosas de su tierra natal, sus tradiciones, sus costumbres, sus leyendas perpetuas, la historia oaxaqueña tan llena de ejemplos de hombres de esfuerzo y de talento, de una civilización de altura envidiable, a la misma que perteneció Juárez. Consigue un efímero empleo en la Biblioteca Iberoamericana, donde es mozo y luego informador y se alimenta de los círculos intelectuales, de la inteligencia mexicana que se regodea en el Café París, hasta que postula para una beca de la Fundación John Simon Guggenheim, de la cual se hace acreedor en 1936 y se va a estudiar a la Universidad de Berkeley, en California, con el ánimo de no regresar a su patria nunca más, porque siente que lo ha traicionado.

Coincidentemente con el día en que Benito Juárez cumple 64 años de fallecido, el 18 de julio de 1936, Andrés sale rumbo a Estados Unidos. Ese mismo día estalla la Guerra Civil española, que Andrés equipara con la Guerra de Tres Años, por haber sido promovida, como la española, por la máxima reacción conservadora y, sintiéndose cada vez más cercano al patricio, al que lleva en su mente y en su alma, apunta:

A bordo del tren que me llevaba a Palo Alto hice un recuento de mis días, de una lucha que siete años antes habíamos perdido para México, según seguía creyéndolo [la de Vasconcelos]. Pasé lista de mis compañeros de aventura, de aulas, de lecturas. Llamé a concilio a los viejos maestros hispanoamericanos: Sarmiento y Alberdi; Martí y Montalvo; Rodó y Bilbao; Varona y González Prada. ¿En qué fila estarían si vivieran,

si volvieran? Al lado de la República, contesté sin titubear... Y mis amigos y compañeros de ideales y de sueños, ¿en qué partido se inscribieron? En el de los republicanos españoles, sin duda. Y yo, ¿en cuál? Con la República, como si hubiera sido mi tiempo en la Guerra de Tres Años —ese podría ser el nombre de la Guerra Española— habría estado del lado de Benito Juárez...<sup>14</sup>

Andrés está realizando sus estudios e investigaciones acerca de la significación de la cultura zapoteca en América en la Universidad de Berkeley y sigue la asonada española con tal vehemencia como si fuera oriundo de la madre patria, como si suya fuera una guerra que había partido a España en dos. Entonces empieza a conciliar en su corazón a indios y españoles, de quienes había heredado dos lenguas y dos culturas que se hacían una en su ser, en el de cada hombre y mujer mexicanos. Unos meses más tarde se traslada a la ciudad de Chicago para seguir estudiando, empeñado en darle signos escritos al sonido de las palabras y a las estructuras de la lengua zapoteca. Consigue un segundo año de beca y se desplaza a la ciudad de Nueva Orleans, al Middle America Research Institut de la Universidad de Tulane, atraído por una biblioteca que se cuenta como la más completa sobre temas mesoamericanos y quizás también porque sabe que Juárez permaneció en esa ciudad durante un breve exilio y lo imagina junto con Melchor Ocampo y Ponciano Arriaga, tratando de recuperar el territorio de La Mesilla, desarticulando cualquier intento por desmembrar a la Baja California

<sup>14</sup>Andrés Henestrosa, *Divagario*, México, El Día en libros, 1989, pp. 103-104.

del territorio nacional, buscando la manera de convencer y probar a los mexicanos de que Santa Anna es un traidor. En ese lugar Andrés empieza a recordar los pasajes en que Juárez vio y vivió la discriminación que ahora le toca sufrir a él: primero, porque no le quieren rentar un cuarto por ser mexicano; después, cuando un alumno de la escuela, blanco como la leche y prejuiciado por la raza, le pide al director que lo saque de la institución y escribe:

Juárez fue el indio, el indigente que vino a probar que ninguno es más que otro si se le ofrecen los medios para instruirse, para que su mundo crezca, para que abandone la aldea. Él es uno de los que han enseñado que no hay razas superiores, que abatió el orgullo de los hombres blancos, que escuchó impasible los ruegos y las amenazas de los poderosos y blandió sobre sus cabezas la espada del derecho.<sup>15</sup>

Entonces se hace amigo de los negros, como para solidarizarse con esa lucha tenaz y silenciosa que pugna por extirpar de las conciencias sajonas las más indolentes prácticas discriminatorias, que la Guerra de Secesión no pudo desterrar. Después se irá a Nueva York a seguir engullendo bibliotecas y tarros de cerveza en el Bronx de Harlem, donde vive su amigo el poeta Langston Hughes, que es negro.

Andrés regresa de su destierro voluntario cuando se da cuenta de que en la lejanía México creció para él; que hay un Presidente de la República que está escuchando a su pueblo y vela por sus intereses; que asumió la afrenta de salvaguar-

<sup>15</sup>Andrés Henestrosa, "Pan y escuela para los indios", en *Agua del tiempo*, México, Novedades, 1991, p. 117.

dar la soberanía nacional despojando de las garras del imperialismo yanqui a la industria petrolera, el tata Lázaro quien, al pie de la estatua del Benemérito, en la conmemoración de su natalicio declara: “Juárez reveló al mundo la capacidad del indio mexicano. Pueblo de Guelatao: admiro la veneración con que recuerdas su memoria.”<sup>16</sup> En las tertulias del Café París a las que evidentemente regresa Andrés para seguir codeándose con la inteligencia mexicana, el joven poeta Octavio Paz le pide una colaboración para su nueva revista y Andrés le da un fragmento de la carta que le escribió a Ruth Dworkin en Chicago, donde narra aspectos de su tierra natal y trazos de la vida de su madre Martina Henestrosa. Preso de una suerte de fascinación por tan magistral epístola, Octavio Paz decide publicarla en el número uno de la revista *Taller*, en diciembre de 1938, con el título “Retrato de mi madre”, carta que con el tiempo vendrá a ser una de las obras literarias más veces publicada en México.

Andrés parece olvidarse de los rencores de antaño y, por insistencia de Fernando Benítez, acepta colaborar en el periódico *El Nacional*, de tendencia gobiernista, en la columna “El Museo Nacional”, para que haga la interpretación literaria de alguna obra de arte contenida en el Museo Nacional de México. Uno de los artículos que escribirá para este diario y quizá el primero en toda la producción hemerográfica que registra Henestrosa sobre la vida y legado de Benito Juárez, es el que le inspiró un cuadro donde aparece el patricio apoyado en el regazo de su mujer y que intituló: “Juárez y

<sup>16</sup>Comisión del Papaloapan, *Pensamientos sobre Benito Juárez en Guelatao 1898-1978*, Guelatao, Oaxaca, 1978, p. 11.

Margarita”. En este artículo, escrito en 1939, ya se percibe el culto a su personalidad al develar los sentimientos y actitudes que tenía el señor Juárez con doña Margarita, cuando se pregunta si en la agitada vida política que llevaba acaso tuviera tiempo de atender los menesteres del hogar. “Juárez es la patria y es amoroso hasta el deliquio”, señala y, en la descripción donairosa que hace de su relación de esposo y de hombre de Estado hace crecer las dos estatuas: la de la mujer, que aplaudió sus primeros triunfos y le dio consejo y lo redujo a esclavitud; y la del hombre cuando apunta:

Veamos aquí al zapoteca ilustre, la cabeza apoyada contra la cabeza de Margarita Maza. Ni quién pensara que esta misma cabeza meditó leyes de hierro, ni que esta cara imposable se volvió pétrea cuando, postrada a sus pies una dama que le pedía la vida de un príncipe, tuvo que decir que no era él, sino la ley la que mataba a Maximiliano, el del otro imperio...<sup>17</sup>

Alguna similitud también encuentra acomodo en la relación que guardan con sus entrañables mujeres. Juárez conoce a Margarita en la cuna, la ve nacer en la casa de don Antonio Maza, donde trabajaba su hermana Josefa; Andrés conoce a doña Alfa Ríos cuando es apenas una niña de dos años, hija de su maestro de primaria, don Herón N. Ríos. Pero la juventud mantiene a los muchachos tan imbuidos en el ansia del saber y en los vuelcos de la política que en nada les preocupan los afanes del amor. Mientras tanto, las joven-

<sup>17</sup>Andrés Henestrosa, “Juárez y Margarita”, en Jesús Contreras Granguillhome, *Primores de lo mínimo. Una excursión por el Museo Nacional 1939-1940*, México, El Nacional, 1996, p. 103.

citadas oaxaqueñas de rostro cetrino van creciendo sin apresuramientos, los esperan silenciosas en una suerte de fidelidad predestinada, sus ojos puestos en ellos hasta que les llegue la hora de tomar la decisión. Los muchachos ya sobrepasan los 30 años, Juárez mantiene inalterable su disciplina por el estudio y el trabajo y, cuando es nombrado juez de primera instancia del ramo civil y de hacienda de la capital del estado y recibe su título de abogado, decide casarse con doña Margarita Maza Parada, en julio de 1843. Andrés, por su parte, está dedicado a la labor periodística, trabaja como maestro en la Escuela Normal Superior y pasa largas y felices horas en las tertulias del Café París, donde sigue concentrada la intelectualidad mexicana, pero ahora mezclada con los exiliados españoles llegados a la capital, que convierten en una auténtica romería las tardes de café y para él, en alarde de fraternidad. Andrés invita a Alfa al teatro, a comer, pero lleva una vida un tanto desordenada y permanece inmutable a sus calladas súplicas, hasta el día en que ella le reclama: “¿Acaso quieres que me regrese a Juchitán y me case con un pescador, con un iguanero, con un empleado de mostrador?” Y Andrés recapacita, en realidad no quiere que Alfa regrese a su pueblo donde no tiene ningún porvenir, la quiere a su lado y decide pedirla en matrimonio para casarse con ella un año después, el 24 de mayo de 1940. Y así como Andrés dice de Juárez: “su grandeza se humilla, claudica su voluntad ante la presencia de la esposa”, asume su propia condición frente la de Alfa, en quien reconoce su otra mitad, el otro seno que lo crió, que lo domesticó. En ninguno de los dos se concibe el triunfo sin la presencia de sus mujeres, las fieles

compañeras sin las cuales no habrían podido llegar a escalar cimas tan altas: la de Margarita al lado de Juárez, porque “como las mujeres antiguas, como las madres mexicanas, no hubo dolor ni sacrificio que no aceptara si en ello estaba de por medio la suerte de su marido, de su casa y de su pueblo”;<sup>18</sup> que fue la misma condición de Alfa al lado de Andrés. Curiosamente, las dos vendrán a morir antes que ellos, dejándoles en su corazón una inmensa sombra a la que Juárez sobrevivirá tan solo año y medio y Andrés más de los que le promete cumplir al pie de la tumba.

Al inicio de la década de los años cuarenta, gracias al clima de distensión interna que se vive en México y a la gran cantidad de intelectuales españoles que se encuentran en la capital, el gobierno comienza a promover muy fuertemente la creación de centros de investigación, casas editoriales y revistas, por lo que un editor hispano se acerca a Henestrosa y le encomienda escribir unas 100 cuartillas acerca de la obra y pensamiento de Benito Juárez. Con un regocijo inusitado por descubrir y describir el ideario político de un personaje de la historia patria que ya anida fervientemente en su alma, Andrés lee y relee todo cuanto hasta entonces se había escrito sobre el indio de Guelatao, señaladamente los tres volúmenes publicados por Ángel Pola dentro de su Biblioteca Liberal; los dos libros de Francisco Bulnes: *El verdadero Juárez* (1904) y *Juárez y las Revoluciones de Ayutla y de Reforma* (1905); todos los libros, opúsculos y folletos que se escribieron para refutar a Bulnes “en aquel vano intento de bajar a Juárez de la esta-

<sup>18</sup>Andrés Henestrosa, “En letras de oro”, en *Los caminos de Juárez*, *op. cit.*, p. 91.

tua en que lo colocó la gratitud nacional, pero que sólo consiguió multiplicar sus estatuas”, como apunta denodadamente Andrés en buena parte de sus escritos; así como los *Apuntes para mis hijos*, de Benito Juárez. Desafortunadamente, la casa editora quebró y el ensayo de Andrés quedó inédito y, para él, perdido. No obstante y por una feliz ocurrencia, en 1944 el profesor y diputado federal Ramón G. Bonfil, le comenta sobre su intención de reunir en pequeños volúmenes lo más selecto del pensamiento liberal para su editorial Horizontes y, aunque Andrés había perdido el manuscrito original, conservaba en su mente el ideario juarista, circunscrito a máximas, apotegmas, frases y aforismos de todo lo que había leído sobre él y fácilmente pudo reconstruir la obra. A medida que Andrés va elaborando este ensayo, va descubriendo en Juárez a un hombre del que emanan dos naturalezas convergentes: la firmeza y la mansedumbre, un león y un cordero amalgamados en su propio ser, recuerda un refrán zapoteca referido a una norma de conducta que dice: “En una mano la flor, en la otra, el látigo” y decide intitular su trabajo: *Flor y Látigo*. Ese mismo año también sale a la luz *Benito Juárez, textos políticos*, en la colección Biblioteca Enciclopédica Popular de la Secretaría de Educación Pública, donde Andrés agrega a la introducción el texto “Sus primeros años”, percibiéndose con mayor intensidad la devoción que se le va afirmando hacia el patricio.

Por esas fechas, Andrés entra a trabajar como jefe del Departamento de Impuestos Especiales de la Tesorería del Distrito Federal y pronto se da cuenta de la corrupción que impera en la institución. Decidido a ponerle punto fi-



nal a ésta que considera una situación inmoral y por tanto inaceptable, saca bríos de una honestidad sometida a la prueba más dura y seductora. Pero su probidad ya la trae desde pequeño, del seno materno, de su hermano Honorato al que apodaban “don Honor”; lo poco que le faltaba lo aprende de Juárez cuando rescata de su ideario las siguientes palabras: “Los republicanos de corazón... se conforman con vivir en una honrosa medianía, que aleje de ellos la tentación de meter mano en las arcas públicas, para improvisar una de esas vergonzosas fortunas, que la sociedad reprueba y siempre maldice”.<sup>19</sup> Intachable en su conducta al frente de este departamento, amigo de la élite política surgida de la Escuela Nacional Preparatoria e infalible al ejercicio periodístico, en 1952 es nombrado jefe del Departamento de Literatura y Editorial del Instituto Nacional de Bellas Artes. Andrés entonces se da a la tarea de fomentar y promover la producción literaria en todos sus géneros. Publica la revista trimestral *Las Letras Patrias*, en cuyo primer título curiosamente rescata un valioso opúsculo del siglo pasado de Pedro Santacilia, el redactor de la correspondencia de Benito Juárez, intitulado “Del movimiento literario en México”. Más adelante, reúne las inquietudes, manifestaciones y sentires de nuevas generaciones de poetas y escritores y publica un *Anuario de poesía* y un *Anuario de cuento*; inaugura un programa de conferencias literarias a las que denomina jueves literarios y al ver la gran acogida, instaura también los martes literarios y los viernes poéticos y todavía le dan sus ímpetus para lan-

<sup>19</sup>Andrés Henestrosa, “La honestidad como institución”, en *Agua del tiempo*, *op. cit.*, t. I, p. 304.

zar la convocatoria de un Certamen Continental de Novela. Ninguna otra pretensión tiene Andrés que la de proveer al pueblo de México de la letra, promover a los nuevos valores que van surgiendo en la poesía y la narrativa y dejar a las generaciones venideras los escritos más sobresalientes reunidos en libros que les hagan más fácil la investigación literaria, lo que sin duda va constituyendo, desde su propia trinchera, uno de los grandes aportes que hará a la nación.

La actividad periodística y literaria de Andrés Henestrosa es cada vez más prolífica, ya que además de sus actividades en el Departamento de Literatura del INBA, funda la revista *Estaciones* y se inicia en el periódico *Novedades*, sin dejar de dictar sus clases de literatura en la Preparatoria Núm. 2 Licenciado Primo de Verdad y Ramos. A lo largo de los años en que Andrés escribirá para este diario, aparecerán numerosos artículos inspirados en la obra, mito y legado de Benito Juárez. Muchos de ellos, escritos en 1956, cuando se aproxima el centenario de la promulgación de la Constitución Política de México que antecede a la actual y en los cuales Andrés empieza a invocar su nombre, como anticipándose a los festejos que ya espera ansioso, para ser el primero en echarle laureles a su corona. Como literato, historiador y juarista declarado, en ellos va exaltando la grandeza del Benemérito por los muchos legados que va encontrando en su pensamiento y acción y que a ratos parecen ser la regla de oro que va conduciendo su propia vida, cuando dice:

...con sólo oír el relato de su pasión y su aventura, un día nace en nosotros, sobre todo en la infancia, la decisión de repetir y

emular la acción y la vida de los héroes locales y nacionales. Así ocurre con el nombre de Benito Juárez, por ejemplo. Su historia, su leyenda y su mitología, entran a formar parte del barro con que se fraguan los indios todos de México pero en los de Oaxaca principalmente.<sup>20</sup>

Pero lo más destacable es que para el 21 de marzo de ese mismo año, en ocasión de celebrarse el 150 aniversario del natalicio de Benito Juárez, Andrés escribe alrededor de 16 artículos secuenciales para airear la vieja controversia suscitada entre Francisco Bulnes, por su libro *El verdadero Juárez* y el que escribiera don Jesús Galindo y Villa refutando al de aquél, sobre la Intervención francesa y el Imperio. En un acucioso intento por demostrar que “una de las causas que concurren para la definitiva glorificación de Juárez, fue justamente el libro de Bulnes”, de quien si bien se expresa con respeto al aceptar que fue un polemista formidable y sabio en el manejo del silogismo y los sofismas, también afirma que su libro –aparecido en 1906 por virtud de conmemorarse el centenario del nacimiento de Benito Juárez– “solamente fue escrito con el avieso fin de destruirlo”. Y Andrés se enfrasca tanto en esta polémica, “que la asume como un reto personal, más para seguir abonando a la gloria de Juárez que para la suya propia y traza sus artículos con tal prolijidad en la nota al pie, las erratas, las citas textuales y los números de página, que le valieron la publicación de un opúsculo de edición especial por parte de la Secretaría de Hacienda y

<sup>20</sup>Andrés Henestrosa, “La simiente de los grandes hombres”, en *Agua del tiempo*, *op. cit.*, pp. 59-60.

Crédito Público, por el conocimiento, sentido crítico y fundamento incontestable que había vertido en sus artículos”.<sup>21</sup>

El año de 1957 Andrés lo recibe con gran fervor, ya que se conmemora el centenario de la promulgación de la Constitución Política y el título de villa que el presidente Benito Juárez le dio a la ciudad de Juchitán, festejo al que nueve años más tarde, cuando Andrés es diputado federal, dedica un hermoso discurso que intitula “La Batalla de Juchitán”, en un derroche de patriotismo que alardea con pluma magistral la valentía del hombre que gobernaba su estado natal, don Benito Juárez y lo que los juchitecos con todo lo altivos, soberbios y arrogantes, “pero también buenos vasallos cuando tienen buen señor”, aportaron a la causa republicana. Como parte de los festejos, se inaugura la Sala de Homenaje a Benito Juárez en Palacio Nacional, a la que acude presuroso Andrés al siguiente día, estremecido de emoción cuando entra a las habitaciones donde murió el insigne mexicano, decorada con algunos de sus objetos personales y la biblioteca que se erigió en su honor con un magnífico acervo bibliográfico sobre la Reforma, la Intervención y el Imperio que no se cansó de admirar. Pero su excitación crece cuando por esos días el historiador Jorge Flores Díaz lo cita en el Museo Nacional y, sabedor de sus sentimientos patrios y juaristas tan hondos, deposita en sus manos el manifiesto que el Congreso Constituyente lanzó a la nación mexicana en febrero de 1857, escrito de puño y letra por Francisco Zarco y el discurso autógrafo del Congreso Constituyente con la firma de

<sup>21</sup>Alexandra Reyes Haiducovich, *Henestrosa, hombre de un siglo*, México, Miguel Ángel Porrúa, 2005, p. 276.

Benito Juárez encabezando la diputación de Oaxaca, que lo conmueve hasta las lágrimas. No solamente por la calidad de la edición, la caligrafía, lo impoluto de las cuartillas, el empastado en piel roja con letras doradas, sino porque reunía aquellas dos condiciones que Jorge Luis Borges señala como constitutivas de un libro: una física y una espiritual, que lo hacen sentir que Juárez ya convive plenamente con él y está indisolublemente ligado a su alma.

Andrés incursiona en la política cuando a finales de ese mismo año el licenciado Adolfo López Mateos, viejo amigo suyo y candidato a la Presidencia de la República por el Partido Revolucionario Institucional, lo invita a participar en su campaña electoral, organizando sus giras por el estado de Oaxaca. Inspirado en tan sorprendente noticia, apela a las reglas del buen gobernante heredadas del ideario juarista y escribe un artículo periodístico alusivo titulado: “La honestidad como institución”, para felicitar al candidato. Andrés es visto con tal popularidad en su estado natal, que eso lo anima para contender por una diputación federal, misma que gana por una mayoría aplastante e inicia una honrosa y fructífera carrera política, siendo diputado en las XLIV, XLVI y LIV legislaturas y senador de la República por el estado de Oaxaca en el periodo 1982-1988. De estos cargos saldrá airoso, diciendo lo mismo que Juárez dijo cuando cayó el gobierno de Valentín Gómez Farías al ser confinado en Tehuantepec: “con la satisfacción de haber servido con honradez y lealtad en los puestos que me encomendaron”. Empeñado en servir a su patria y a su pueblo, como lo hizo Juárez en su tiempo y circunstancia, Andrés presenta una iniciativa a la Cáma-

ra de Diputados en la XLVI Legislatura para compendiar los informes de Gobierno, las respuestas, los discursos, las proclamas, manifiestos, decretos y escritos más trascendentales desde 1821 hasta 1966, logrando sacar en cinco volúmenes la obra *Los presidentes de México ante la nación*, y otra de igual trascendencia para la historia patria: *Derechos del pueblo mexicano. México a través de sus constituciones*, que son colmadas de elogios por ese invaluable aporte a la historia política de la nación.

Serán innumerables las referencias que hará don Andrés del ideario político de Juárez en la tribuna del Poder Legislativo y en los eventos conmemorativos a los que frecuentemente lo comisionan como orador oficial, o muy raras las ocasiones en que dejará de invocar el nombre y ejemplo de quien reconoce como arquetipo del mejor mexicano que haya dado la nación. Así por ejemplo, en uno de sus primeros discursos (1960), en que le toca dar la bienvenida a la Comisión Parlamentaria del Supremo Soviet, Andrés declara:

La doctrina internacional mexicana nace de su historia, no es una ocurrencia casual ni caprichosa. Nuestras tres grandes revoluciones: la Independencia, la Reforma y la de 1910, con sus peculiares matices, inspiran esa doctrina internacional. Uno de los creadores de México, Benito Juárez, redujo a una bella sentencia, a un hermoso apotegma esa inspiración, cuando dijo que: “Entre los individuos, como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz.”<sup>22</sup>

<sup>22</sup>*Diario de los debates de la H. Cámara de Diputados 1916-1994, Legislatura XLIV, Año Legislativo III, Periodo Ordinario, 22 de noviembre de 1960, núm. 24.*

Al respecto, cabe señalar que Andrés se lamentará insistentemente de la mutilación que sufrió este apotegma universal que alguna vez la UNESCO quiso acuñar como lema de la institución, al señalar que reducido a: “El respeto al derecho ajeno es la paz”, ha quedado huérfano del contenido que Juárez le quiso dar, pues lo lanzó justo al entrar en la capital mexicana cuando ésta permanecía mancillada por la planta extranjera y completo vale por la bandera, la patria entera y todas las naciones del mundo.

Más adelante, cuando es senador de la República y lo comisionan para decir un discurso en honor a otro insigne patriota, el senador Belisario Domínguez, acude a las grandes enseñanzas que Juárez legó a los mexicanos, para arengar fervorosamente:

Lo único —son palabras de Justo Sierra— que infundía aliento, que daba alma, a la causa republicana herida de muerte, era la grande alma de Juárez, su serenidad estoica, la incontrastable firmeza de su fe, pero no de la fe ciega de los hombres sometidos de su raza, sino de la fe clarividente de su raza, que ascienden a la civilización y a la conciencia libre. Aquel hombre pesaba todas las dificultades, analizaba con pasmoso buen sentido las condiciones en lo porvenir: aquel hombre no dudó ni se engañó. Todo estaba mutilado; mermado, disminuido en la nación; sólo él permanecía intacto; en él la República era incólume.<sup>23</sup>

El 23 de octubre de 1964 Andrés ingresa al Olimpo de las letras, la Academia Mexicana de la Lengua, para ocupar la

<sup>23</sup>Discurso del senador Andrés Henestrosa Morales en la sesión solemne conmemorativa del aniversario luctuoso de don Belisario Domínguez el jueves 7 de octubre de 1982. En [http://www.senado.gob.mx/medalla\\_belisario.php?lk=docs/1982.html](http://www.senado.gob.mx/medalla_belisario.php?lk=docs/1982.html)

silla XXIII como académico de número que dejó vacante don Francisco J. Santamaría, con un trabajo intitulado *Los hispanismos en el idioma zapoteco*. En este momento solemnemente grande e insospechado en su vida, ya se observa que Andrés camina inseparable de la mano de Juárez cuando señala que lo que se premia en él es su persistencia en el aprendizaje del idioma español. “Yo sé que en mí premiáis al indio hispanizado”, señala, como aludiendo a lo grande que puede llegar a ser un hombre que, habiendo nacido dentro de una lengua indígena, se esfuerza en lograr la otra mitad de su alma. En efecto, una buena parte de su texto recepcional lo dedica a relatar la infancia de Juárez en ese tesón por instruirse y aprender a hablar español, hasta que llega al episodio en el cual Salustiano de Olózaga, académico correspondiente de la Real Academia Española, propone el ingreso de Juárez a la misma. Pero Juárez, apunta en su discurso, en un exceso de humildad, declina y propone distinguir con aquel honor a Pedro Santacilia, su secretario y quien le escribía su correspondencia y concluye su arenga con las siguientes palabras, en un gesto de similar modestia como el de aquél:

Juárez no aceptó aquel gran honor; lo vio desmedido para sus merecimientos. Juárez no, pero yo sí, en nombre del esfuerzo de mi pueblo, que busca y encuentra en el alfabeto y en el aprendizaje de la lengua española el elemento principal de su redención. Que los manes de Juárez nos amparen. Y a mí, me lo perdonen.<sup>24</sup>

<sup>24</sup>Andrés Henestrosa, “Los hispanismos en el idioma zapoteco”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente a la Real Española*, México, Academia Mexicana de la Lengua, 1968, vol. 19, p. 141.



Andrés es un entusiasta admirador de Benito Juárez, lo sigue y lo persigue, tanto por la cantidad de artículos que le dedica en sus columnas periodísticas, como en las referencias que de él hace en sus discursos y las emociones que experimenta en las fechas en que se conmemora al prócer de la segunda independencia. Evidentemente, contagiado del patriotismo que despierta en cada mexicano la celebración del centenario del triunfo republicano y que su alma juarista oficia con devota espiritualidad, Andrés no solamente dicta una serie de conferencias en el Palacio de Bellas Artes, sino que también presencia el desfile del carruaje negro en el que Juárez hizo su recorrido triunfal a la capital de la República en 1867. “Venía el indio inconmensurable escribe de recorrer la extensión de la patria en un carrito del que muchos se fueron bajando. Un cochecito que era todo: trono, ágora, tribuna, altar, arca en que se guardaba el tesoro de nuestras tradiciones; el himno, la bandera y la constitución”,<sup>25</sup> y que cubrió de una apoteosis de civismo sin igual todo el paseo de la Reforma. Desde su salida del Castillo de Chapultepec hasta la plaza de la Constitución, cuando miles de personas con sus banderitas tricolor acompañaron el glorioso carruaje que venía solemnemente escoltado por las fuerzas de caballería de la armada de México hasta su entrada a Palacio Nacional.

Para 1972, en ocasión de conmemorarse el centenario del fallecimiento de Benito Juárez, Andrés vuelve a caer igualmente imantado por la euforia de las celebraciones, adelantando

<sup>25</sup>Andrés Henestrosa, “El apotegma juarista”, en *Agua del tiempo, op. cit.*, t. I, p. 133.

sus palmas y su pluma para enaltecer su gloria inmortal. Con un año de anticipación, ya empieza a dedicarle algunos artículos periodísticos y trabaja arduamente en la elaboración de prólogos para libros de confección juarista, así como uno propio. Visiblemente emocionado, Andrés empieza a escribir el introito para una nueva edición del libro de Rafael de Zayas Enríquez, *Benito Juárez su vida y su obra*, que ganó el concurso nacional de 1906 y en el cual, como profundo conocedor, va deshojando minuciosamente la vida y obra de Juárez en el contexto histórico que le tocó vivir. Al tiempo, desliza su pluma maestra para prologar el libro de su amigo Ralph Roeder, *Juárez y su México*,<sup>26</sup> que había salido por

<sup>26</sup>La introducción al libro *Juárez y su México*, de Ralph Roeder, no aparece en la presente compilación, dado que el maestro Henestrosa dedica prácticamente el texto íntegro a relatar con grandes elogios la vida y obra del autor, entrañable amigo suyo, fallecido en 1969. Sin embargo, se ha considerado conveniente reproducir el siguiente párrafo, que sintetiza el afecto y admiración que don Andrés le profesa al autor por su amor a Juárez y a su tierra, con una enseñanza final a la que apelará en adelante como una de sus más sonadas máximas. Escribe el maestro Henestrosa: “Hecho escritor famoso, vino Ralph Roeder a México, al iniciarse la década de los cuarenta, en 1942. Venía a documentar, ambientar y escribir una vida de Benito Juárez; pero le tomó súbita querencia a México y se quedó para siempre entre nosotros. Visitó la sierra de Ixtlán, el pueblo de Guelatao, el lago de la leyenda. Hizo el mismo camino que el niño indio, sólo que de manera inversa, pero igualmente penosa: si el uno descendió al valle, el otro remontó las alturas, superó la sierra para vislumbrar desde allí el tamaño de la hazaña. Libro escrito con amor, *Juárez and his México* no podía ser sino lo que es: la historia de un hombre y una patria indisolublemente unidos y soldados, hasta el grado de que el uno se confunde con la otra, y ésta se ve reflejada en Juárez en el minuto aciago en que lo produjo para que velara por su honra, por su nombre y por su gloria. Es la historia de un ascenso: de la mayor oscuridad a la máxima luz. Es un camino: del pico de una sierra a un valle. Es el gran descenso en la geografía oaxaqueña y el prodigioso salto a la cumbre mexicana. Y es la enseñanza final permanente: salir del pueblo carne cobriza y volver al pueblo blanco mármol.” Ralph Roeder, *Juárez y su México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972, pp. x-xi.

primera vez traducido al español en 1952 y que es reeditado para los festejos del que ya es instituido como Año de Juárez. Pero todavía escribe uno más, el del libro de Fernando Iglesias Calderón, *Las supuestas traiciones de Juárez*, al que dedica, más que unas líneas introductorias, un verdadero tratado documentado a memoria, trasluciendo con ejemplar erudición la referencia histórica de quien fuera hijo del republicano José María Iglesias y uno de los más acérrimos antagonistas del ya citado Francisco Bulnes.

Adicionalmente a los prólogos que escribe para los festejos del centenario, sale a la luz una segunda edición de su libro *Benito Juárez. Flor y látigo. Ideario político*, así como la recopilación de varios artículos suyos consagrados al Benemérito — los que ya tiene acumulados en los diarios y los que escribe para la ocasión —, que le pide el director del Fondo de Cultura Económica, Antonio Carrillo Flores, quien le dice que mejor candidato no tenía para el proyecto del libro conmemorativo, el cual sale publicado en la Colección Popular bajo el título *Los caminos de Juárez*. Y es tanto lo que inspira en él el ilustre patricio que el 15 de septiembre de ese año, cuando el presidente Luis Echeverría agrega el nombre de Benito Juárez a los vítores del grito de independencia, Andrés escribe conmovido:

El mundo de hombres que se congregó en la Plaza de la Constitución, o el zócalo, frente a Palacio, la noche del 15 de septiembre, respondió al ¡Viva Benito Juárez!, en una sola e inmensa voz, cuyo eco aún no se apaga en la extensión de la República... La República entera está de pláceme por el acontecimiento de la noche del Grito, pero lo está más Oaxaca,

que en su amor al indio de Guelatao, cree que por fin se le escuchó, que el Presidente de México satisfizo su voluntad.<sup>27</sup>

Andrés vive una época de bonanza y comienza a recoger los primeros frutos de una siembra larga en años, de un nutrir su tierra con la constancia y la disciplina de su diario quehacer. Una preocupación, sin embargo, le afecta tanto como a Juárez le afligía el injusto poder militar y eclesiástico que se ejercía sobre los indios, y es la situación que padecen los judíos en la Unión Soviética. Un fuerte germen de humanidad trae Andrés fincado en su propio ser, afirmado en una de las grandes enseñanzas de Juárez en su obstinada lucha por alcanzar “el respeto inviolable y sagrado de los derechos de los hombres y de los pueblos”, que lo lleva a blandir su pluma para pronunciarse en contra de la represión como presidente del Comité Latinoamericano Pro Minoría de los Judíos Soviéticos, cargo que ostentará durante 10 años. Esta batalla inquebrantable en favor del pueblo judío la había iniciado don Andrés desde los tiempos del holocausto (1944), cuando comenzó a escribir algunos artículos para la revista *Tribuna Israelita*, en los que puso al descubierto su honda sensibilidad por el respeto a la dignidad humana y la libertad de los pueblos al señalar:

Cuando muere un hombre todos mueren. Si se encarcela a uno todos padecen prisión. Si se me niega hablar mi idioma, a ti y a él niegan a hablar la lengua propia. Persiguen a mi Dios cuando persiguen a tu Dios. Quemán mi libro cuando se quema el

<sup>27</sup> Andrés Henestrosa, “Juárez en el grito”, en *Agua del tiempo, op. cit.*, t. II, pp. 192-193.

tuyo. Muero con el que muere por decir la verdad... Por indio, por judío, por negro estoy con todos aquellos que pelean por ser libres, por ser ellos mismos. Indios, negros, judíos son los mismos ante mis ojos y mi conciencia. Por eso estoy aquí, con ustedes.<sup>28</sup>

Su legítima preocupación por el destino de este pueblo perseguido e injustamente tratado le es reconocida en 1973, cuando el Comité Unido de Tribuna Israelita le rinde un homenaje por su incansable lucha en favor de los derechos humanos, año en el que también recibe el premio Elías Sourasky, una de las más altas distinciones que otorga la comunidad judía a personalidades destacadas por su contribución a la cultura. Pero sus esfuerzos por la causa judía se verán coronados en 1992, cuando Tribuna Israelita le otorga el premio de Derechos Humanos René Cassin, que agradece con un bellísimo discurso en torno a la libertad del hombre y un incontestable sello juarista:

Hijo de pueblo cuya historia moderna, que así ha de considerarse la que se inicia con una invasión, una conquista, una usurpación, tiene que ser por ese solo hecho, un defensor de la libertad, de la igualdad, la justicia... México ha padecido invasiones, intervenciones, de algunos de los pueblos más señalados de la tierra: por su cultura, civilización, historia, poder. Luchó contra Francia, cuna de la revolución que proclamó la igualdad, la fraternidad, la legalidad. Aquí esa gloria francesa se vio contradicha y eclipsada. La guerra contra Francia no fue

<sup>28</sup>Andrés Henestrosa, “Mis amigos los judíos”, en *Eternidad de la canción*, México, Tribuna Israelita, 1992, p. 31.

más que la defensa de las libertades que ella proclamó, y que nos son sagradas.<sup>29</sup>

El cuño juarista no se apartará más de sus escritos, de su vida, acción y ánimo. Será la referencia obligada en sus cavilaciones y remembranzas; nombre infaltable en todo aquello que aluda a la patria, a los héroes que la defendieron y la engrandecieron; recordatorio para los gobernantes y los hacedores del México moderno. Así, cuando logra conseguir una maestra de primaria para una escuela rural perdida en su lejano Ixhuatán y la fue a encontrar en Cuautla, en que recuerda aquel apotegma: “Todo por la patria, porque contra ésta nunca tendremos razón”; como cuando decide levantar la Biblioteca Martina Henestrosa de San Francisco Ixhuatán en el solar familiar y defiende sus empeños recordando a José Martí cuando dijo: “Indio que sabe leer, puede ser un Benito Juárez”, con un argumento en clara alusión al indio de Guelatao: “Aldea, pueblo corto, pago chico, pero lo suficientemente grande como para sustentar la estatua de un hombre, que por haber leído un libro a tiempo, alcance las cimas de la gloria.”<sup>30</sup> O como dijera en alguno de sus discursos en el Senado de la República por los días que corren: “Esta expresión, unidad nacional, fue la fórmula salvadora de Benito Juárez, su inventor, en días, como éstos, aciagos. Otro escudo no tenemos que oponer a los enemigos de afuera y a los enemigos de adentro, así ayer, como hoy, como ma-

<sup>29</sup>Mensaje de Andrés Henestrosa durante la ceremonia de entrega del premio de Derechos Humanos René Cassin 1992, *Ibidem*, pp. 37-38.

<sup>30</sup>Andrés Henestrosa, “Dadme un libro”, en *Agua del tiempo*, *op. cit.*, t. II, p. 447.

ñana.”<sup>31</sup> Juárez anida en el alma de Andrés y es su maestro, su guía; ejemplo que tiene hincado en su ser y su quehacer; en la pluma soberbia que si como reconoce que “en Juárez era instrumento casi sagrado, bueno sólo para civilizar, para estampar verdades”, en él también constituye ese “instrumento civilizador”, en su afán por buscar siempre un tema que le sea útil al lector, que evite el recurso de afear el éxito y el buen nombre de las personas, que sirva al propósito indeclinable de procurar al hombre un poco de alegría y olvido de los rigores de la vida.

Siento –dirá como corolario de su vida y una de las lecciones mejor aprendidas– que gran parte de mi obra como escritor, como periodista, como legislador, ha sido siempre la defensa de la causa de la República, no otra que el amor a la libertad, a la democracia, a la independencia, a la soberanía.<sup>32</sup>

Por su virtuosismo innato como hombre preocupado por su tiempo; por todo aquello que manche o hiera la libertad del hombre y sus derechos; por la gama de actividades que desempeña brillante e intachablemente como periodista, escritor, narrador, educador, historiador, político, funcionario público; por el orgullo que profesa a su indigenismo, dignificado por quien llegó a ser Presidente de la República, que

<sup>31</sup>Discurso del senador Andrés Henestrosa Morales al conmemorarse el primer aniversario del sismo de 1985 ocurrido en la ciudad de México, en Senado de la República, *Diario de debates*, Legislatura LIII, año II, Primer Periodo Ordinario, Diario 7, 18 de septiembre de 1986.

<sup>32</sup>Entrevista al maestro Andrés Henestrosa en ocasión de recibir la Medalla Eduardo Neri, Legisladores de 1913, por la LVIII Legislatura de la Cámara de Diputados, en *Visión del diálogo*, México, Canal del Congreso, 8 de abril de 2003.

es de su misma raza, y la hazaña que admira en él por haber conquistado la lengua nacional, que también él llega a dominar, para principios de la década de los años noventa Andrés Henestrosa se hace acreedor de la medalla al mérito académico Benito Juárez por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística; la preseña Ciudad de México, del Departamento del Distrito Federal por su contribución al bienestar de la ciudad; la medalla Ponciano Arriaga del Poder Judicial de la Federación, por méritos legislativos y destacado servidor público; el Premio Internacional Alfonso Reyes, como el más sobresaliente en el campo de las humanidades y la difusión de la cultura mexicana en el extranjero; la medalla Ignacio Manuel Altamirano, por 50 años de labor docente; el premio Nacional de Lingüística y Literatura del Gobierno de la República, e incluso se instaura la suya propia, la medalla Andrés Henestrosa de Escritores Oaxaqueños, A.C. Pero acaso recibe la más importante de todas ellas, la que otorga el Senado de la República a los hombres y mujeres mexicanos que se hayan distinguido en grado eminente por su ciencia y su virtud como servidores de la patria o de la humanidad: la medalla Belisario Domínguez, y en cuya inscripción: “Ennoblecíó a la patria”, Andrés no ve un reconocimiento a su trayectoria, sino la consigna de llevar siempre en su mente y en su actuar cotidiano la obligación de procurar ser cada día un buen ciudadano y un mejor patriota, como lo aprendió de su egregio dómíne, don Benito Juárez García, al que infaliblemente dedica unas líneas en su discurso:

Siempre, en todas las ocasiones, México supo enfrentar los peligros, sin medir el tamaño del sacrificio sino —como dijo



Benito Juárez en horas aciagas—: “El patriotismo no debe medir el tamaño de los sacrificios, sino afrontarlos con resignación.” La lección primera nos la dio el joven Cuahquemotzin, de quien venimos: Él fue quien nos enseñó que antes morir libres que vivir esclavos.<sup>33</sup>

Andrés ya rebasa los 90 años de edad y, con la pluma asida a sus manos, sigue colaborando incansablemente para numerosos diarios y revistas de circulación nacional. El tono de sus escritos varía un poco en razón de que la vejez le impone el tema lógico de las recordaciones, pero continúa empeñado en hablar del pasado y de la historia de México; de héroes y mártires, convencido de que muchos de los actos de sus adelantos, como Juárez, Altamirano, Ramírez o Zaragoza, están por hacerse y muchas de sus palabras mantienen plena vigencia. “Mucho hay que aprender de Juárez —señala—. Los pueblos que ahora luchan y mueren por defender su libertad y su independencia, tienen en este indio, un ejemplo.”<sup>34</sup>

Para la segunda mitad de los años noventa y el inicio del nuevo milenio que tiene el privilegio de presenciar, los homenajes, las preseas y las condecoraciones se siguen multiplicando y recibe, entre otras: la Orden Nacional al Mérito en grado de Comendador de la República de Ecuador (1997), la presea Benito Juárez de la Academia Nacional (1999), el pre-

<sup>33</sup>Discurso pronunciado por el ciudadano maestro Andrés Henestrosa Morales, en la sesión solemne conmemorativa del jueves 7 de octubre de 1993 con motivo de la imposición de la medalla de honor “Belisario Domínguez”, en [http://www.senado.gob.mx/medalla\\_belisario.php?lk=docs/1993.html](http://www.senado.gob.mx/medalla_belisario.php?lk=docs/1993.html)

<sup>34</sup>Andrés Henestrosa, “Los «Apuntes» de Benito Juárez”, en *Agua del tiempo*, *op. cit.*, t. II, p. 87.

mio Universidad Latinoamericana (1999), la presea Miguel Othón de Mendizábal (2000), la medalla al Mérito Ciudadano de la Asamblea Legislativa del Distrito Federal (2001), la Medalla de Oro del Instituto Nacional de Bellas Artes (2002), la medalla al mérito cívico Eduardo Neri, Legisladores de 1913 (2003) de la Cámara de Diputados, el premio al Bibliófilo de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara (2003) y la Medalla Benito Juárez de la Asamblea Legislativa del Distrito Federal (2004), para premiar todo en él: el verbo elocuente y la letra precisa, prolífica, atinada; la crítica certera que no pone en la alegría del prójimo la gota de hiel; su fervor por la patria y su devoción por los símbolos nacionales que reza y que profesa; su profundo orgullo indígena, en cuyas venas sigue hirviendo una injusticia de siglos; su amor por todo lo español, que logra la pacificación de su alma y sus cuatro sangres; su ternera con los libros, que es su otro pan y que acumula, ama y dona en su cumpleaños número 97, para levantar una biblioteca de 42,000 ejemplares en su estado natal, profesando con el ejemplo lo que siempre quiso que fuera el destino de las bibliotecas personales. Hasta se podría decir que su espíritu quijotesco, su alto sentido de humanidad, su sencillez y su bonhomía le son condecorados. Porque todo lo hecho por Andrés Henestrosa ha sido ejemplar y ciertamente se le ha premiado por todo, también la virtud de agradecerlo todo con la misma humildad con la que Juárez se expresó cuando lo consagró el Congreso de Colombia como Benemérito de América y dijo: “Yo agradezco este favor, pero no me enorgullece porque conozco que no lo merezco, porque realmente nada he hecho que me-

rezca tanto encomio; he procurado cumplir mi deber y nada más.”<sup>35</sup> A lo que Andrés agrega: “...sólo lo que todo hombre debe hacer, procurar cumplir con un sueño, con un ideal, llegar a una meta, que en mí fue, desde muy temprano, ser alguien en el mundo del espíritu, de la inteligencia y de mi condición de buen ciudadano de México”.<sup>36</sup>

Y en este luengo atardecer de su vida, que no anochece ni registra arrugas en su alma fresca, con su memoria invencible y una jovialidad de bardo sin par, Andrés reitera que quiere vivir muchos años, por lo menos hasta que logre escribir una paginita que le sobreviva. Y esquiva a la muerte, se burla de ella cada vez que se le llega a aparecer, la rehuye, le atranca la puerta. “Yo no le temo a la muerte / aunque la encuentre en la calle; / sin la licencia de Dios / la muerte no lleva a nadie”, dice en alguna de sus coplas. Y con este apetito de vida que no tiene tiempo ni edad, argumentando que “el hombre vive mientras tenga obras pendientes que cumplir”, las predicciones de la gitana que cuando niño le dijo que viviría 14 veces seis años, las superó; la promesa que le hizo a su esposa Alfa de sobrevivirle 10, la cumplió; y más adelante se propuso una nueva, la que acarició como uno de sus más grandes anhelos antes de cerrar sus ojos para siempre: estar presente en el bicentenario del natalicio del Benemérito de América, el 21 de marzo del 2006, lo cumplió.

<sup>35</sup>Andrés Henestrosa, *Benito Juárez. Flor y látigo. Ideario político*, México, Horizonte, 1944, p. 51.

<sup>36</sup>Entrevista a Andrés Henestrosa, en “Cultura”, *El Universal*, lunes 26 de febrero de 2001, p. F4.

Indios los dos que nunca dejaron de serlo, porque si con Juárez el indio se puso en pie, con Andrés se sostuvo. Humildes los dos, que llegaron desnudos de pan al mundo, de muy lejos, de muy abajo. Dos adolescentes que salieron de su pueblo en busca del conocimiento, ávidos por aprender e instruirse y cuya virtud: “La perseverancia; trabaja, sufre y espera”, los llevó a superar la adversidad de la lengua y la pobreza más absolutas para escalar dignidades y alcanzar la gloria, pero sin perder nunca la sencillez y la honorabilidad que se llevaron desde la cuna, de su propia ralea.

La patria entera estuvo de pláceme por la doble celebración: por el bicentenario del natalicio de Benito Juárez y el centenario de Andrés Henestrosa, celebrados en 2006. Benito Juárez, porque como estandarte de la lucha indomable por la igualdad del hombre, por la libertad, por la soberanía y la independencia de la patria echó la simiente de donde nacieron los buenos ciudadanos, los grandes patriotas, los héroes que sigue pariendo el suelo mexicano; Andrés Henestrosa, porque como ferviente heredero de su obra y su palabra, denodadamente la cultivó y en cuya frente cae y enaltece lo que Juárez dijo a su pueblo cuando entró triunfante a la capital de la República:

En nombre de la patria agradecida, tributo el más alto reconocimiento a los buenos mexicanos que la han defendido, y a sus dignos caudillos. El triunfo de la patria, que ha sido el objeto de sus nobles aspiraciones, será siempre su mayor título de gloria y el mejor premio a sus heroicos esfuerzos.<sup>37</sup>

<sup>37</sup>L. González y González, *op. cit.*, pp. 224-226.

Labrada está una estatua que sigue creciendo, la del insigne paladín de toda la América, ilustre figura en la vida nacional; labrándose está la otra, que también estaba a medio hacer cuando Andrés Henestrosa salió de Ixhuatán, a donde quiere regresar mármol o bronce. Materiales inquebrantables con los que serán levantadas las estatuas de quienes trabajando en el día a día entreguen el alma y el cuerpo a quien se los dio: a México, como lo hizo don Benito Juárez, como lo ha hecho Andrés Henestrosa, que siempre llevó a Juárez en su alma.



# APUNTES BIOGRÁFICOS







# SUS PRIMEROS AÑOS\*



BENITO JUÁREZ nació en San Pablo Guelatao, Oaxaca, el 21 de marzo de 1806. A los tres años de edad quedó huérfano. Su padre murió en un corredor del Palacio de Gobierno de Oaxaca, en uno de los viajes que como vendedor de fruta hizo a la capital del Estado. La madre murió de parto. En unión de sus hermanos pasó al cuidado de sus abuelos paternos, muertos unos años después. Juárez buscó entonces refugio al lado de un tío suyo, quien lo dedicó a labores agrícolas y al pastoreo de un rebaño de ovejas cuando tuvo la edad suficiente. Pero, lo cuenta el propio don Benito Juárez, en las pausas que dejaba el trabajo, le enseñaba a leer, a escribir, ponderando de paso lo útil y conveniente que era hablar el idioma español.

Cuidaba, asimismo, de traer a la conversación los nombres de algunos indios que sabían todas estas cosas, todo ello encaminado a despertar en el sobrino el deseo de seguir la

\*Andrés Henestrosa, *Benito Juárez. Textos políticos*, México, Secretaría de Educación Pública, 1944, Colección Biblioteca Enciclopédica Popular, núm. 5, pp. IX-XI. Se ha omitido transcribir la introducción, realizada también por el maestro Henestrosa, dado que es una versión sintética del prólogo que escribió para su libro *Benito Juárez. Flor y látigo. Ideario político* que aparece completo en su edición original de 1944, en la presente publicación (ARH).

carrera sacerdotal, única a la que podían aspirar los que no tenían medios para costearse una carrera científica. Pero el cuidado de la milpa y el rebaño, no le dejaban tiempo para progresar en el primario aprendizaje. Llegó, así, a los 12 años sin casi saber leer, ni escribir, ni hablar la lengua española. Pero como el deseo de saber y de ilustrarse — como él iba a decir cuando hombre —, es innato en el corazón del hombre, Juárez nunca abandonó la esperanza de ilustrarse, de repetir el camino de aquellos indios que su tío le nombraba.

Alerta, vivía en acecho de la ocasión que le permitiera trasladarse a la ciudad de Oaxaca, donde había escuelas, donde estaba el seminario. A veces, iluminado por estos sueños, pedía a su tío que lo llevara a la capital. Sea por el cariño que me profesaba, dice, o por cualquier otro motivo, aplazó siempre el viaje. Y, ya se sabe, aplazar no es resolver. Por otra parte, confiesa, yo también sentía repugnancia de separarme de su lado, dejar la casa que había amparado mi niñez y mi orfandad, alejarme de los compañeros de infancia con quienes se contraen simpatías profundas, que la ausencia lastima marchitando el corazón. Pero en aquella lucha, pudo más su deseo de mejorar de suerte. Al fin, en diciembre de 1818, se fugó de su pueblo y del lago de su pueblo, a pie rumbo a Oaxaca, a donde llegó por la noche, alojándose en casa de don Antonio Maza, patrón de una hermana suya.

Mientras encuentra dónde vivir, cómo vivir, alquila su trabajo en la industria de la grana, ganando dos reales al día, sólo suficiente para el sustento diario. Tocando puertas, dio con uno de esos hombres que suelen prosperar en la provincia, don Antonio Salanueva, que ejercía distintos menesteres: rezar, encuadernar libros, enseñar a la juventud. Aquí, al lado de este hom-

bre extraño, quedó instalado Benito Juárez, 20 días después de abandonada la sierra y el lago nativos, llano el camino para inscribirse en una escuela. Salanueva, convertido en su padrino y en su guía, lo inscribió en la Escuela Real. El escolar prospera poco. Hay en esa escuela algo que lleva a los profesores a establecer diferencias entre sus alumnos: de un lado los pudientes, a quienes se da preferencia en la enseñanza; de otro, los pobres, los indios, a quienes se deja al cuidado de un ayudante.

Viendo que adelanta poco, Juárez abandona la escuela, dispuesto a estudiar por su parte, valiéndose de los rudimentos que ya tiene adquiridos. En 1821, entra en el seminario a estudiar gramática latina, en calidad de capense. Dos años después concluye estos estudios. Su padrino se empeña en que estudie teología moral a fin de recibir al año siguiente las órdenes sagradas. Como puede, venciendo las timideces propias de su origen, manifiesta su deseo de seguir el curso de artes y se inscribe en el instituto, recién inaugurado, dispuesto a seguir la carrera de las leyes, vencidos provisionalmente los propósitos de Salanueva de dedicarlo a la carrera eclesiástica. En 1827, concluye el curso de artes y en 1831, la carrera de abogado. Tiene 25 años Benito Juárez. En 1834, presenta examen profesional.

Electo en el año '31 Regidor del Ayuntamiento de Oaxaca, inició una carrera política que lo llevó hasta la Presidencia de la República.

La trayectoria de la vida de Juárez, a partir de esta designación, se transparenta nítidamente como pensamiento y acción a través de los textos documentales que forman este volumen. Por ello omitimos la transcripción completa de su biografía; murió en el Palacio Nacional el 18 de julio de 1872.



# EL TÍO BERNARDINO\*



LOS HISTORIADORES mexicanos y los biógrafos de Benito Juárez coinciden en la especie según la cual Bernardino Juárez, el tío que lo tuvo bajo su tutela cuando quedó huérfano, no supo tratarlo como niño ni como huérfano y sobrino. Trato poco humano, cruel, brutal, le dio, para unos. Para otros, Juárez niño fue, como todos sus conterráneos, un pastorzuelo, un zagal casi desnudo y sin poesía bucólica ni en la fisonomía, porque ni sus ojos ni sus labios reían con la perpetuamente renovada risa de los niños; ni en la vida, porque, muertos temprano sus padres, quedó el mísero zapotequilla entregado a la mano casi hostil de sus parientes, que lo explotaron, lo obligaron acaso a huir. Otro escribe que el desamparo en que vivía como huérfano, y el trato poco paternal que recibía en su propia casa, lo decidieron a abandonar su pueblo y su choza a la edad de 12 años. No tenía, por cierto,

\*Andrés Henestrosa, *Los caminos de Juárez*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972, Colección Popular, pp. 39-46. Sobre las ediciones de los *Apuntes para mis hijos* y su anticipación al ideario definitivo, véanse los artículos de Ernesto Mejía Sánchez, en *Novedades*, México, 1o. y 8 de abril de 1971, año xxvi, núms. 10855 y 10864, p. 5 (nota de Andrés Henestrosa).

el tío Bernardino Juárez grandes elementos para la educación del niño y, por otra parte, su rusticidad natural le movía tan sólo a utilizar el trabajo del huérfano en provecho propio — escribe uno más. Como si no fuese bastante la miseria y la orfandad — escribe otro —, vino a ennegrecer su vida el abandono. El proletario se convirtió en paria; pues aunque buscó refugio y sostén al lado de su tío paterno Bernardino Juárez, y éste se lo otorgó, aquel amparo fue el de la miseria para la miseria. El tío tenía un rebaño y el sobrino fue el pastor. Un día se perdió una oveja. El pastor huye temeroso.

Alarmado Benito — escribe otro de sus biógrafos — por las consecuencias que preveía, y conociendo el carácter rudo de su tío, resolvió abandonar el poco hospitalario hogar, y acto continuo emprendió la marcha hacia la ciudad de Oaxaca. “Allí — en el jacal paterno — se deslizaron los primeros años de Juárez, feliz y contento mientras sus padres vivieron, triste y desgraciado cuando a sus caricias sucedieron los malos tratamientos y poco cuidado de un tío suyo que quedó encargado de la tutela de la familia a la muerte de su padre” — escribió su primer biógrafo, Matías Romero.

“Asustado — escribe Ralph Roeder, siguiendo los apuntes de un anciano, que se conservan en el archivo municipal de Guelatao — por la pérdida de la oveja, no quiso hacerse presente a su tío, por lo severo que era; ausentándose desde luego de la población con rumbo a la capital del estado, sin otro elemento que sus propias ilusiones.”

“Probablemente — escribe Charles Allen Smart —, su tío Bernardino era un hombre raro y muy ocupado. Se desconoce si era casado y si tenía descendencia. Seguramente se embriagaba

los domingos y debía mantener, de cuando en cuando, relaciones con alguna mujer de vida más o menos libre, que, antes de irse, limpiaba el jacal situado junto a la Laguna Encantada.”

Han sido dos de sus biógrafos extranjeros —Roeder y Smart— quienes han puesto en cuarentena la tal especie, aunque sin dejar de referirse a ella entre líneas. Ha servido, para no incidir en la versión de que el tío trató mal y se ocupó muy poco de Benito Juárez, la consulta que hicieron de los *Apuntes para mis hijos*, que han de tomarse como la única fuente auténtica para el conocimiento de los primeros años de Juárez. Cuando Benito Juárez, en la madurez de sus años, redactó los *Apuntes*, relevó a su tío Bernardino Juárez de las acusaciones de crueldad que sobre él habían venido pesando. Sin embargo, como lo advierte Smart, al rectificar algunas de las aseveraciones contenidas en la *Biografía* atribuida a Anastasio Zerecero, pasó por alto aquella parte en que se habla de los malos tratamientos y poco cuidado del tío Bernardino. ¿Cómo pudo ocurrir eso si Juárez redujo a sus términos verdaderos afirmaciones que a primera vista lo favorecían? Quién sabe, pero así fue: se quedaron las líneas adversas a Bernardino Juárez. “El examen de estos *Apuntes* — escribe a su vez Jorge L. Tamayo en el prólogo al tomo 1 de los *Documentos, discursos y correspondencia* de Benito Juárez — rectifica varias de las consejas que se aceptan como hechos reales en relación a sus primeros años de vida. Entre ellas merece destacarse cómo se expresa de su tío Bernardino. No es el familiar cruel que le hace odiosa la vida en Guelatao; por el contrario, describe la lucha que libró entre los afectos que lo ligaban al solar pueblerino y su anhelo de procurar una educación que le permitiera ascender en la escala social.”

Pero veámoslo con las mismas palabras de Juárez. “Como mis padres no me dejaron ningún patrimonio y mi tío vivía de su trabajo personal, luego que tuve uso de razón me dediqué, hasta donde mi tierna edad me lo permitía, a las labores del campo. En algunos ratos desocupados mi tío me enseñaba a leer, me manifestaba lo útil y conveniente que era saber el idioma castellano...”; pero para eso habría que ir a la ciudad de Oaxaca, cosa sumamente difícil para los pobres, es decir, los indios. Y había que atenerse a los precarios medios del pueblo, en el que ni siquiera escuela había. “Y como entonces era sumamente difícil para la gente pobre y muy especialmente para la clase indígena adoptar otra carrera científica que no fuese la eclesiástica, me indicaba sus deseos de que yo estudiase para ordenarme. Estas indicaciones y los ejemplos que se me presentaban de algunos de mis paisanos que sabían leer, escribir y hablar la lengua castellana y de otros que ejercían el ministerio sacerdotal, despertaron en mí un deseo vehemente de aprender, en términos de que cuando mi tío me llamaba para tomarme mi lección yo mismo le llevaba la disciplina para que me castigase, si no la sabía; pero las ocupaciones de mi tío y mi dedicación al trabajo diario del campo contrariaban mis deseos y muy poco o nada adelantaba en mis lecciones... Los padres de familia que podían costear la educación de sus hijos los llevaban a la ciudad de Oaxaca, con ese objeto, y los que no tenían la posibilidad de pagar la pensión correspondiente los llevaban a servir en las casas particulares a condición de que les enseñaran a leer y escribir. Este era el único medio de educación que se adoptaba generalmente no sólo en mi pueblo, sino en



todo el Distrito de Ixtlán... Entonces más bien por estos hechos que yo palpaba, que por una reflexión madura de que aún no era capaz, me formé la creencia de que sólo yendo a la ciudad podría aprender y al efecto insistí muchas veces a mi tío para que me llevase a la capital; pero sea por el cariño que me tenía, o por cualquier otro motivo, no se resolvía y sólo me daba esperanzas de que alguna vez me llevaría.” “Por otra parte yo también sentía repugnancia de separarme de su lado, dejar la casa que había amparado mi niñez y mi orfandad y abandonar a mis tiernos compañeros de infancia con quienes siempre se contraen relaciones y simpatías profundas que la ausencia lastima marchitando el corazón. Era cruel la lucha que existía entre estos sentimientos y mi deseo de ir a otra sociedad, nueva y desconocida para mí, para procurarme mi educación. Sin embargo, el deseo fue superior al sentimiento y el día 17 de diciembre de 1818 y a los 12 años de mi edad me fugué de mi casa y marché a pie a la ciudad de Oaxaca a donde llegué en la noche del mismo día...” Como se ve, ninguna queja, ningún reproche contra el tío Bernardino; por el contrario, dolor de abandonar el pueblo y su casa. La palabra *fugué*, que lo mismo parece un autorreproche que una decisión obligada, pone un velo de perplejidad ante nuestros ojos que impide una opinión cierta del suceso. Ese posesivo *mi* dice a las claras que nunca se sintió ajeno a la casa que había amparado su niñez y su orfandad. Pero, ¿por qué, así como retocó la biografía atribuida a Zerecero, pero sin duda obra de Matías Romero, que muy bien sabía la historia de su niñez, no lo hizo en lo relativo al trato entre él y su tío? Puntualizó lo atañadero a la historia,

dejó intacto lo que se refería a su leyenda y a su mitología, que en los tiempos en que escribía los *Apuntes* ya corrían de boca en boca.

Que se recuerde, nunca más se refirió a su infancia, salvo cuando algunos de sus paisanos bajaban a la ciudad de Oaxaca, o subían a la ciudad de México. Entonces hablaba su lengua india, la que aprendió en la leche materna, como dijo el Inca Garcilaso de la suya. Recordaría a Bernardino Juárez y a los otros parientes a los que ya no volvió a ver. Pero ni él ni sus paisanos hablarían de los instantes dolorosos de la niñez, que, por otra parte, la niñez no registra, sino sólo aquellos que ayudan a vivir. Cuando escribe los *Apuntes*, que debe haber sido en los últimos años de su vida, ya nada precedero, ya ningún doloroso recuerdo ensombrecería su corazón. Su gloria y su fama, de las que estaba cierto, hacían imposible detenerse y señalar las desigualdades de la vida, las debilidades del alma humana, las posibles injusticias del tío Bernardino, al fin y al cabo resultado de la ignorancia y la miseria a las que Juárez siempre culpó de las aberraciones de la conducta de los hombres. Mejor fuera pensar que si Bernardino Juárez no supo quererlo, él, Benito Juárez, tenía todos los recursos para elevarlo a la altura de su corazón, para poner lo que le faltara, a efecto de que participara de un poco de su gloria y su renombre. El tío que se empeñó en enseñarle a leer, que abrió con sus consejos un mundo ante sus ojos deslumbrados, bien merecía que se le relevara de culpa, en caso de que la tuviera. Una alma más que redimir, que llevar a cuestras, ¿qué podía significar para Benito Juárez, que había perdonado las más crueles debilidades de los hombres? Así fue como Juárez, liberando al tío de todas las culpas, lo hizo partícipe de su leyenda, mito, historia y fábula.

# PASTOR DE OVEJAS Y DE HOMBRES\*



ESTABA EL INDIECITO sentado bajo un árbol, sorteando el chaparrón de sol. El silencio, tan parecido a la distancia, se extendía hasta el lejano confín. Rumiaban las ovejas bajo las sombras. Un cielo azul, alto, inmenso, reinaba en toda su gloria. Sólo uno que otro balido, sin el cual tampoco hubiera silencio, lo interrumpía de cuando en cuando. El pastorcito soñaba, poblaba su mundo de fantasías y de inocentes reflexiones. Adivinaba oscuramente que en el mundo hay seres que necesitan protección, como su rebaño al que conducía a donde hubiera pasto, sombra, agua. Se daba cuenta del laborioso, constante y doloroso quehacer de la naturaleza, para crear las cosas que lo rodeaban: los árboles, el pasto, el charco de agua. Los seres todos de la creación en lo suyo: el pájaro que cruza por el viento, las mariposas, esas flores que vuelan, al parecer sin rumbo fijo, pero siempre hacia algún lugar. Es muy niño todavía el pastor, pero ya advierte que nada es caprichoso, que todo obedece a una ley, que no porque la ignore deja de existir. El individuo ha comenzado a formar sus ideas acerca de las cosas.

\*Andrés Henestrosa, *Agua del tiempo*, México, Novedades, 1991, t. II, pp. 8-9.

La soledad, el silencio, la distancia en su plenitud. La ignorancia y la miseria en que vive; la tristeza que anida en su pecho, la letra que no tiene, con ser tan totales, no logran abatirlo. El pastorcito sueña, imagina, ve en el fondo de sus oscuros días, un mundo menos cruel, no del todo hostil y adverso.

El indio es de la raza buena de los que quieren aprender, que dijo el otro. No tiene libro a la mano, y aunque lo tuviera, de qué iba a servirle si carecía de alfabeto. Pero el campo es una página abierta, en la que todos pueden leer. Esa soledad y ese silencio hablan, y son elocuentes. Ve que el vuelo de los pájaros cambia de rumbo, según la hora del día, que el aire varía de giro, que la luz tiene distinta intensidad según avanzan las horas. Advierte que el propio rebaño, a su hora, se levanta y se encamina al redil. Sabe qué quiere con sólo observar la intensidad y la entonación de su balido.

No sabe leer, pero es sabio; pero tiene ya un pensamiento acerca de algunas cosas. Un día, en que ya va quedando sordo de tanto oírse a sí mismo, desprende del árbol una hoja para improvisar con ella, como otro hacía muchos, muchísimos años, un instrumento músico, el primero que el hombre conoció, se la lleva a los labios y le arranca notas, melancólicas de necesidad. El aire se puebla de trémulas notas: el indiecito tiene compañía y se aduerme a su propia melodía. Pronto la hoja ya no da de sí para la melodía, el son, que quiere organizar. Entonces de la orilla de su lago nativo corta una caña de carrizo y construye una flauta. La flauta —léase la zampoña— lo distrae hasta el extremo de que un día, al volver en sí, descubre que falta una oveja del rebaño.

No es Salicio, el de la fábula, que por oírlo todo el año, el rebaño se olvida de pacer. No. No tenía el pastor por qué romper su flauta, que no era una habilidad que causara perjuicios, que virtud era y no vicio. Sino fue un olvido repentino, un traslado a otros mundos, una momentánea ceguedad por una zarza que vio arder a lo lejos. ¿Vislumbrar la gloria no es como ver arder la zarza?

El pastor huye del pueblo y del lago de su pueblo. Se marcha a una ciudad muy grande, de calles muy largas —*callesísimas*, como dicen sus paisanos—. Allí aprende a leer, a escribir, a contar; aprende el español, más que con maestros, por sí solo. Aprende a levantar la aguja mientras llega la hora de levantar la espada. Da forma a sus pensamientos, aún en larva. Escala unos tras otros todos los cargos. El niño se hace hombre. El que todo carecía, lo tiene ahora todo, que no otra cosa es para un indio, para un pobre, para un huérfano, tener alfabeto. Y aquel indito que tocaba en su niñez una hoja y una flauta, no ha cesado de escuchar vítores, himnos y cantos. Él fue quien inspiró la Constitución que nos gobierna, y que hoy celebramos. Se llama Benito Juárez.

[Jueves 5 de febrero de 1970]



## EN LETRAS DE ORO\*



“¡MARGARITA! ESTA corbata...” Es la corbata de moño, de mariposa o de dos alas que el indio no sabe anudar. Es Margarita Maza, la abnegada Margarita Maza. Es Benito Juárez que no sabe manejarse entre esos aditamentos occidentales, siendo que es descendiente de oreves, de orífices, de joyeros de portentosa habilidad y pericia manual.

Y Margarita Maza acude solícita y le anuda la corbata en un santiamén, no sin decirle: “¡Qué inútil eres, señor Juárez!” Y la voz de la mujer lo envuelve, lo pacifica, lo devuelve a su niñez montaraz, cuando pastor de ovejas, todavía no asoma en su mente la idea de abandonar el pueblo y el lago de su pueblo. Su grandeza se humilla, claudica su voluntad ante la presencia de la esposa que lo salva de aquel cotidiano trance. Están el uno frente al otro, los ojos en los ojos. Juárez, con ser de baja estatura aparece gigante ante los ojos de Margarita. Ella, con ser más alta, está al nivel de su pecho, que era donde ella quería estar: a la altura de su corazón.

\*Andrés Henestrosa, *Los caminos de Juárez, op. cit.*, pp. 85-94.

Retengamos esta imagen, este cuadro. Porque vamos a verlo repetirse a lo largo de la vida de Benito Juárez y de Margarita Maza. El roble, el pino altivo, no están libres de los embates del viento, de los rigores de la tormenta. Se desgaja el roble. Gime el pino. Más de una vez, en la intimidad del hogar, la cabeza del indio se abatió en los hombros y en el regazo de la mujer blanca. En las líneas de las cartas privadas, Juárez buscó el consejo y el concurso de la esposa, los hubo pronto, pertinentes, sabios. Más de una vez, también, Margarita lo riñó, con dulzura. Porque nunca hubo hombre grande que no tuviera junto a sí a una mujer: madre, esposa, hija, amiga. Son ellas, dijo Mariano José de Larra, las que procuran la fama. Y ¿no dijo Goethe que si quieres saber lo que es debido hacer en cada caso, ve a la tierra de las mujeres?

Juárez llega a la ciudad de Oaxaca muy niño, cuando apenas va a trasponer la adolescencia. Una hermana suya es cocinera de casa rica; conoce la dirección pero desconoce la ciudad; toca todas las puertas, al parecer buscando a Josefa, en rigor buscándose a sí mismo, en espera de que salga a abrirle aquel que va a ser en el futuro. Cuando Josefa le abre, se abrazan y lloran y se dicen ternezas en su dulce idioma zapoteco. Siente el indiecito sobre la cabeza las manos de la hermana, ingravidas pese a las duras tareas a que están sujetas. Lo introduce al hogar de Antonio Maza, apodado “el Gachupín”, aunque es genovés de origen, pues en los pueblos, y en el idioma de Juárez, gachupín, blanco, español, patrón, autoridad, es todo uno. Josefa le da la primera lección de urbanidad. Juárez se cruza de brazos, se inclina, que es como los zapotecas saludan. No olvidará el niño Benito esa primera lección, aprendida de mujer.



Nadie le dijera que aquella casa de techos tan altos, de puertas tan amplias, que lo acogía, y en la que vivió durante los primeros días de su estancia en Oaxaca, le reservaba la dicha mayor de su vida: allí, unos cuantos años después de su llegada a la ciudad, nació Margarita Maza Parada, en 1826, al tiempo que Juárez se graduaba bachiller. La vio en la cuna; desde el comedor y el patio, mientras visitaba la casa de su primer protector, habría escuchado su llanto. Acaso mientras la pilmama la adormeciera con arrullos indios, la viera sonreír. Asistió Juárez al crecimiento de Margarita, testigo fue de su niñez y su adolescencia. ¿En qué momento apareció en la mente del indio huérfano la idea de casarse con aquella mujer blanca?, ¿en qué instante Margarita se enamora de la hermosa fealdad de Juárez? Misterios son del corazón que nadie puede penetrar. Pero así fue.

¿Qué ve Margarita en el indio callado, silencioso, sólo atento a su voz interior? No ve, adivina. Juárez calla, que es su manera de hablar; pero Margarita interpreta, escucha los silencios del corazón de Juárez.

¿Qué impulsó al indio de la tez de bronce, de ojos negros, de cabello hirsuto hacia la mujer blanca, de ojos celestes, de cabellos dorados? Eso, justamente eso. Él quería mezclar su sangre, como había mezclado su cultura, su formación, su lengua india con la lengua blanca. ¿Qué indujo a Margarita a enamorarse del indio tachado de feo, de hereje, de libertino, contradiciendo toda la historia de su pueblo y de su familia? Fue su fama, su gloria incipiente, la condición de modelo y dechado de que ya comenzaba a gozar. “Honrado como Juárez”, “Inteligente como Juárez”, decían todos. Pero, sobre

todo, el peligro en que vivía. Los que peligran reclaman el amor de una mujer, su cercanía, su protección, su amparo. Y Margarita Maza, por encima de todas las barreras, de todos los prejuicios, de todas las desventuras de que estaba cierta la esperaban, casó con el indio. Ya su nombre corre en Oaxaca de boca en boca, se le ve pasar por calles y jardines; se le oye hablar en su idioma nativo con sus paisanos; muchos buscan su amistad y la proclaman: son los liberales, sus partidarios; otros lo rehuyen, lo condenan, lo proscriben, le echan en cara sus orígenes: son los conservadores. La fama traspone los muros del instituto y se propaga por la ciudad, el valle, la sierra, el istmo, la costa y la cañada. De la última silla que ocupó por su calidad de “niño sin razón”, pasa a ocupar la primera que el niño de razón ocupaba pero que no supo la lección del día, como después ocuparía la primera silla de la Patria por saber como ninguno la lección ciudadana.

Cuando Margarita Maza tenía 17 años y Benito Juárez 37, se casaron, en 1843.

Aquellos primeros años de su matrimonio fueron los únicos que vivieron juntos, si bien en medio de persecuciones, extrañamientos, cárceles. Juárez anda lejos y no puede valer a los suyos. A la mesa llega escaso pan, falta abrigo, los niños carecen de vestido. Margarita cose ajeno, abre un estanquillo, al propio tiempo que guarda la casa y cría a los hijos. Meramente una matrona romana, hila y guarda su casa. Como su marido vive en Nueva Orleans de torcer cigarros, Margarita los vende para mantener a su familia, en Etlá.

La vida es cada vez más dura, cada día más cargada de pesares. Juárez preso o desterrado, pero siempre ausente.

Nueva Paula Albarracín, Margarita Maza atraviesa la sierra, recorre los llanos, escala las cumbres para ir a ver a su marido, como aquélla traspasa los Andes para ver a su hijo: Domingo Faustino Sarmiento.

No hay sacrificio que esquive, que rehuya, que no acepte con mansedumbre, porque sabe que en todo está la suerte de la Patria, a la que su marido todo supedita, hasta el amor a la familia. Así ha de corresponder a los sacrificios del marido, que en instantes de suprema abnegación ha exclamado: “yo desde aquí veo a la patria, y ante ella protesto que mi sacrificio es nada, que el sacrificio de mi familia sería mucho, infinito para mí, pero si es necesario, sea”. Es necesario que Juárez viva para su causa, que es la de todos, en primer lugar la de sus hijos. Por eso cuida que ninguna otra cosa lo inquiete, lo distraiga de la gran tarea de salvar a su pueblo. Cuando el hijo adorado, la esperanza del padre, muere, le oculta la noticia, quiere dársela a pequeños sorbos; Juárez adivina la verdad, y llora. Porque nunca fue cierto que fuera impasible, como él mismo se dijo y todos han repetido. No se alteraba su rostro, pero se removía su corazón, como escribió Justo Sierra.

Al triunfo de la República, Margarita Maza de Juárez vuelve del largo destierro. En el trayecto a la capital se le rinden honores, que recibe con humildad, como no debidos a ella, sino a la República triunfante. Sólo otros cuantos años vivirán juntos, en Palacio. Cuando muere Margarita, Benito Juárez llora un instante; luego vuelve a aquella resignación que heredó de su raza, ordena el sepelio sin mayores pompas, para que la humildad de Margarita, verdadera mujer republicana, no se menguara.

Mujer era de verdad extraordinaria. No menor que su glorioso marido, de cuya historia participa legítimamente. Como las mujeres antiguas, como las madres mexicanas, no hubo dolor ni sacrificio que no aceptara si en ello estaba de por medio la suerte de su marido, de su casa y de su pueblo. Quiso vivir en su casa entregada a las tareas de madre y de esposa. Las circunstancias de su vida no lo permitieron. Ahora su nombre se encuentra escrito con letras de oro en los muros de la Cámara de Diputados. Ella, que siempre anheló permanecer oculta, y hasta se diría que olvidada. Hoy ya para siempre junto al nombre de Juárez.

# JUÁREZ Y MARGARITA\*



¿QUIÉN QUE viéndole el rostro quieto, sin una arista, como de ídolo, puede pensar que aquellos sus ojos eran tiernos a su hora, y que ríos de ternura le desbordaban a su tiempo el pecho? Su vida política tan agitada, empeñada en la construcción de México; su procedencia indígena al parecer reñida con toda cortesía, con toda servidumbre emocional, hace pensar que no tuviera ni tiempo, ni corazón, para atender a los menesteres hogareños. Pero el indio, vencido su pudor, es amoroso hasta el deliquio, y sirve a la mujer en una siempre dulce cortesía.

Y don Benito fue un marido ejemplar, de esos que no tienen plural historia amorosa. Si no fuera por la patria, si no fuera por la conciencia de su predestinación histórica, haber alcanzado el amor de Margarita Maza —aquella persona lo domesticó y redujo a esclavitud— hubiera sido para él supremo bien, meta de todos sus sueños. Y contemplarla, una de las maneras de corresponder su alianza, surgida cuando todavía no regaba fama por la tierra.

\*En Jesús Contreras Granguillhome, *Primores de lo mínimo. Una excursión por el Museo Nacional 1939-1940*, México, El Nacional, 1996, p. 103.

Sí, es muy feo, pero es muy bueno, respondía Margarita cuando sus amigas, cuando sus familiares, pertenecientes a una clase social distinta a la suya, le afeaban el noviazgo con aquel indio. Pero feo no era Juárez. Era nada más indio.

Yo imagino el conflicto que surgió en su vida cuando por atender a sus deberes de político y de hombre de Estado, tuvo que abandonar a la esposa, al pequeño hijo; y, fiel a su destino, hubo de cambiar la casa tibia por el desierto ardiente; por la tierra fría. Y es que él ya no era Juárez; era la patria, peregrino de su propia geografía. Pero esto no fue así siempre. En los comienzos, allá en Oaxaca, en el valle dulce que provocó en Cortés una bendición por haberlo conocido, Margarita adelantó, la primera, las manos para aplaudirle los primeros triunfos, y alguna reflexión, algún consejo debió sumar a sus decisiones. Porque, como lo dijo Goethe de otra Margarita: si quieres saber lo que es debido en cada caso, hay que ir a tierra de las mujeres.

Veamos aquí al zapoteca ilustre, la cabeza apoyada contra la cabeza de Margarita Maza. Ni quién pensara que esta misma cabeza meditó leyes de hierro, ni que esta cara impasible se volvió pétrea cuando, postrada a sus pies una dama que le pedía la vida de un príncipe, tuvo que decir que no era él, sino la ley la que mataba a Maximiliano, el del otro imperio...

*[Viernes 21 de julio de 1939]*

# EL CAMINO DE JUÁREZ\*



BENITO JUÁREZ ha caminado mucho: de la antigüedad a su tiempo, con un pueblo entero a su lado, la patria vieja y la nueva, ya en él son una sola, en los hombros, rumbo a la tercera: el México moderno que nos heredó. Ha recorrido la geografía entera mexicana: de la sierra al valle, del valle al altiplano, del altiplano al desierto; de la cabaña al palacio de Moctezuma, donde ahora vive. Benito Juárez ha caminado del alba al ocaso.

Esta tarde no lo vieron en el paseo, con sus hijos. De unas semanas a esta parte no se le ha visto en el teatro, al que era asiduo. Su comida ha sido en estos días muy poca: un pan indio, un puñado de arroz, una pequeña ración de carne y una media copa de vino indio. Juárez se encuentra enfermo, desde hace 100 días, desde la víspera de su cumpleaños, en que un repentino dolor lo derriba momentáneamente. Y aunque se ha levantado de inmediato, el roble ha quedado herido, al pino se le ha roto una rama. Duerme menos horas, y aunque se levanta con el sol que nunca lo sorprendió

\*Andrés Henestrosa, *Los caminos de Juárez*, op. cit., pp. 123-130.

dormido, se le advierte el cansancio, que muy bien recata, porque hasta en ese extremo tiene que cuidar la investidura de hombre y de Presidente de la República.

Cuenta y recuenta ahora sus pasos, recorre el camino a la inversa: del sepulcro a la cuna, ahora sinónimos sábana y mortaja, cuna y urna. Aquel grito de Brígida García muerta al dar a luz el último hijo, que ningún día ha dejado de resonar en sus oídos, es ahora tenue, lejano, al solo recuerdo de un hecho fatal de la vida. Él, que ha vivido y muerto muchas vidas, que en más de una ocasión estuvo en peligro de morir, a mano de sus enemigos y hasta de un amigo y compadre, tiene aceptada como real y como natural la muerte, cuyo rostro espanta y hace llorar al niño cuando nace. Vuelve a sus montañas, laderas, veredas, atajos por donde anduvo, desnudos los pies, rotas las ropas, prieto el corazón de penas y lutos, hambriento —nuevo Nezahualcóyotl. Llenos, eso sí, las sienas y el corazón de sueños y de esperanzas.

Ya se han ido los parientes, los amigos y compañeros de la infancia, ha crecido el panteón con el signo más de muchas cruces. El tío Bernardino Juárez encontró allí un lugarcito; él, el pobre que nada pudo hacer, por su miseria, en favor del sobrino. Juárez se prosterna y llora y reza en zapoteco, su primer idioma, aquel en que dijo cuando niño: *Binabi Diuxi, binabi Li, bitúbilu guichilayú, ne biraya guela, sica bichie huaxi...* (Todo poderoso Tú, milagroso Tú, que has movido la tierra y he amanecido como anohecí...).

Ya no sangran sus pies, pero no han cicatrizado de las heridas de espina y guijarros de aquel día en que bajó de Guelatao a Oaxaca, del pueblo y del lago de su pueblo, a la



ciudad, desconocida y nueva, en busca de aquel que quería ser y que siempre caminó a su lado y que se quedó cuando Juárez se marchó. Aquí está, ante sus ojos otra vez, la imagen de la adorada hermana María Josefa, la que lo recibe en la casa de Antonio Maza y lo lleva unos días después con Antonio Salanueva, como un agregado del tributo, del trueque, del cariño —el *guendalizá*, o *guelaguetza*, como dicen ahora—, que en ocasión de las fiestas de guardar, acostumbra llevarle. Llora cuando la recuerda. Ha puesto su nombre a una de sus hijas, se ha retratado con ella y con Margarita —él en medio—, pero no, no fue eso lo que Josefa merecía. Por ella, la abandonada del marido, la única que sobrevivió, hubiera querido todas las venturas, que bien se las había ganado. Las dos se han ido, cuando aún no acababa de cerrarse la puerta por donde habían entrado. ¿Dónde está Miguel Méndez, indio como él, malgrado intento de gran político, muerto en la flor de sus años y que anunció a Juárez en ocasión memorable su predestinación?, ¿dónde Apolonio Conde, que lo enteró que había sido un arriero el que se echó al hombro la oveja perdida, que lo invitó a penetrar en la milpa ajena y aquellos elotes asados, por cuyo humo advirtió el dueño la sisa de que ambos niños lo habían hecho víctima?, ¿dónde el sastre Domingo García, a cuya puerta oyó y aprendió las primeras palabras castellanas, como más tarde otro indio, Altamirano, lo hizo de otro indio, Ignacio Ramírez?, ¿dónde el dómine José Domingo González que le afeó la tarea de lengua castellana, mal hecha, porque no era de profesor, sino de un pobre indio que apenas se estaba enseñando? Todo eso había pasado, se había ido para siempre. Quedaba el recuer-

do, harina del pan que alimenta la vejez. Del pueblo ya no va quedando sino el recuerdo del lago tutelar, el ojo azul, del que recibió la primera lección de infinito y de grandeza, de hondura y de misterio, que eso, y no otra cosa, quiere decir *guelatao* o *gueladó*, su nombre original.

Benito Juárez tiene 66, ha caminado mucho. Ha recibido ya varios avisos de la muerte, pero nadie lo advierte. Sus médicos desesperan. Su familia sufre en silencio, que a eso la ha enseñado. La noticia de su enfermedad no trasciende los muros de Palacio, se guarda en secreto para no anticipar rumores que pueden repercutir negativamente en la marcha de los asuntos políticos, de los que jamás se apartó, que fueron la raíz y la razón de su existencia. Hay que evitar a amigos y adversarios motivos de alarma: la patria ha de estar en paz, que es el máximo bien, que él dijo en una de sus máximas. Sabe que su muerte, en ese minuto de discordia civil, alcanzará a todos, reconciliará a todos, así sea por breve tiempo. Aun con su muerte quiere servir a México, al de su conciencia y su corazón.

Duerme poco Benito Juárez. Se levanta por las noches víctima de malestares físicos, acosado por tareas que van a quedar pendientes, por obras que están por cumplirse. El carruaje está a la puerta, piafantes los caballos, la fusta en la mano de Juan Idueta, el fiel cochero. Pero Benito Juárez no acaba de abordarlo: algo falta por firmar, algún acuerdo está pendiente, aún no da las instrucciones del día a los ministros que han solicitado audiencia urgente, ajenos al hecho de que el Presidente se muere. Entre dolor y dolor, acuerda, discute y firma. La mano que firmó sabias leyes, que empuñó la

bandera y el bastón de mando, no tiembla, para que nadie advierta la próxima partida.

La muerte, émula de sus rivales políticos durante la guerra, le puso una emboscada, lo acometió por sorpresa, como si supiera con quién tenía que vérselas. Porque Juárez era de aquellos héroes que inspiran miedo a los mismos dioses, según lo dijo el modesto Leonardo S. Viramontes, recordando a Esquilo. Un día duró la lucha: de la mañana a la media noche. Darío Balandrano le da lectura a las noticias más importantes del día; Juárez, como de costumbre, escucha atento y hace algún comentario pasajero, al margen de la lectura, a la vez que insistía que el lector no sorteara aquellas noticias que fueran desagradables, porque Benito Juárez pensaba que con frecuencia el enemigo nos enseña dónde está el vado del río; porque así como sabía decir verdades, podía oírlas, y ése era otro de los signos de su condición de hombre y gran político. La verdad que no mata, fortalece y da vida.

Repentinamente don Benito se levantó del asiento, y dio algunos pasos, sin quejarse, las manos en la cabeza, que es como los zapotecas de hoy, y los griegos de la antigüedad, expresan el máximo dolor. Balandrano suspendió la lectura y le preguntó si se sentía indispuerto. “Estoy bien, repuso, puede usted continuar.” Sin embargo, pocos momentos después volvió a ponerse de pie y prolongó sus pasos hasta un salón inmediato. De regreso pidió el desayuno, que tomó tranquilo; escribió de su puño y letra el menú de la comida: frugal, reducida a las raciones a que se acostumbró cuando niño, cuando recorrió desiertos y estuvo desterrado. Uno de sus ministros que lo acompañaba a la mesa, lo mismo que

otras personas, advierte en su rostro los grandes padecimientos que pasaba y como le preguntara por su salud, Juárez contesta sonriendo que se encuentra bien, y continúa la conversación. Pero no era así: la muerte le había puesto sitio y se aprestaba al asalto final, que se produjo inexorable.

Los doctores Ignacio Alvarado, Rafael Lucio y Gabino Barrera que lo asistían, habían perdido la batalla. En una acción desesperada, Alvarado le vació sobre el corazón agua hirviendo, receta entonces contra la angina de pecho. El señor Juárez se incorporó violentamente, como para advertirle que le causaba daño, que estaba cometiendo una torpeza, al propio tiempo que decía:

—Me está usted quemando, doctor.

—Es intencional, señor; así lo necesita usted.

Y entonces Juárez resistió sin el menor gesto de dolor la tremenda prescripción.

Benito Juárez seguía caminando, hacia la última luz, hacia la noche de donde vino: hacia la inmensa nada que es la muerte. Vestía la indumentaria presidencial, sin que una sola cosa faltara de la liturgia republicana, de la investidura a la que jamás renunció. Sin que se descompusiera una sola de sus facciones, esperó a pie firme. En el minuto final, alejó al indio Camilo de la alcoba, para que no advirtiera el espantoso gesto final de la muerte, y cubriéndose el rostro con la sábana, como los patricios romanos, entregó el alma y el cuerpo a quien se los dio: a México.

Ejemplos dejó con su muerte. Don Juan Montalvo, el sagitario liberal ecuatoriano, admirador de Juárez y que escribió un drama sobre la Intervención y el Imperio; don Juan

Montalvo, murió así. Vistió elegante, alejó toda presencia de su lado y sentado en una silla, esperó en la frente el piquete de la bárbara abeja. Ignacio Manuel Altamirano, el indio rival de Benito Juárez, murió en forma parecida. Cuando la última hora llegó, le pidió al indio Anselmo que siempre lo acompañaba, que lo dejara solo, porque si se nace solo, solo ha de morir el hombre. Como nació y vivió, murió desnudo, como lo dijo de sí el otro indio, alternativamente su partidario y rival, Ignacio Ramírez.

Porque Benito Juárez caminó, México camina. Con él, otra vez, el indio se puso en pie, para que fuera verdad y se cumpliera la sentencia que más tarde formuló José Martí: hasta que el indio no camine no caminará América.



# APUNTES HISTÓRICOS







# JOVEN INSURGENTE\*



SIETE AÑOS TENÍA Benito Pablo Juárez cuando José María Morelos y Pavón entró en Oaxaca. Aquél fue un gran acontecimiento, pero pasajera su resonancia en la lucha, efímero su recuerdo. Pronto los vecinos de la vieja Antequera no tuvieron de aquella visita sino la imagen deslumbrante, la del caudillo vestido de gala, al frente de sus soldados victoriosos. Morelos, tras de una breve permanencia, volvió al camino, rumbo a Acapulco. Una leyenda quedó flotando en el aire del valle y trasponiendo las montañas, recorriendo sierras, llanuras, istmo, costa y cañada, llega a todos los oaxaqueños. Es la del acto heroico de Miguel Fernández Félix, que ante un foso, exclama: “Va mi espada en prenda, voy por ella.” Algo de todo eso debió llegar a oídos de Juárez, que su imaginación se encargó de agrandar.

Doce años tenía cuando pasó por San Pablo Guelatao una partida insurgente, hambrienta y en derrota. Ante los ojos del muchacho Juárez se representa la escena de la entrada de Morelos en Oaxaca; vuelve a su memoria el salto

\*Andrés Henestrosa, *Los caminos de Juárez, op. cit.*, pp. 47-54.

del foso de Guadalupe Victoria, se representan los instantes amargos de la larga lucha de independencia. Las imágenes de Miguel Hidalgo, de Morelos, de Vicente Guerrero, de Mariano Matamoros, los Bravo y los Galeana, vuelven a pasar en fila, rumbo a la victoria, camino al cadalso. El niño no puede más y se echa al hombro una oveja y la entrega a la tropa insurgente, que camina hambrienta. El otro paso —según una de las cien leyendas que inspiró Benito Juárez— fue abandonar el pueblo, antes de rendir cuenta del rebaño, que su tío exigía cada amanecer, antes de que el niño lo condujera al campo.

Trece años tenía cuando el Ejército Trigarante entró triunfante en Oaxaca. Los vivas, el estruendo de los cohetes, el repique de las campanas, las marchas heroicas que ejecutan las bandas militares, las melodías populares que tocan los conjuntos indígenas, invaden la ciudad, la electrizan y trastornan: nunca jamás tal entusiasmo se había conocido en Oaxaca, recatada, muelle, íntima de por sí. Benito Juárez se echa a la calle. Hace tres años que ha llegado a la capital oaxaqueña; aún viste calzones y camisa de manta, todavía calza huaraches, y se toca con el sombrero de palma. Forma en la valla alborozada, se suma al coro de los vivas, los vítores, acaso, otra vez lo ciegue el espectáculo de la gloria, se renueva en él el sentimiento de servir a su patria cuando sea hombre.

Cuando la bandera nacional pasa al frente, Benito Juárez rompe la fila, camina hasta media calle y, tomándola, besa sus pliegues. Antonio Salanueva le ha enseñado y le ha explicado que el beso es otra forma de comunión, igual que lo

son las plegarias y las lágrimas. Así se lo hizo saber el tutor cuando por primera vez lo indujo a besar los pies al Cristo Crucificado, al tiempo que recitaba el soneto... *No me mueve, mi Dios, para quererte...* Y ésa fue la explicación que dio cuando Salanueva le preguntó el motivo de aquel beso.

Morelos y Guerrero fueron las dos máximas admiraciones de Benito Juárez: el uno por su pensamiento político y su genio militar, tanto como por su sacrificio; el otro por su constancia, su humildad, que fue capaz de renunciar en manos de Agustín de Iturbide la gloria de consumir la Independencia, que era suya y estaba a punto de alcanzar, y no menos que por su sacrificio. A los dos se refirió siempre en términos de aquella admiración. Cuando Guerrero muere asesinado en Cuilapan, Juárez va a la tribuna a condenar el crimen y a la administración que lo propició y lo hizo posible. En un arrebato, acuña una hermosa frase: *Desde hoy Picaluga es sinónimo de traición*. Poco tiempo después propone al Congreso, y logra un decreto por el cual Cuilapan se llamara Guerrerotitlan. ¿Por qué no *Guerreroyóo* — la casa, el pueblo de Guerrero — en zapoteco, que era su idioma? Por lo mismo que aprendió el español, lengua nacional, prefirió el náhuatl, que en su hora era todavía la otra lengua nacional.

No fue Agustín de Iturbide el del primer golpe de Estado, tal vez. Acaso lo fuera Guerrero, que suplantó a Manuel Gómez Pedraza, que había obtenido la mayoría de los sufragios, siendo Guerrero el popular y el de la mayoría nacional. Qué pensaba de la conducta de Guerrero, no lo sabremos, porque nunca se refirió a ella. Quizá, como cree Zayas Enríquez, la tomara como algo digno de condenación, pero la aceptó como

irremediable, como un suceso inherente de aquellas primeras horas de nuestra vida política. ¿O creyó que con eso se volvía a la Revolución de Independencia, frustrada primero por Iturbide y ahora por Gómez Pedraza? Lo cierto es que siempre se refirió a Vicente Guerrero con entrañada admiración y con razonado fervor. “Para la exaltada juventud federalista oaxaqueña, Guerrero era un santo, un símbolo, una bandera”, escribió Sierra. Reunía aquellas tres sangres que José María Luis Mora propuso como constitutivas de la raza mexicana: la india, la española y la negra: era el mexicano en cabalidad. Por él había luchado Juárez, cuando estudiante, en las calles de Oaxaca.

Su culto a Morelos no fue menor. Morelos era a sus ojos figura más completa, santificada por mil sacrificios, y por el capítulo final en que se le degrada, en tanto hombre y soldado, como en su dignidad sacerdotal. Morelos muere derrotado, indigno para los enemigos de la causa de México de la veneración mexicana y de los himnos y de las estatuas que se le han levantado. Y así parece a primera vista.

Cualquiera que se incline amorosamente, sin deformaciones sobre las páginas de nuestra historia no podrá evitar un sentimiento que es por fuera un orgullo, por dentro una tristeza. Un orgullo, porque cada vez que el destino nos ha llamado a prueba, nos ha encontrado en nuestro sitio, dispuestos a acatar nuestra suerte, a poner en práctica y a obedecer los dictados de la historia y del espíritu. Una tristeza, porque muy pocas veces hemos *tenido hombre*, como el tullido de los Evangelios; una tristeza porque a nuestro pueblo, tan vital, tan *lucido* — como dice el pueblo —, alguna vez le han fallado los guías y los profetas.

El pueblo no levanta jamás estatuas, ni las derriba por mero capricho. Si alguna vez ha seguido a un hombre que no era de verdad grande, que a la postre lo engañó, fue porque en un momento dado pareció representar sus más altas aspiraciones, fue porque previamente puso en él los signos de la grandeza. Con ser tan infames Iturbide y Santa Anna, algo tuvieron sobre los otros y representaron cuando los mexicanos tuvieron que seguirlos momentáneamente. Pero una vez que traicionaron la causa que el azar los llevó a encarnar, ese mismo pueblo que los proclamó les dio las espaldas para siempre. Al revés, cuando México no ha sido defraudado por sus hombres, la estatua que se les levanta permanece en pie, firme a las embestidas enemigas. Nada pudo contra Juárez la saña de Francisco Bulnes. Nada contra Morelos las páginas de Lucas Alamán y de José Vasconcelos. Nada, asimismo, han podido en favor de Iturbide las mil páginas con que se ha querido defenderlo y justificarlo ante la historia.

Hechos y hombres hay en nuestra dolorosa historia, sin embargo, que nos enseñan que no es el triunfo lo que da categoría heroica y da la inmortalidad, sino la capacidad y la grandeza de aceptar una lucha desigual, injusta, sólo porque en ella va de por medio nuestro honor nacional, nuestra dignidad patria. Pueblos y héroes se definen por su decisión de luchar hasta la muerte más que por la vida; por la derrota, más que por el triunfo, si saben que la justicia se encuentra de su parte. Culto a la derrota, dijo Vasconcelos, y ejemplificó con Morelos. Odio a México, creen algunos que inspira la tesis. Mejor fuera decir, veneración a España.

Culto a los mártires, a los héroes, a los apóstoles, es nuestra historia. El objeto de la guerra es triunfar. La derrota, la

muerte, el sacrificio, son los azares de toda guerra, no las metas. Morelos pudo haber sido un derrotado, mas no un suicida. Buscó librar a nuestro pueblo de la inicua explotación gachupina, que no española. Derrotó cien veces a los realistas, siempre más numerosos y mejor armados que los insurgentes, en batallas que hasta entonces no presenciaron las llanuras y las sierras mexicanas. Improvisó sobre el terreno una táctica y una estrategia, lo que le da categoría de soldado impar.

Las ideas políticas, económicas y sociales de Morelos, si no eran las mejores, estaban —y aun se adelantaban así fuera confusa y embrionariamente— parejas a las de su tiempo. Sus ideas agrarias, germen de nuestras posteriores luchas, apuntaban a corregir males que se iniciaron en la Conquista y que consistieron en poner en unas cuantas manos las tierras de los indios, pues ya se sabe que mientras los misioneros predicaban el cielo, los encomenderos se fueron quedando con las tierras, que valen más que el cielo.

Morelos, aquel que dijo camino del calvario, que quedaba una parte de Morelos y Dios entero, con sus triunfos y sus derrotas, con sus debilidades si se quiere, y su muerte, hizo posible la victoria final. Todos nuestros héroes, desde el prototipo de héroes, Cuauhtémoc, hasta Morelos y Juárez, han sido eso: una aceptación de nuestro destino, un desafío a la adversidad, un morir gustoso, un sacrificio si en el ápice de cada derrota puede vislumbrarse un instante de dicha, una posibilidad de enmendar las aberraciones de nuestra azarosa historia. Cuauhtémoc, Morelos, Guerrero, ésos son los antecedentes de Benito Juárez. Con su polvo estaba hecho, y a ellos volvió los ojos en las horas difíciles.

# LA BATALLA DE JUCHITÁN\*



HACE 100 AÑOS, un día como hoy, Juchitán fue teatro de un acontecimiento de larga y honda repercusión en nuestro ser nacional: el 5 de septiembre, señores, alcanzamos la justa conciencia de nuestro existir como pueblo, como entidad espiritual, como parte de una realidad histórica, de un todo que es México, de la patria, en una palabra. Ese día afirmamos, reafirmamos nuestro carácter altivo y arrogante, juramos amar a la patria, vivir dentro de la libertad; desde aquella fecha nos afiliamos a toda causa libertaria, nos declaramos contra toda causa enemiga de la independencia, enemiga de la justicia, enemiga de nuestra redención. Vasallos de nuestra palabra empeñada, fieles a las mejores tradiciones nacionales, prontos a ofrecer nuestro concurso cada vez que las circunstancias lo reclaman. Desde entonces no hay movimiento, que si atañe a México, no cuente con nuestra sangre, nuestras lágrimas, nuestros desvelos: nuestra vida y nuestra muerte. Altivos y orgullosos, soberbios y arrogantes,

\*Discurso pronunciado por Andrés Henestrosa, diputado al Congreso de la Unión, el 5 de septiembre de 1966 en la ciudad de Juchitán, por ese día capital del estado de Oaxaca, en *La batalla de Juchitán*, México, Bibliófilos Oaxaqueños, 1966.

son los juchitecos; pero también buenos vasallos cuando tienen buen señor.

Pequeño el teatro, el escenario; pocos, contados, los protagonistas. Juchitán era una pequeña villa; sus habitantes los que hace un siglo podía tener una población mexicana de su categoría: unos cuantos centenares de hombres. Pero algo habían hecho ya los juchitecos en favor de la causa de México, que no es otra que la causa de la libertad, la justicia, la independencia. El título de villa que Benito Juárez le otorga en 1857 no fue sólo una manera de acomodarla a la división territorial de la nueva constitución política del Estado, próxima a promulgarse, sino, en cierto modo, como un premio y un reconocimiento por la participación de Juchitán, y de sus hijos, en las luchas libertarias de México: la de independencia y contra el iturbidismo, contra el santanismo y todo lo que fue consecuencia del intento de frustrar los ideales de Hidalgo y Morelos.

Oscuramente, de modo confuso, sin orden ni concierto, los juchitecos habían participado en todas aquellas luchas. No así el 5 de septiembre. Ese día, al conjuro de la patria en peligro, de nuestro suelo hollado por un injusto invasor, Juchitán se puso de pie y no ha dejado de estarlo desde entonces. La hora era dramática, definitiva. La pavorosa imagen de la muerte, del dolor, de la desolación, era la sola que se tenía ante los ojos. Pero decidimos ponernos del lado de las instituciones republicanas, democráticas, liberales, que es como decir del lado de la patria que con ellas se identifica: México es, desde que aparece en la historia, la lucha por la independencia, por la reforma, por la revolución. Desde Cuauhtémoc hasta Gustavo Díaz Ordaz.



Hace un siglo, un día como hoy, formulamos el voto de ser libres y morir antes que esclavos. Aceptamos toda lucha, aunque desigual, sin importarnos las apariencias con que el enemigo pretenda justificar su agresión; sin medir la magnitud del sacrificio. Porque el heroísmo, la grandeza de alma, consiste en luchar en defensa de la tierra que nos vio nacer, sin medir el tamaño del peligro, la fama del enemigo, la calidad de sus armas. Él ejército francés tenía entonces la fama de ser el más valiente, el mejor del mundo. Francia, la nación más culta y civilizada. Nosotros los más pobres, los tachados de inferiores, los bandoleros, y toda la trama de dictados ofensivos y denigrantes, si bien injustificados. Pues los mexicanos, en Puebla, les dieron una gran lección que la historia no ha olvidado ni olvidará jamás. Probamos que cuando un pueblo defiende sus libertades es más grande, o que lo único que iguala a los pueblos es el amor a la libertad; que pueblo grande es aquel que la defiende y no el que la atropella. Grande es México, no España, no Inglaterra. Grande Juan Prim, aquel moderno Cid que dijo Justo Sierra, porque comprendió la justicia que nos asistía. Pequeño Bazaine. Pequeño Napoleón el Pequeño. Grande, gigante, Benito Juárez, nuestro padre y nuestro hermano. Él fue, justamente, quien dijo que el patriotismo no mide el tamaño del peligro, la magnitud del sacrificio, sino que lo acepta con resignación.

Eso es lo que venimos a celebrar en este día, lo que estamos celebrando en estos días, lo que festejamos esta mañana. Si en aquella histórica batalla hubiéramos perdido en lugar de triunfar, en nada se reduciría nuestra gloria. Porque una

derrota no afrenta. Afrenta no pelear por la libertad. ¿Qué ha importado la derrota de Cuauhtémoc?, ¿qué el sacrificio de Hidalgo?, ¿qué el martirio de Morelos?, ¿qué el de los Niños Héroe?

Mienten, por eso, los que postulan que México profesa el culto de la derrota, que todos nuestros héroes han sido vencidos. Doctrina engañosa la suya, en verdad. México ama, México defiende la libertad, no la gloria, a veces triste, de vencer. Pudiera ser, y en realidad ocurre, que los padres de la patria hayan muerto sin ver el triunfo de su causa. Pero México antes de levantarles monumentos, antes de entonarles loores, pone sobre su frente las hojas de laurel y roble, los deifica, los pone a la altura de su amor a la gloria, a la fama, al heroísmo. Y porque, desde siempre, no hay héroes vivos. La muerte es la primera condición de la heroicidad. Lo que amamos es la libertad, la independencia, la justicia: amamos y damos inmortalidad a los que sucumben en su defensa.

¿Por qué ha de ser día de luto aquel en que un hombre muere por defenderlas? De luto sería aquel en que no luchara por la libertad. Luto sería que los Niños Héroe no hubieran muerto defendiéndola.

Porque la lucha es ya una forma de la victoria. El vencido es también héroe. Te felicitamos, decía Víctor Hugo ante la tumba de un soldado, porque has muerto.

¿Midieron los mexicanos, calcularon los juchitecos, los hijos de Chicapa y de San Blas, el tamaño del sacrificio cuando decidieron aceptar la lucha contra el invasor que carecía de razón, pero estaba sobrado de fuerza y de soberbia? No lo midieron, no lo calcularon.

En su arrebató, en su delirio, coincidieron con Juárez en que el amor a la patria todo lo vence, todo lo puede, y que en sus aras se debe ofrendar hasta el último aliento.

¿Se pusieron los juchitecos y sus aliados los veteranos del 5 de mayo de 1862, la mañana del 5 de septiembre de 1866, a hacer un recuento de sus efectos de guerra, a hacer un cómputo de las posibilidades de éxito, a ponderar la fama del enemigo? No. Nada de eso. Porque la prudencia aconseja tomar como posible el mal mayor, pero el corazón nunca lo da por consumado. Y el heroísmo consiste en sobreponerse a toda idea cobarde y poner en práctica los dictados del alma, los dictámenes de la historia, el latido de la tierra en que se ha nacido: el amor, en suma, a todo lo que nos es sagrado, y por lo que morir no es nada, sino, por el contrario, es ganar vida inmortal.

¿Cuáles eran las armas juchitecas, las istmeñas? Las que siempre esgrimió México: las de la razón, las del derecho. y las que el hombre siempre pudo tener a la mano: la visera de cartón y la espada de madera de Don Quijote. La honda de David. La lanza de Aquiles. La piedra de Tepalcatzin contra la frente de Moctezuma, el pusilánime. En la hoja del machete escribieron los juchitecos, los blaseños, los chicapas, una pequeña palabra: “Libertad”; lo que trae a la memoria la hazaña de un soldado de la antigüedad que pintó en su escudo una mosca; y como alguno se burlara de su pequeñez, respondió ufano que pensaba acercarse tanto al enemigo que quisiera o no tendría que ver su empresa. Así aquella mañana de gloria, hace 100 años, un día como hoy y vencimos. Y desde entonces la tierra mexicana se abona con sangre juchiteca, hasta el grado de que pueda decirse

que no hay panteón de la República en que no esté enterrado un juchiteco, muerto por la causa de la República. Ellos, sus almas, nos guían. Nos acompañan en esta mañana.

Los datos del combate del 5 de septiembre son escuetos, se reducen a unas cuantas noticias. El general Porfirio Díaz, que con tanta frecuencia y simpatía se refiere a los soldados de Juchitán en sus *Memorias*, y que lo acompañaron en algunas de sus campañas, no menciona la “Batalla de Juchitán”; y lo mismo ocurre con la *Reseña del ejército de Oriente*, por el general Manuel Santibáñez. Por aquellas fechas —4, 5, 6 y 7 de septiembre de 1866—, Díaz amagaba la plaza de Huajuapán, y, acaso, por no haber participado en la acción, la olvidara. No así Ángel Albino Corzo, comandante militar de Chiapas, y Gregorio Méndez que lo era de Tabasco, en sus respectivas *Reseñas*. Pero, sobre todo, Pantaleón Tovar, quien en la *Campaña de Oriente. Rápida Ojeada*, proporciona las noticias y documentos más necesarios para el conocimiento de los sucesos de la guerra de Intervención y el Imperio en Oaxaca, con las naturales referencias a toda la región del sureste y sotavento, que todo era un solo campo de batalla. Dice Tovar:

En tanto que Carlos Oronoz se movía sobre Díaz, el llamado prefecto imperial de Oaxaca, don Juan Pablo Franco, había marchado rumbo a Tehuantepec, a batir a los republicanos de Juchitán. Éstos lo derrotaron completamente, quitándole cuatro piezas, fusiles y parque. Franco escapó solamente con su escolta. La noticia de esta victoria se recibió en el cuartel general el 18 de septiembre...

La acción de armas del 5 de septiembre, a la que hemos llamado “Batalla de Juchitán”, no fue un hecho aislado, sino

que tenía estrecha relación con la lucha nacional en otros estados, los del sureste en primer lugar y aun con Puebla y Guerrero. Según el testimonio de Corzo, de Chiapas, y Méndez, de Tabasco, los republicanos de Juchitán estaban en contacto con aquellas dos entidades y de ellas recibían auxilios en metálico y en material de guerra. Como había que luchar hasta con las palabras y los símbolos, dice Méndez, una Compañía de Tabasco llevaba el nombre de “Juchitán”. Y otra el nombre de “Oaxaca”. Con la mira, agrega Méndez, de hacer comprender al enemigo que se contaba con los auxilios de los oaxaqueños. Y, ¿no fue José Pantaleón Domínguez, el abuelo del prócer de la democracia mexicana, comandante civil y militar de Chiapas, a quien rinde el parte militar del combate de Juchitán, Marcos Matus, para que luego lo transmitiera al general Ignacio Mejía, ministro de Guerra del Supremo Gobierno de la República?, ¿no de Chiapas vino el coronel Crisóforo Canseco al mando del batallón “Zaragoza” que combatió al lado de los juchitecos el 5 de septiembre? El triunfo de Juchitán lo era también de Chiapas y de Tabasco, que con él quedaron liberados de una posible incursión, que no era otro el fin de los imperialistas, una vez vencida la resistencia del istmo.

Así como repercutió favorablemente en Chiapas y Tabasco, la “Batalla de Juchitán” se proyectó en las futuras acciones del general Porfirio Díaz. El istmo de Tehuantepec en poder de los republicanos, pudo atender con el desahogo necesario la campaña del centro de Oaxaca, cuyos resultados fueron las victorias de Miahuatlán, La Carbonera y la recuperación de la ciudad de Oaxaca en el mes de octubre siguiente. ¿Cómo,

pues, no celebrar esta gloriosa fecha, con dianas, con músicas y cantos? Porque no fue sólo el triunfo de Juchitán, del istmo de Tehuantepec, de Oaxaca, sino el de la patria entera, en una pequeña porción de su territorio.

Pero... pero no reduzcamos nuestra gloria con la mácula del odio, con los lunares de la pasión partidarista. Tratemos de entender los peligros de toda laya de aquellos años. El anterior, el año terrible del '65, las defecciones, los titubeos, las desesperanzas, el cansancio, estaban a la orden del día. El imperio parecía vencedor. El enemigo invitaba sin cesar a los leales a que se pasaran al Imperio, que rindieran sus armas, a cambio de grandes honores. Díaz recibió una de esas invitaciones. Las armas que puso en las manos de los que creyó leales mexicanos para que defendieran las instituciones de la República, las volvieron contra ellas. El mismo general Díaz pensó en concertar una tregua con el enemigo, en vista de los constantes reveses, para salvar algo de la patria en derrota. Remigio Toledo, el jefe político de Tehuantepec, era uno de ellos, uno de esos hombres de corazón vacilante que desesperaron de la lucha y del venturoso resultado de la resistencia. Y abrazó la causa del Imperio, que creyó triunfante. Otros no llegaron a tanto, pero flaquearon, huyeron al extranjero, desistieron de continuar la lucha: abandonaron aquel carrito en que alguna vez quedó simbólicamente reducida la república peregrina. Uno solo, cuyo nombre callo porque está en la mente y en los labios de todos, no desesperó jamás, sino, por el contrario, con los reveses aumentaba su fe, con las derrotas la seguridad del triunfo final. Aquel que dijo que el que no espera vencer ya está vencido; aquel que dijo

que nuestra constancia los vencería; aquel que dijo que era imposible, moralmente hablando, que la reacción triunfara; aquel que dijo que la democracia era el destino de la humanidad futura. Por una sola razón, porque tenía un ideario político congruente, del que a veces carecían los ingenios superiores que lo rodeaban; porque él sabía hacia qué rumbo caminaba la humanidad.

Si queremos ser fieles a la doctrina republicana, si queremos ser dignos del legado de Benito Juárez, tendamos un manto piadoso sobre los que aquel día equivocaron el camino, erraron el rumbo. Él llamó a la unidad nacional durante la guerra. Él llamó a concordia después del triunfo. Contra el clamor de los que pedían venganza, de los que pedían la picota para los vencidos, él, Benito Juárez, sólo aplicó la ley a tres de los protagonistas de aquella guerra sangrienta. En Querétaro, más que Maximiliano, Miramón y Mejía, morían la idea y el sueño del imperio en una tierra que nació con vocación para la república, la democracia, el liberalismo.

México, Oaxaca, Juchitán, Tehuantepec, tienen una sola aspiración, una meta sola: su redención dentro de las ideas democráticas, cuya bondad y eficacia están largamente probadas. Los errores del pasado no pesen sobre las esperanzas del presente; sobre la luz de hoy no floten las sombras de ayer. Más cosas nos unen que nos separan. Todos padecemos iguales carencias, y unidos hemos de caminar para satisfacerlas. Juntemos nuestras manos y desde la inmortalidad, los creadores de la patria mexicana sonreirán, y con un movimiento de cabeza manifestarán su satisfacción. Yo, desde la humanidad de mis merecimientos, los llamo a concordia, al

olvido de los resquemores si es que todavía existen, entre los oaxaqueños, entre los mexicanos todos. La suerte de la patria así lo pide, lo exige así. Y como dijo él, que tanto sufrió por ella: “Contra la patria nunca tendremos razón.”

Con la celebración de esta. fecha, crece nuestro nombre, se multiplica nuestra fama. Ya no estamos separados del resto de México ni de Oaxaca ni del mundo. Las luchas de la humanidad actual son nuestras luchas. Seamos dignos de nuestra historia. El aire se puebla de nuevos augurios. Adelante, adelante, hacia nuevas victorias, porque la Batalla de Juchitán, nuestra batalla, es eterna, permanente en la vigilancia de la patria.

*[Juchitán, sábado 3 de septiembre de 1966]*



# LA BATALLA DE CALPULALPAN\*



HACE 100 AÑOS, el lunes 22 de diciembre de 1860, en una batalla que dura dos horas, se cierra un episodio de nuestra historia: El triunfo de la causa republicana contra la reacción, en San Miguel Calpulalpan, cerca de Arroyo de Zarco, en el actual estado de México, el fin de la Guerra de Tres Años que se inicia con el golpe de Estado de Comonfort y la exaltación de Benito Juárez a la Presidencia de la República. Un triunfo definitivo y una derrota cabal. Con la victoria de Calpulalpan alcanzó definición el México nuevo, social, el imperio de la ley contra la reacción, cuya máxima es que los motines militares sean, y no la ley los que pongan y quiten a las autoridades, cuando les plazca.

La reacción había sucumbido para siempre. Para resucitarla, la primera nación militar del mundo, arrastrando en pos suya a un príncipe austriaco y a una gran parte de la sociedad mexicana, había de gastar todo su prestigio y todo

\*Discurso pronunciado por el diputado Andrés Henestrosa Morales en la conmemoración del aniversario de la Batalla de Calpulalpan, en cuyo hecho histórico se consolida el triunfo de la causa de la Reforma, en Cámara de Diputados, *Diario de los debates*, XLIV Legislatura, 23 de diciembre de 1960, núm. 38.

su poder, sin conseguirlo. En el mundo de las ideas había muerto ya, en el de los hechos acababa de entrar definitivamente en la historia. Lo que ella figuró en nuestra gran tragedia nacional: La guerra de intervención y el Imperio fue un espectro, un aparecido. Con palabras de Sierra idealmente, socialmente, militarmente la reacción había concluido.

Sobre el programa reformista se iba a informar el nuevo mundo mexicano. Éste que vivimos, éste por el cual vienen peleando los mejores, por encima de las contingencias que traen las realidades, mas siempre vivo y actualmente el ideario y el anhelo de redención. Porque el movimiento de Independencia de 1810 se continuó con la Reforma y la Revolución Mexicana, a través de otros mucho episodios. Hay unidad, es una continuidad y nunca un continuismo como pretenden los herederos del partido vencido. Por encima de las disensiones, pasajeras o definitivas, hondas o superficiales, sobreviven sin desviarse las aspiraciones nacionales: El vencedor las recoge, las preserva y lucha por realizarlas. En cambio, la reacción sólo transitoriamente ha triunfado.

Al ocurrir la defección de Comonfort, dos tendencias, dos generaciones quedaron frente a frente. Por un lado la casta militar, la que se formó en las discordias civiles, la que combatió sin éxito la intervención norteamericana, la que se formó al lado de Santa Anna. Por el otro, Benito Juárez, que era al propio tiempo el pueblo, el Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial; nada previsto por la Constitución, pero que estaba en la fuerza incontrastable de las cosas. Era uno de esos apurados trances en que Juárez se vio obligado a salir

de la ley, para entrar en el derecho. Estaba muerta la Constitución, pero estaba vivo un hombre, el político que mejor supo orientarse en medio de aquella tempestad, el ideólogo de mayor congruencia en aquella contienda: Estaba vivo Benito Juárez, quien encarnaba la Constitución y la patria. Quedaba vivo un pueblo, latía la causa de México, estaba en pie lo que perdura, lo que no cesa, lo que no pasa, lo que a través de contradicciones y pasajeros fracasos, se afirma y se asegura: La República liberal, el progreso, el anhelo de redención nacional, la aspiración de justicia social.

Todo parecía perdido. Los brillantes jóvenes de la reacción anticonstitucional, en una serie de deslumbrantes acciones, acaban con la coalición juarista. Ocupan el Bajío y el Occidente; Doblado, capitula; Juárez está a punto de morir asesinado en Guadalajara. Huye el presidente, cruza la frontera y desembarca en Veracruz, donde protegido por Gutiérrez Zamora, establece el Gobierno constitucional. Y armado de aquella su virtud indígena: La perseverancia, trabaja, sufre y espera. El Ejército patriota se había rehecho: Vidaurri y Zuazua le salen al paso a Miramón, en el Bajío, en el centro y en el occidente, con varia fortuna; pero se apoderan de Zacatecas y de San Luis. Crecía la figura casi legendaria de Miramón, el paladín del retroceso, quien derrota a los patriotas. Juárez no desespera. Juárez espera. La causa no está del todo derrotada; está él pasajera y vencido. Juárez reduce a una breve sentencia la situación. “El que no espera vencer, ya está vencido”, dice Vidaurri y Zuazua recupera San Luis; Santos Degollado se apodera de Guadalajara, Blanco amaga a la capital de la República.

Triunfos efímeros, es cierto, pero señal incontrovertible de la vitalidad de la causa republicana, de la aceptación de que goza en la mayoría nacional. En las filas conservadoras ocurre algo que Sierra califica de comedia política: Echegaray y Robles Pezuela se apoderan de la ciudad de México, derrocan a Zuloaga y nombran Presidente a Miramón, quien finge indignarse con el procedimiento, rechaza la Presidencia y restaura a Zuloaga, que a su vez lo nombra Presidente sustituto y le entrega el puesto. El “Joven Macabeo” se prepara para el asalto a Veracruz, baluarte de la Reforma. Precedido de sahumeros, antecedido de rezos, avanza hasta el puerto pero detiene el asalto en espera de los recursos que habrían de salir de México, lo que no ocurre porque Degollado, que renace de sus cenizas, avanza sobre la capital que no tomó por aquellas trágicas indecisiones que son parte de su gloria, pero cuyo reverso es el regreso inmediato del jefe reaccionario. Sobreviene la derrota republicana de Tacubaya y otra vez el ejército reformista se encuentra deshecho; no así la entereza de Santos Degollado que lo rehace en unas cuantas semanas. Pero aquella gran victoria militar se convierte en una gran derrota moral. Miramón, que llega a la capital cuando la batalla había sido ganada, ordena a Leonardo Márquez la ejecución de los prisioneros, entre quienes se encuentran dos médicos que a la vez son dos poetas: Manuel Mateos y Juan Díaz Covarrubias. México no podía continuar así. Un gobierno que así violaba las más elementales leyes humanas, no debía, no podía triunfar. Y no triunfó.

El país se iba cansando de aquella lucha. Los campos habían sido abandonados, la población huía de un lugar a

otro, cundía el bandolerismo. El amor a la patria aconsejaba una tregua, una conciliación. Pero el clero y el ejército sólo la aceptaba con el sacrificio de la Reforma. Y los juaristas sólo podían aceptarla con la vigencia del Código del 57. Era imposible la conciliación. Y la lucha continuó sangrienta, por los dos partidos. Las fuerzas conservadoras reconquistaron el Bajío, pero eran vencidas en el norte. Un nuevo astro ascendía en el cielo de México: Jesús González Ortega, el empleado de notarías de Téul, el “tinterillo” de la Reforma. González Ortega no tiene la pompa y los atributos de los viejos generales nacidos de las academias militares, formados en la práctica de las guerras civiles, en la guerra contra la intervención norteamericana. Es un general con fortuna, como él mismo lo dijo, para reducir su pena. Era un soldado hecho día a día, hora tras hora, de derrota en derrota, era un soldado nacido del pueblo, de ese pueblo cuyo vientre no se cansa de dar a luz apóstoles, héroes, santos, mártires, ejércitos que ganan las grandes batallas. Él va a ser quien, en Calpulalpan, hace 100 años, un día como ayer derrotó a Miramón y a las fuerzas conservadoras.

No era todavía la paz. No era todavía la última batalla de nuestra historia. En el fondo del horizonte resonaban los cañones franceses; pero también los compases de La Chinaca, que canta un pueblo decidido a ser independiente y libre.



# JUÁREZ Y LA REPÚBLICA DOMINICANA\*



LA REPÚBLICA de Santo Domingo ha donado, al través de su representación diplomática en nuestro país, unos documentos al Recinto de Homenaje a don Benito Juárez, instalado al costado norte del Palacio Nacional. El obsequio reviste señalada importancia, por muchas razones. Una de ellas por referirse a Juárez, a quien en gran manera se tributa homenaje en este año en que cumple un centenario la Constitución de 1857, que le es inseparable; otra es porque atañe al movimiento de simpatía que la acción republicana y liberal representada por el patricio suscitó en toda la extensión de América, que veía la suerte de México como algo de lo que ningún pueblo americano podría estar a salvo en un momento dado. El documento en cuestión, en efecto, es el decreto del Congreso dominicano declarando que el Presidente Juárez había merecido “bien de América” y que por tanto, debería aclamárselo su Benemérito, con lo cual, la República Dominicana daría “el ejemplo a las demás repúblicas sus hermanas que quisiesen tratar su simpatía por la causa de la

\*Andrés Henestrosa, *Agua del tiempo*, op. cit., t. I, pp. 293-294.

libertad de México”. El decreto corresponde al mes de mayo de 1867, aunque fue dado a la publicidad un mes y medio después. El dictado de Benemérito de las Américas con que se le conoce y se le venera en los pueblos de este continente, se atribuye, como sabe la mayoría de los lectores, a un acuerdo del Congreso colombiano de mayo de 1865, justamente cuando la guerra contra el Imperio alcanzaba su minuto de mayor dramatismo. Los términos del decreto, que quizá valga la pena recordar en su parte conducente se asemejan a los de la cámara dominicana, pero se aparta de él en lo esencial. Los dos, en efecto, aluden a que Juárez ha merecido bien de los pueblos del continente por su desesperada y desigual lucha contra la invasión extranjera: lucha que México pese a su debilidad no rehusó, por mantenerse fiel a las normas que le imponen sus tradiciones de no medir el tamaño de los peligros, sino afrontarlos con resignación.

Como los documentos donados por Santo Domingo al Recinto en honor de Benito Juárez no aparecen acompañados de explicación alguna, conviene enterar al lector que el descubrimiento de esa importante noticia histórica, casi desconocida entre nosotros, se debe al historiador dominicano Vetilio Alfáu Durán, quien la comunicó al poeta, escritor e historiador mexicano José de J. Núñez y Domínguez, representante nuestro en Santo Domingo al tiempo del hallazgo. Con esos elementos Núñez y Domínguez redactó un artículo que bajo el título de “La República Dominicana fue la que proclamó a Juárez Benemérito de la América”, fue publicado en la *Memoria de la Academia Nacional de Historia y Geografía*, en el año de 1950. Por el contexto se puede ver que si bien



Colombia declaró que Juárez había merecido bien de América y que aludió a “la abnegación y la incontestable perseverancia” desplegada “en la defensa de la independencia y libertad de su patria”, no lo proclamó concretamente, como sí lo hizo Santo Domingo, Benemérito de América. Los documentos que Núñez y Domínguez transcribe, muestran que en Santo Domingo se ignoraba el decreto colombiano, pues el diputado Antonio D. Madrigal que presentó la iniciativa, dijo, como ya vimos, que de esa manera Santo Domingo daría el ejemplo a las otras repúblicas americanas. Pero se ve algo más. Siendo el decreto del 11 de mayo de 1867, los dominicanos, un mes antes de la derrota del Imperio, ya daban por triunfante la causa de la República Mexicana.

México, debe pues, eterna gratitud a la República Dominicana —dice Núñez y Domínguez—, por esta demostración de confraternidad, en uno de los momentos más aciagos de su vida nacional y por haber sido indudablemente el primer país que denominó a Juárez Benemérito de la América.

*[Viernes 1o. de noviembre de 1957]*



## UNAMUNO, JUARISTA\*



DON MIGUEL de Unamuno tenía vuelta la fantasía hacia México, y con razón, pues aquí pasó parte de su niñez y mocedad. ¿No dijo que en nuestra pobre y corta vida sólo tiene raíces de poesía lo que arraiga en la frescura de nuestras impresiones infantiles? De niño y de mozo oyó hablar de México, a su padre que había pasado unos años en Tepic. Ya mayorcito vino a nuestra tierra y anduvo algún tiempo por el rumbo de Acaponeta, adonde alguno de estos últimos tiempos ha encontrado su huella. En muchos lugares de sus libros el recuerdo de México lo toma como por sorpresa, sin él quererlo ni buscarlo. El recuerdo más lejano corresponde a las cosas de hace un siglo, y cuando Unamuno acababa de cumplir los cuatro años de su edad. Así, cuenta en *Recuerdos de niñez y mocedad* que la primera lección de historia no la recibió de su familia, sino a través del arte: en la representación en cera de los sucesos de Querétaro. En septiembre de 1868, cuando cumplía yo mis cuatro años —dice—, estalló la Revolución de Septiembre, y de su repercusión en Bil-

\*Andrés Henestrosa, *Agua del tiempo*, op. cit., pp. 437-438.

bao nada recuerdo directamente. Pero no debió ser mucho tiempo después cuando en una galería de figuras de cera llevaron a mi pueblo la representación del fusilamiento de Maximiliano y sus generales Miramón y Mejía, ya que el suceso ocurrió en 1867. Hirió mi imaginación la tragedia de Querétaro presentada en figuras de cera, en la forma menos artística del arte, pero en la más infantil, y aún me parece ver al pobre emperador de Méjico de rodillas, con sus largas barbas y vendados los ojos. Lo he recordado varias veces al leer el *Miramare* de Carducci, que me sé de memoria y lo he traducido en verso castellano.

Y como el escritor, según lo dijo él y aquí lo hemos insinuado, es como mula de noria, da vueltas en torno al mismo pozo, de donde así como una extrae agua, el otro temas e ideas, Unamuno vuelve al tema mexicano. Refiere, pues, en otras partes las mismas historias, contadas de distinta manera.

Un día, muy niño, se cuela en la sala familiar, adornada de cuadros. Dos no olvida. Hay — dice — dos fisonomías que me son familiares desde que empezaron a grabarse en mi mente las caras de los hombres: el rostro barbado de Abraham Lincoln, con su aspecto cabruno, y el rostro lampiño del indio Juárez, de quien oí decir no poco. Uno y otros seres místicos para mí, que se codeaban con los patriarcas de que Fleury nos habla. Y vuelto a las figuras de cera, relaciona aquel cuadro tétrico de la sala familiar “con el impasible rostro lampiño del indio Juárez, el verdadero padre civil de la patria mejicana”.

Cuando colaborador de periódicos sudamericanos, al referirse a un libro del peruano José de la Riva Agüero, retorna

al tema y a los recuerdos de México. Esas intromisiones de los héroes indios que lucharon contra la conquista española — escribe —, rara vez pueden resultar, y no conozco sino una poesía en que produzca efecto de singular hermosura una cosa semejante, y es en el *Miramare* de Carducci aquel Huitzilipochtli, dios de la guerra mejicano, que, husmeando a través del Océano la sangre de Maximiliano, el descendiente de Carlos V, navega el mar con la mirada y aúlla: “¡Vente!”, con todo lo que sigue en la estupenda oda carducciana. Al recordar en el mismo ensayo un pensamiento juarista, aquel en que desea, por idea patriótica más que religiosa, que el protestantismo se mexicanizara, y conquistando a los indios les obligara a leer y no a gastar sus ahorros en cirios para los santos; Unamuno escribe: Benito Juárez, el salvador de la patria, veía muy lejos. Y como cabo de estas reflexiones en que no se juzga a Juárez anticatólico como son lo que predicán el protestantismo, afirma: Y así no puede lograrse, ni para los indios ni para los criollos, lo que el gran Benito Juárez deseaba para aquellos. Aquí —Perú—, como aquí —España—, lo que hace falta es una Reforma; pero indigna, brotada de dentro, no traducida.

[Jueves 13 de julio de 1967]



# JUÁREZ EN LA ANÉCDOTA\*



ALLÁ POR el año de 1914 o 1915 el capitán de un regimiento de caballería tuvo, al entrar al pueblo de San Pablo Guelatao, la desdichada ocurrencia, o se alcanzó la *puntada* de pegarle un tiro a la estatua de Benito Juárez. El jefe de las operaciones del estado lo sujetó a juicio sumarísimo y lo pasó por las armas sólo unas cuantas horas después. El acta en que consta la ejecución se encuentra en el salón de cabildo de San Pablo Guelatao, para que puedan leerlo los visitantes, y para que sirva de lección a los que se atreven con los héroes, los mártires, los apóstoles y los profetas. El suceso causó expectación en el estado y la noticia llegó hasta los confines de Oaxaca. No hace falta ofrecer los nombres del capitán y del general protagonistas de la historia, pero sí conviene resaltar los dos polos de la conducta de estos dos mexicanos: la del capitán que necesariamente sabía quién era Juárez, y al darle el tiro a su estatua quiso manifestarse independiente, si no es que obedeciera una repentina reacción contra un hombre que despojó a la reacción de sus fueros y de sus privilegios,

\*Andrés Henestrosa, *Agua del tiempo*, t. II, *op. cit.*, p. 285.

acaso sin pertenecer el pobre hombre a la clase social en que parece natural y hasta legítimo el odio y la aversión a Benito Juárez: y la del general, que representó el polo opuesto, el del mexicano que sabe que por virtud de las Leyes de Reforma y del laicismo, el pueblo mexicano vive en paz por cuanto se refiere a libertad de creencias. Fusilar al capitán fue de ese modo otro capítulo de la guerra en que México estaba empeñado en aquellos años: la Revolución de 1910, que no es otra cosa que la continuación de la de 1810 y de la Guerra de Reforma. El capitán, que pertenecía a las fuerzas de la Revolución, cometió sin duda un acto que no concurría a afirmar la unidad del pueblo mexicano en su lucha, ya vieja de siglos, por alcanzar su redención, que tiene en Juárez a un hombre que luchó por todos, hasta por los reaccionarios, que como él dijo, también son mexicanos.

Un día conté esta historia al gran escritor Juan de la Caba y me correspondió con esta otra parecida. En un apartado pueblo de Campeche —me dijo— había un hombre a quien todo el mundo conocía como “Tachito”. Era una de las glorias de este pobre hombre vociferar, cada vez que el alcohol se burlaba de él y lo engañaba, contra el patricio, en el mercado y frente al ayuntamiento. Naturalmente que tenía oyentes y que no se le regateaban los aplausos, lo que enardecía y lo llevaba cada vez más a extremar los ataques, las injurias, las diatribas contra el indio de Guelatao. Un día fue tanta su exaltación y de tal manera lo animaron los aplausos que se abrazó a la estatua de Juárez y sacudió el pedestal con tal violencia que el busto se vino abajo y cayéndole sobre la cabeza lo dejó ahí tendido. Me han venido a la memoria es-



tos dos recuerdos en estos últimos días en que otra vez se ha ofendido a Benito Juárez; en que otro mexicano ha tenido la puntada de referirse irrespetuosamente al Benemérito.

¿He contado bien la historia, querido Juan de la Cabada?

*[Viernes 3 de enero de 1974]*



# LEGADO DE JUÁREZ





# JUÁREZ: FLOR Y LÁTIGO\*



EL INSTITUTO Nacional de la Juventud Mexicana, a cuyo frente se encuentra Don Antonio Mena Brito, se propone reeditar el ideario liberal que ordenamos hace algunos años para enseñanza de los jóvenes mexicanos y aun para los que sin ser jóvenes no tuvieron antes ni el tiempo ni la curiosidad necesaria para leer los textos políticos de don Benito Juárez en que aquel ideario aparece, perdido en informes, manifiestos, proclamas y exposiciones de gobierno. El volumen de los papeles juaristas es muy grande, cómo no podía dejar de ser si se tiene en cuenta lo largo del tiempo en que se desarrolla la acción política de Juárez así como la amplitud y trascendencia de los problemas con que hubo de vérselas desde que muy joven, comenzó a desempeñar en su nativa Oaxaca los primeros cargos. Nada extraño, entonces, que quede reservado a los especialistas en ese capítulo de nuestra historia política, el conocimiento de la literatura liberal, la de Benito Juárez en primer término, por todo ello merece aplauso el propósito del Instituto Nacional de la Juventud Mexicana de volver a editar

\*Andrés Henestrosa, *Agua del tiempo*, *op. cit.*, t. I, pp. 86-87.

el ya agotado opúsculo *Flor y látigo* en que el pensamiento liberal queda reducido a sus líneas más estrictas.

Y ahora, déjeme lector contar cómo se preparó el ideario político que motiva este artículo. Hace un poco más de dos lustros, al redactar una síntesis biográfica de don Benito Juárez que a última hora no fue publicada, tuve la ocurrencia de ir subrayando en sus escritos todos aquellos lugares en que la ideología del gran indio estaba contenida. Luego, sin mutilar el texto en lo que tuviera de esencial ni desfigurarlo, reduje aquellos renglones a sentencias, apotegmas y aforismos, que es la manera de decir una verdad en pocas palabras. Así organizados, y antecediéndolos de un breve prólogo, los reuní en un pequeño volumen con el título ya mencionado, *Flor y látigo*, con el cual quise indicar que en Juárez concurrían dos naturalezas que actuaban sin contradecirse: riguroso y firme, sin dobleces; manso y tierno, sin blanduras; pero todo a su debido tiempo. El título del opúsculo, que en cierto modo recuerda aquel otro que usó Américo Lugo para un libro acerca de Martí, *Flor y lava*, no era de ningún modo convencional ni caprichoso, como parece probarlo el viejo proloquio zapoteca que lo ampara y que parece resumir la naturaleza juarista: “En una mano la flor; en la otra el látigo”. Cuando unos años más tarde pintó Diego Rivera el gran retrato del Benemérito que es como una síntesis de todas las versiones que de su persona física se han hecho, se pudo ver que en el conjunto una cosa se destacaba, dando al retrato su última significación: las dos manos de Juárez, la una recia cerrada hecha una porción de granito; la otra suave, melódica, casi femenil. Con la una sostiene la pluma,

que en Juárez era instrumento casi sagrado, bueno sólo para civilizar, para estampar verdades. Con la otra sujeta la ley, su sola espada, su solo escudo. En otras palabras, en una mano la flor, el látigo en la otra.

Benito Juárez no era un intelectual, ni un artista, sino un hombre de acción y de pensamiento. Y sus escritos no fueron otra cosa que el presagio y el corolario de sus acciones. En sus manos, como ocurre frecuentemente en los ideólogos y políticos de América, la pluma es un instrumento de creación, no de recreo. Era un instrumento civilizador exclusivamente, con la misma eficacia de un machete, bueno para podar las ramas estorbosas, la intrincada y abrupta maraña de prejuicios seculares, que impedía la marcha progresiva de México. Y él lo sabía. De todos es conocida la repuesta que dio a la Academia de la Lengua cuando le propuso hacerlo socio, guiada por la corrección y sobriedad de su estilo. Juárez declinó el honor, y sugirió el nombre de Pedro Santacilia, su secretario. Pocas las palabras de Benito Juárez, reducido su léxico; pero esas palabras eran las esenciales: Libertad, justicia, independencia, patria, deber. En cambio tenía un ideario 100 veces repasado y meditado. Una verdad, un ideal, una fe, una decisión de lucha, un amor al suelo que lo sustentaba, lo llevaban en el momento de hablar y de escribir, a una suerte de transfiguración. Entonces su lenguaje, pobre como siempre fue según él lo dijo, daba de sí al resumir en unas cuantas palabras una verdad, una sentencia, un apotegma, un corolario a sus acciones. Adquiere una elocuencia primordial, la del que dice la verdad. Como Juan Bautista Alberdi pudo decir que sus palabras eran acciones.

La selección de sus pensamientos contenida en *Flor y látigo*, y que tanto se asemeja a *Alma América*, o *Granos de Oro* en que se contienen los de Martí y también a los pensamientos de Bolívar; entresacados de sus discursos, proclamas, cartas, apuntes autobiográficos, arengas y manifiestos, nos lo presentan de cuerpo entero; alternando el león y el cordero, la paloma y la estrella, la flor y el látigo, para decirlo de una vez.

La pasión partidista ha llevado a afirmar que no era él, sino sus secretarios quienes escribieron sus discursos, manifiestos, y procuró ajustarse no solamente a su ideario, sino a cierto tono que venía de la frecuencia de sus palabras claves, visibles ya desde sus primeros escritos, cuando aún no salía de Oaxaca. La misma expresión, la misma sintaxis, igual sobriedad, el mismo estilo, en este ideario que el Instituto Nacional de la Juventud Mexicana pone en vuestras manos, lector, está Juárez; de pelea con su pensamiento político, vivo, actual. Porque muchas de las cosas que él no hizo están por hacerse; porque muchas de sus palabras mantienen su vigencia. De lo que otros héroes americanos se ha dicho se puede decir de él: Juárez todavía tiene puestas las botas de montar.

[*Sábado 10 de marzo de 1956*]



# BENITO JUÁREZ

## FLOR Y LÁTIGO, IDEARIO POLÍTICO\*



ASPIRAMOS AL poner este haz de espigas en las manos de los lectores del Continente, a mostrar la continuidad del ideario político que norma las instituciones de la República, en su constante aspiración de bien común. Pospuesta toda otra consideración, no se busquen aquí galas literarias, sino eso que hemos apuntado: el acervo ideológico que presidió las acciones del gran indio que se llamó Benito Juárez, en quien la conciencia nacional de independencia, adquiere formas definitivas.

Benito Juárez no era un intelectual, ni un artista, sino un hombre de acción y de pensamiento. Y sus escritos no fueron otra cosa que el presagio y el corolario de sus acciones. En

\*Para la confección de este *Ideario político* de Juárez, me he valido de la recopilación que de los escritos del gran reformista, hizo en tres tomos don Ángel Pola; de uno de los tomos que Ocaranza ha publicado acerca de los amigos de Juárez; del tomo que con el nombre de *Archivos Privados de D. Benito Juárez y D. Pedro Santacilia*, que contiene las *Cartas* que el señor Juárez escribió a su yerno el señor Santacilia, además de los *Apuntes para mis hijos*, pequeña autobiografía del patricio. Un solo texto incluye este *Ideario* que no se encuentra en las obras que hemos mencionado, sino que está en la obra de don Justo Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano*, que el autor cita de una conversación (nota de Andrés Henestrosa). En Andrés Henestrosa, *Benito Juárez. Flor y látigo. Ideario político*, México, Horizonte, 1944.

sus manos, como ocurre frecuentemente en los ideólogos y políticos de América, la pluma es un instrumento de creación, no de recreo. Era un instrumento civilizador exclusivamente, con la misma eficacia de un machete, bueno para podar las ramas estorbosas, la intrincada y abrupta maraña de prejuicios seculares, que impedían la marcha progresiva de México. Y no podía ser de otra manera, dados los tiempos. Si hasta aquellos que eran por definición literatos y artistas, se vieron sojuzgados por el quehacer político y su obra está teñida con estos afanes. Así Ignacio Ramírez, así Ignacio Manuel Altamirano. Mayormente Juárez, dados sus orígenes y las circunstancias de su vida: venía de esa porción del pueblo mexicano en que son más descarnadas, más inicuas, las desigualdades sociales que dan origen a la miseria, el abandono y la ignorancia. Luchar contra eso, hasta morir si era preciso, fue una decisión que se formuló, apenas escolar en el Instituto de Oaxaca. De ahí en adelante todo lo que hizo estaba encaminado a poner en sus manos las armas necesarias para la lucha, cuando llegara la hora.

No era, además, una inteligencia brillante. No era tampoco un hombre de abundantes lecturas. Su cultura literaria se reducía a la que en aquel tiempo daban los seminarios, enriquecida, claro está, por los libros que Antonio Salanueva gustaba: las *Epístolas* de San Pablo, el *Teatro Crítico* y las *Cartas*, de Benito Jerónimo Feijóo. Y por los que su propia curiosidad y apetencia de dar fundamento a su credo y a su emoción popular y humana hubo de procurarse: Rousseau, Voltaire, Constant, el Abate Marchena, el venezolano Roscio y quizá el peruano Vigil... Pero todo esto no quiere decir

que fuera una mente secundaria o ignorante. Carecía, desde luego, de dones de escritor. La sencillez de su estilo, su sobriedad, no eran a propósito, sino resultantes de su mente, naturalmente frugal. No era su caso parecido al del doctor Mora, que apenas creía haber expresado su pensamiento, abandonaba toda preocupación por la forma literaria, diciendo que no tenía tiempo para palabras. No era tampoco el de Sarmiento, por ejemplo, que preocupado por hacerse entender de todos, escribía —no siempre, desde luego—, a la patada la llana. Pocas sus palabras, reducido su léxico; pero esas palabras eran las esenciales: libertad, justicia, independencia, patria, deber. En cambio tenía un ideario político, 100 veces meditado. Una verdad, un ideal, una fe, una decisión de lucha, un amor al suelo que lo sustentaba, lo llevaban en el momento de hablar y de escribir, a una suerte de transfiguración. Entonces su lenguaje, pobre como siempre fue, según él lo dijo, daba de sí para resumir en unas cuantas palabras una verdad, un aforismo, que es la verdad en números redondos. Adquiría una elocuencia primordial. Porque todo el que dice la verdad es elocuente.

La pasión partidaria, ha llevado a afirmar que no era él, sino sus secretarios, quienes escribieron sus discursos, manifiestos y proclamas. No puede negarse que cuando sus deberes políticos se multiplicaron, Melchor Ocampo y Sebastián Lerdo de Tejada se encargaron de escribirlos, pero siempre procurando ajustarse no solamente al ideario político, sino a cierto tono que venía de la frecuencia de sus palabras claves. Se puede establecer, en cambio, una identidad de expresión, de sintaxis, de estilo en una palabra, en una serie de sus es-

critos: en aquellos de sus primeros tiempos, antes de salir de Oaxaca, mientras desempeñó los cargos iniciales: regidor del ayuntamiento, diputado local, director del instituto, gobernador del estado. Recién graduado, la gloria apenas vislumbrada, era parte del renombre valerse por sí mismo, dar cuerpo a la leyenda que lo van convirtiendo en un dechado: inteligente, culto, bueno, honrado: una especie de milagro.

Esta selección de sus pensamientos, entresacados de sus discursos, proclamas, manifiestos, cartas y apuntes autobiográficos, y que yo titulo *Flor y látigo*, nos lo presentan de cuerpo entero: alternando el león y el cordero, la paloma y la estrella, la flor y el látigo. Porque de todo traía aquel hombre, dentro de una apariencia de ídolo incommovible. No es cierto que fuese un impasible, como él mismo aseguró. Sufrió mucho y sintió mucho. No se alteraba su color, pero se removía su corazón. No, no era un impasible, sino que el pudor, que es una virtud indígena, le evitaba el grito, el aspaviento. Durante la guerra, se le murieron los hijos. Entonces lloraba, pero en el acto se le secaban las lágrimas, adquiría conformidad y se aferraba más ardiente y desesperadamente al deber. Levantaba el látigo y tundía a sus adversarios, con ira, que es la cólera de la cabeza.

No era su fuerte la venganza. Y si alguna vez aparece implacable es por sujeción a la ley, a los intereses de la patria. Si alguna vez condena y descarga un reproche a Prieto, o a González Ortega, o a Doblado, es porque tiene la contextura necesaria para decir la verdad, lo mismo que para oírla. Siempre luchó por ser grande, no por parecerlo. Por eso, lleva 100 años de resistir ataques, calumnias y diatribas. En

aquella su lucha gigantesca, dejó mil renglones, válidos en todo tiempo, para que arremetan contra él los herederos de aquellos a quienes despojó de su soberbia y arrinconó en el resentimiento y el rencor.

Aquí, en esta selección de sus pensamientos, está el Juárez que México debe conocer, para que lo aplauda y lo siga. Porque de él puede decirse lo que de Hidalgo y de Morelos: que aún tiene puestas las botas de montar. Juárez trabaja todavía.

### IDEARIO POLÍTICO

El egoísta, lo mismo que el esclavo, no tiene patria ni honor. Amigo de su bien privado y ciego tributario de sus propias pasiones, no atiende al bien de los demás. Ve las leyes conculcadas, la inocencia perseguida, la libertad ultrajada por el más fiero despotismo; ve el suelo patrio profanado por la osada planta de un injusto invasor, y sin embargo, el insensato dice: “nada me importa, yo no he de remediar al mundo”; ve sacrificar a sus hermanos al furor de una cruel tiranía, con la misma indiferencia que la oveja mira al lobo que desola el rebaño.

*Miscelánea*, p. 5.

Libre, y para mí muy sagrado, el derecho de pensar.

*Miscelánea*, p. 14.

El primer gobernante de una sociedad no debe tener más bandera que la ley; la felicidad común debe ser su norte, e iguales los hombres ante su presencia, como lo son ante la ley; sólo debe distinguir al mérito y a la virtud para recompensarlos; al vicio y al crimen para procurar su castigo.

*Miscelánea*, p. 72.

El hombre que carece de lo preciso para alimentar a su familia, ve la instrucción de sus hijos como un bien muy remoto, o como un obstáculo para conseguir el sustento diario. En vez de destinarlos a la escuela, se sirve de ellos para el cuidado de la casa o para alquilar su débil trabajo personal, con qué poder aliviar un tanto el peso de la miseria que lo agobia. Si ese hombre tuviera algunas comodidades; si su trabajo diario le produjera alguna utilidad, él cuidaría de que sus hijos se educasen y recibiesen una instrucción sólida en cualquiera de los ramos del saber humano. El deseo de saber y de ilustrarse es innato en el corazón del hombre. Quítensele las trabas que la miseria y el despotismo le imponen, y él se ilustrará naturalmente, aun cuando no se le dé una protección directa.

*Exposiciones*, p. 176.

Los actuales empleados del Estado [Oaxaca], y especialmente los que manejan sus rentas, son activos, pundonorosos y honrados, que limitan sus necesidades hasta

el punto en que pueden satisfacerlas con el solo fruto de su trabajo. Republicanos de corazón, se conforman con vivir en una honrosa medianía, que aleja de ellos la tentación de meter mano en las arcas públicas, para improvisar una de esas vergonzosas fortunas, que la sociedad reprueba y que la sociedad siempre maldice.

*Exposiciones*, pp. 258-259.

Contra los sentimientos de la naturaleza [humana], contra la situación de un pueblo, se estrellan siempre aun las medidas que bajo un aparente celo, hace dictar el más bárbaro despotismo.

*Exposiciones*, p. 267.

Hijo del pueblo, yo no lo olvidaré; por el contrario, sostendré sus derechos, cuidaré de que se ilustre, se engrandezca y se críe un porvenir, y que abandone la carrera del desorden, de los vicios y de la miseria, a que lo han conducido los hombres que sólo con sus palabras se dicen sus amigos o sus libertadores; pero que con sus hechos son sus más crueles tiranos.

*Discursos y manifiestos*, pp. 195-196.

Porque también los yerros y desaciertos de los gobiernos sirven de instructiva lección para mejorar la condición social de los hombres.

*Exposiciones*, pp. 218-219.

Yo puedo condonar las ofensas personales que se me hagan; pero no está en mi arbitrio permitir que se ultraje impunemente la dignidad del Gobierno, y que sea el escarnio y la befa de los malvados.

*Exposiciones*, p. 291.

Es imposible moralmente hablando que la reacción triunfe.

*Cartas*, p. 9.

La instrucción es la primera base de la prosperidad de un pueblo, a la vez que el medio más seguro de hacer imposible los abusos del poder.

*Discursos y manifiestos*, p. 224.

Odian el sistema federal, porque no alcanzan a comprender su ingenioso mecanismo, o porque este sistema creado para los hombres de la ley y de los principios, no se presta a justificar los avances de los que quieren gobernar a los mexicanos con una voluntad despótica.

*Exposiciones*, pp. 283-284.

Si como hombre público pudiera hacer lo mismo que como particular, yo callaría resignándome a lamentar en lo privado las desgracias de mi patria. Pero no es así: los crímenes cometidos en el estado,



los atentados contra la moral reclaman del gobierno las medidas que caben en sus atribuciones, para que los primeros no queden impunes y para que el poder de la segunda se restablezca y consolide.

*Exposiciones*, p. 316.

Bajo el sistema federativo los funcionarios públicos no pueden disponer de las rentas sin responsabilidad; no pueden gobernar a impulsos de una voluntad caprichosa, sino con sujeción a las leyes: no pueden improvisar fortunas ni entregarse al ocio y a la disipación, sino consagrarse asiduamente al trabajo, resignándose a vivir en la honrada medianía que proporciona la retribución que la ley haya señalado.

*Discursos y manifiestos*, p. 297.

Formar a la mujer con todas las recomendaciones que exige su necesaria y elevada misión, es formar el germen fecundo de regeneración y mejora social. Por esto es, que su educación, jamás debe descuidarse.

*Exposiciones*, p. 389.

Un sistema democrático y eminentemente liberal, como el que nos rige, tiene por base esencial la observancia estricta de la ley. Ni el capricho de un hombre solo, ni el interés de ciertas clases de la sociedad, forman su esencia. Bajo un principio noble y sagrado él

otorga la más perfecta libertad, a la vez que reprime y castiga el libertinaje. Él concede derechos e impone obligaciones, que no sabe dispensar; por consiguiente está lejos de comprenderlo cualquier ciudadano que se crea protegido por él para faltar a su deber o barrenar la ley. El puntual cumplimiento del primero y el más profundo respeto y observancia de la segunda, forman el carácter del verdadero liberal, del mejor republicano. Es por tanto evidente, que a nombre de la libertad jamás es lícito cometer el menor abuso.

*Exposiciones*, p. 418.

Es necesario considerar, que cuando una sociedad, como la nuestra, ha tenido la desgracia de pasar por una serie de años de revueltas intestinas, se ve plagada de vicios, cuyas raíces profundas no pueden extirparse en un solo día, ni con una sola medida. Se necesita de tiempo para preparar los elementos con que se pueden reorganizar los diversos ramos de la sociedad; se necesita de constancia para no desperdiciar esos elementos, a fin de llevar a cabo la obra comenzada; se necesita de firmeza para ir venciendo las resistencias que naturalmente imponen aquellos que han saboreado los frutos de la licencia y de los abusos; y se necesita de una grande capacidad para elegir y aplicar con la debida oportunidad los medios a propósito, que satisfagan las exigencias del cuerpo social, sin exasperar sus males.

*Exposiciones*, pp. 421-422.

El gobernante no es el hombre que goza y que se prepara un porvenir de dicha y de ventura; es, sí, el primero en el sufrimiento y en el trabajo, y la primera víctima que los opresores del pueblo tienen señalada para el sacrificio.

*Discursos y manifiestos*, p. 19.

La democracia es el destino de la humanidad futura; la libertad, su indestructible arma; la perfección posible, el fin donde se dirige.

*Discursos y manifiestos*, p. 211.

La emisión de las ideas por la prensa debe ser tan libre, como es libre en el hombre la facultad de pensar.

*Discursos y manifiestos*, p. 226.

Lo más importante que contiene [el decreto], como verá usted es la independencia absoluta del poder civil y la libertad religiosa. Para mí estos puntos eran los capitales que debían conquistarse en esta revolución y si logramos el triunfo nos quedará la satisfacción de haber hecho un bien a mi país y a la humanidad.

*Cartas*, p. 11.

La responsabilidad de los gobiernos no puede fundarse sino en la denegación *sic* [¿impartición?] absoluta de justicia.

*Discursos y manifiestos*, p. 249.

Una causa [la libertad] que es la de mi corazón y mi conciencia.

*Juárez y sus amigos*, p. 115.

Puede usted descansar en la seguridad que le ofrezco [la de castigar a los culpables del asesinato de súbditos españoles] de que así se hará. Porque a ello me obligan el deber y la conciencia, sin que sean causa de que yo obre así o deje de hacer justicia, las palabras amenazantes y las expresiones ofensivas e injuriosas de que usted se permite usar en su carta y que me abstengo de contestar porque semejante tarea me colocaría en un terreno a que me prohíben descender la dignidad y el decoro del puesto que ocupo.

*Juárez y sus amigos*, p. 142.

Nada con la fuerza: todo con el derecho y la razón: se conseguirá la práctica de este principio con sólo respetar el derecho ajeno.

*Apuntes para mis hijos*, p. 275.

Hice todos los esfuerzos que estuvieron a mi alcance para disuadir a estas personas de cometer el más leve atentado, pues yo como gobernante legítimo de la sociedad haría todo lo posible para que los delincuentes fueran castigados conforme a las leyes,

pero que jamás permitiría que se usase de las vías de hecho contra los reos que estaban bajo la protección de las leyes y de la autoridad. Que adviertan que los que sacrificaron a mi leal amigo el señor Ocampo, eran asesinos, y que yo era el gobernante de una sociedad ilustrada.

*Apuntes para mis hijos*, p. 289.

El patriotismo no debe medir el tamaño de los sacrificios, sino afrontarlos, con resignación.

*Discursos y manifiestos*, pp. 41-42.

Yo no reconozco otra fuente de poder más que la opinión pública.

*Discursos y manifiestos*, p. 45.

El pueblo, única fuente pura del poder y de la autoridad.

*Discursos y manifiestos*, p. 70.

El mundo entero aclamará nuestra honra, porque de verdad, no es pequeño un pueblo que dividido y trabajado por largas y desastrosas guerras civiles, halla en sí mismo bastante virilidad para combatir dignamente contra el monarca más poderoso de la tierra; un pueblo que en esta situación de inmensa gravedad, mantiene incólume su derecho público, hace brillar la sabiduría en sus consejos, da prue-

bas insignes de magnanimidad y no consiente más ventaja a sus enemigos, que la de sus iniquidades en que no quiere parecerse, porque sabe muy bien que en el siglo en que vivimos, ese camino es de deshonra y perdición, y que sólo hay gloria para aquellas naciones que, como México, defienden el derecho y la justicia.

*Discursos y manifiestos*, p. 80.

La patria, porque contra ésta nunca tendremos razón.

*Discursos y manifiestos*, p. 273.

Quedo impuesto por su grata de 29 y 30 de noviembre último de la bella índole de esos habitantes [los de San Luis Potosí] así como del estado lamentable de atraso en que se hallaban todavía, dominados por las costumbres y preocupaciones de los siglos pasados. Es que sus gobernantes inmediatos no tienen la convicción profunda de los principios de libertad y por eso no tienen fe en el progreso de la humanidad ni se afanan por mejorar la condición de los pueblos, removiendo los obstáculos que les impiden ver su desnudez y su miseria. Sin embargo, no debemos desconsolarnos porque habiendo como hay, en esos pueblos, una buena disposición para el bien y un instinto natural a la libertad, bastará que tengan a su cabeza un decidido partidario de las ideas liberales para que salgan del estado de abyección en que hoy se encuentran, y esto no

será remoto atendido el impulso irresistible del siglo. Entretanto, nosotros por nuestra parte debemos seguir la propaganda, procurando en nuestros escritos y aún en nuestras conversaciones educar a los pueblos inculcándoles las ideas de libertad y de dignidad, con lo que les haremos un bien positivo.

*Cartas*, p. 15.

Respecto de la frialdad con que Zarco publicó la muerte del desgraciado señor Comonfort, yo también lo he sentido y censurado; pero yo no podía obligar a este señor a obrar de otra manera porque, ni Zarco ejerce influencia alguna sobre mí, como equivocadamente creen o fingen creer algunos, ni yo la ejerzo sobre él, ni me gusta, ni quiero hacer indicación alguna a éste ni a ninguno de los escritores públicos sobre sus escritos, porque no quiero contraer compromisos que me priven de la libertad de obrar contra ellos cuando cometan alguna falta en su profesión.

*Cartas*, p. 17.

Estoy de acuerdo con usted en que a Vidaurri es necesario atraérselo o eliminarlo. Estoy por el primer extremo. Sólo que no basta esto para utilizarlo en bien de la nación, debe recurrirse al último. Trabaje, pues, en lo primero.

*Cartas*, p. 17.

Me alegro que las muchachas bailen, lo que les hará más provecho que rezar y darse golpes de pecho.

*Cartas*, p. 19.

La reacción, cuya máxima es que los motines militares sean, y no la ley, los que pongan y quiten a las autoridades, cuando les plazca. Por eso desde el año de 28 hasta el de 37 estuvieron removiendo los gobernantes cada año o cada seis meses, porque elevados al poder por los motines no podían alegar un título legítimo, para contrariar a los que se pronunciaban contra ellos. Por eso, la reacción, consecuente con su máxima, ha sostenido su Plan de Tacubaya con tal obstinación, que no pudiendo luchar contra la fuerza nacional, ha apelado al auxilio extranjero para llevar a cabo su idea de imponer su voluntad a la nación, y por eso los franceses, sus auxiliares desconocen el gobierno en México contra la voluntad de la mayoría del pueblo mexicano. ¿Cómo pues, nosotros que hace seis años estamos luchando contra esa máxima disolvente y antisocial, habíamos de cantar ahora la palinodia, santificando el motín del puerto de Matamoros, que a mano armada nulifica una ley y destruye a un gobernante legítimo?

*Cartas*, p. 22.

Ortega vive ahora aquí, retirado en su casa. Ha estado listo, sin embargo, para haber pedido que le entrega-



ra yo el mando, dizque porque ha terminado mi periodo. No leyó la Constitución y quedó en ridículo.

*Cartas*, p. 30.

Yo no he sufrido menos por la ausencia de ustedes; sin embargo, la fortuna todavía no nos ha abandonado del todo, supuesto que hasta ahora no se ha desgraciado ninguno de nuestra numerosa familia y que cuento con usted que la cuidará. Ese es mi mayor consuelo.

*Cartas*, p. 32.

La dominación de esta República y su pacificación es empresa superior a las fuerzas del austriaco. El tiempo y nuestra constancia lo derrotarán al fin.

*Cartas*, p. 34.

Suplico a usted, no los ponga [a sus hijos] bajo la dirección de ningún jesuita ni de ningún sectario de alguna religión; que aprendan a filosofar, esto es, que aprendan a investigar el porqué o la razón de las cosas para que en su tránsito por este mundo, tengan por guía la verdad y no los errores y preocupaciones que hacen infelices y degradados a los hombres y a los pueblos.

*Cartas*, p. 36.

Es mucho lo que sufre mi espíritu, y apenas tengo energía para sobrellevar esta desgracia que me ago-

bia y que casi no me deja respirar. Murió mi adorado hijo, y con él murió también una de mis bellas esperanzas. Esto es horrible, pero que ya no tiene remedio.

*Cartas*, p. 39.

Yo aún sufro y seguiré sufriendo, porque los sentimientos naturales del corazón no pueden extinguirse, por mucho que nos empeñemos en sofocarlos con la reflexión y con la energía de nuestra voluntad. Sólo la familia y la amistad pueden mitigarlos algún tanto, sintiendo con nosotros nuestras penas y fortaleciéndonos con sus palabras de consuelo. Es todo lo que puede endulzarnos esta vida tan llena de amargos sufrimientos.

*Cartas*, p. 40.

Que el enemigo nos venza y nos robe, si tal es nuestro destino; pero nosotros no debemos legalizar un atentado entregándole voluntariamente lo que nos exige por la fuerza. Si la Francia, los Estados Unidos o cualquiera otra nación se apodera de algún punto de nuestro territorio, y por nuestra debilidad no podemos arrojarlo de él, dejemos siquiera vivo nuestro derecho, para que las generaciones que nos suceden lo recobren. Malo sería dejarnos desarmar por una fuerza superior; pero sería pésimo desarmar a nuestros hijos, privándolos de un buen derecho, que más

valientes, más patriotas y más sufridos que nosotros lo harían valer y sabrían reivindicarlo algún día.

*Cartas*, pp. 42-43.

La situación del archiduque no puede ser más comprometida. Traicionó al clero, adoptando a medias las Leyes de Reforma, y no ha logrado atraerse al partido nacional. Sólo está rodeado de la facción moderada que ha perdido a todos los gobiernos y a todos los hombres notables que se han sometido a su dirección, y que en los momentos de solemne conflicto, lo abandonará para recibir de rodillas al nuevo vencedor.

*Cartas*, p. 44.

Lo cierto es que mis enemigos no tienen razón para serlo. Si algún mal causo a los traidores es por error de entendimiento y no por deliberada voluntad. No es mi fuerte la venganza.

*Cartas*, p. 43.

Yo he sentido profundamente esta desgracia, porque Lincoln, que con tanta constancia trabajaba por la libertad completa de sus semejantes, era digno de mejor suerte y no del puñal de un cobarde asesino.

*Cartas*, p. 60.

Es singular esa gente de México: al que no la conozca y es fatuo, sus ovaciones y adulaciones lo embriagan, lo tiran y lo pierden, y si es débil, sus injurias y maldiciones, lo tiran y lo pierden también.

*Cartas*, p. 62.

Los hijos de los ricos no se avienen con la vida miserable del pobre.

*Cartas*, p. 71.

[Doblado]. Habría dejado una memoria grata si hubiera muerto en defensa de su patria.

*Cartas*, p. 72.

He visto el decreto que me consagra el Congreso de Colombia. Yo agradezco este favor, pero no me enorgullece porque conozco que no lo merezco, porque realmente nada he hecho que merezca tanto encomio; he procurado cumplir mi deber y nada más.

*Cartas*, p. 79.

Todo lo que México no haga por sí mismo para ser libre, no debe esperar, ni conviene que espere que otros gobiernos u otras naciones hagan por él.

*Cartas*, p. 35.

Yo sigo impassible viendo venir los acontecimientos sin cuidarme de otra cosa que de la defensa nacional, que es mi preferente deber mientras ocupo el puesto que la nación me ha señalado.

*Cartas*, pp. 95-96.

Los ricos y los poderosos ni sienten, ni menos procuran remediar las desgracias de los pobres. Aquellos se temen y se respetan, y no son capaces de romper lanzas por las querellas de los débiles, ni por las injusticias que sobre ellos se ejerzan.

*Cartas*, p. 38.

Podrá suceder que alguna vez los poderosos se convingan en levantar la mano sobre un pueblo pobre, oprimido, pero eso lo harán por su interés y conveniencia. Eso será una eventualidad que nunca debe servir de esperanza segura al débil.

*Cartas*, p. 38.

Los lobos no se muerden, se respetan.

*Cartas*, p. 38.

Es sensible el bombardeo de Valparaíso; pero en lo general es un bien para la América, porque afirmará para siempre la absoluta independencia de este continente del de Europa. Ya no habrá términos medios,

ni contemplaciones con los que tanto provecho han sacado de las repúblicas sudamericanas.

*Cartas*, p. 149.

Muy grande es la calamidad que ha pesado sobre nosotros en estos últimos años; pero debemos consolarlos con el porvenir, para mí casi próximo y seguro, de que después de la presente guerra, las repúblicas americanas, no hablo de la de Washington, al menos la de México, quedarán absolutamente libres del triple yugo de la religión de Estado, clases privilegiadas y tratados onerosos con las potencias europeas. El reconocimiento de éstas al emperador Maximiliano ha roto los pactos con que nos redujeron a un pupilaje.

*Cartas*, pp. 149-150.

Lo mejor que puede hacer Santa Anna, es vivir lejos del país al que tantos males ha causado, pues no es posible que el gobierno acepte sus servicios.

*Cartas*, p. 160.

Perder y levantar la apuesta sólo lo hacen los bandidos cuando se consideran fuertes, pero Napoleón en la situación actual es débil.

*Cartas*, p. 194.

Los impacientes están dados a Satanás, porque quisieran que en un instante quedara todo terminado, aunque los grandes criminales quedaran impunes, y sin garantías la paz futura de la nación; pero el gobierno sin hacerles caso, sigue corriendo despacio con el firme propósito de hacer lo que mejor convenga al país, sin que influyan en sus determinaciones la venganza personal, la compasión mal entendida, ni amago alguno extranjero, sean cuales fueren los términos con que se quiera disfrazar; hemos luchado por la independencia y autonomía de México y es preciso que esto sea una realidad.

*Cartas*, p. 36.

Entre los individuos, como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz.

*Discursos y manifiestos*, p. 289.

Desearía que el protestantismo se mexicanizara conquistando a los indios; éstos necesitan una religión que les obligue a leer y no les obligue a gastar sus ahorros en cirios para los santos.

*Evolución política del pueblo mexicano*, p. 423.

Siempre tuerce los principios el que oscurece la verdad, para ocultar sus faltas en las tinieblas.

*Discursos y manifiestos*, p. 352.

Como hijo del pueblo, nunca podría yo olvidar que mi único título es su voluntad, y que mi único fin debe ser siempre su mayor bien y prosperidad.

*Discursos y manifiestos*, p. 97.

Debemos felicitar a la nación, porque después de un largo periodo de encarnizada lucha para establecer nuestras libres instituciones y afirmar nuestra independencia, podamos ya consagrarnos tranquilamente a la reorganización y mejoramiento de nuestra sociedad. Sin embargo, no debemos confiar ciegamente en que esas instituciones y la paz están del todo aseguradas: existen aún latentes los elementos que las pueden destruir; los partidarios del retroceso y de los abusos acechan la oportunidad para restablecer su antiguo predominio, y es preciso redoblar nuestros trabajos y nuestra vigilancia, para contrariar y destruir sus tendencias antipatrióticas.

*Discursos y manifiestos*, p. 144.

Por otra parte, yo también sentía repugnancia de separarme de su lado, dejar la casa que había amparado mi niñez y mi orfandad, y abandonar a mis tierros compañeros de infancia con quienes siempre se contraen relaciones y simpatías profundas que la ausencia lastima, marchitando el corazón.

*Apuntes para mis hijos*, p. 228.



Estos golpes que sufrí y que veía sufrir casi diariamente a todos los desvalidos que se quejaban contra las arbitrariedades de las clases privilegiadas en consorcio con la autoridad civil me demostraron de bulto, que la sociedad jamás sería feliz con la existencia de aquéllas y de su alianza con los poderes públicos, y me afirmaron en mi propósito de trabajar constantemente para destruir el poder funesto de las clases privilegiadas.

*Apuntes para mis hijos, p. 239.*

La ley que ha sido siempre mi espada y mi escudo.

*Apuntes para mis hijos, p. 242.*

Los gobiernos civiles no deben tener religión, porque siendo su deber proteger imparcialmente la libertad que los gobernados tienen de seguir y practicar la religión que gusten adoptar, no llenarían fielmente ese deber si fueran sectarios de alguna.

*Apuntes para mis hijos, p. 253.*

En los gobiernos representativos las interpelaciones del cuerpo legislativo son frecuentes y ordinarias porque son de esencia de la institución y no importan un ataque a la persona del jefe de Estado.

*Apuntes para mis hijos, p. 262.*



# EL APOTEGMA JUARISTA\*



CUANDO REDACTAMOS hace algunos años una síntesis biográfica de Benito Juárez, tuvimos el cuidado de leer sus escritos, de subrayar todos aquellos lugares en que su pensamiento se concretaba; luego, retocándolos, los redujimos a sentencias o apotegmas, a proloquios o aforismos, que según Julio Torri son verdad en números redondos. Entre todas estas sentencias es la más conocida y tal vez la de todas esas sentencias es la de más hondo sentido, aquella que resume la apetencia de paz de nuestro país, y que aparece ilustrando las estatuas que se han levantado al benemérito en toda la extensión de nuestra República. Nos referimos, ya lo habrá adivinado el lector a: “El respeto al derecho ajeno es la paz”, que ha llegado a suplantarse el texto anterior u original.

¿Cómo y cuándo perdió el hermoso apotegma (“entre los individuos como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz”) su sentido verdadero, al ser mutilado? Desde luego ello ocurrió durante la dictadura y no de un modo casual y caprichoso, sino obedeciendo a un profundo

\*Andrés Henestrosa, *Agua del tiempo*, op. cit., t. I, pp. 133-134.

móvil, porque sin duda al reducirse a los términos en que generalmente ahora se le conoce, carece de su verdadera significación y alcance. “El respeto al derecho ajeno es la paz”, en efecto, a pesar de la buena fortuna con que ha ocurrido, es algo al aire, vago, huérfano de contenido, mientras que en su forma original vale por una bandera, buena para gobernar las relaciones entre los individuos y los pueblos, que era justamente lo que Juárez quiso significar. No en balde ese pensamiento se ha propuesto como lema de las Naciones Unidas: la emoción de confraternidad humana que trasciende, resume aquel anhelo de paz que desbordaba el alma mexicana al triunfo de la República. Porque no debemos olvidar que el apotegma aparece en el manifiesto que Benito Juárez lanzó al entrar en la capital mexicana, mancillada por la planta extranjera. Venía el indio inconmensurable de recorrer la extensión de la patria en un carrito del que muchos se fueron bajando. Un cochecito que era todo: trono, ágora, tribuna, altar, arca en que se guardaba el tesoro de nuestras tradiciones, el himno; la bandera y la Constitución. Desde su altura, que era de montaña, pudo ver el patricio a los verdaderos mexicanos quebrarse, pero no doblarse; morir con el nombre sacrosanto de la patria en los labios, y al final, lograr la derrota de un injusto invasor. En aquel minuto de gloria, en aquel instante en que nuestro pueblo recuperaba su libertad y su independencia, la paz era la sola aspiración de México y su independencia de los mexicanos. Cuando ese aforismo aparece en la pluma de Benito Juárez y el pueblo lo escuchaba en los bandos y lo lee en todas las esquinas, siente su grandiosa evidencia y se decide por ella. De tal manera se

identificaba con la aspiración contenida en el ilustre texto, que de un solo golpe se convirtió en propiedad privada colectiva. Cada mexicano sentía que pudo haberla redactado por su propia cuenta y riesgo.

Ya sé que es muy difícil, pero no decir imposible volverla a su forma original, por el arraigo que tiene en las conciencias, porque la constante repetición en su forma actual ha acabado por insuflarle nueva significación. Pero si alguna vez las Naciones Unidas resolvieron adoptarla como lema, ¿no fuera bueno que lo hiciera en su redacción primitiva? Reducir el apotegma en su redacción primitiva fue una manera de desamparar a nuestra patria en sus viejos anhelos de libertad, justicia e independencia. Proclamarlo ahora es afirmarnos en una tradición, vieja ya de un siglo, y más, y al ideal de paz, sin la cual algo falta en el mundo.

*[Sábado 21 de junio de 1956]*



# OTRA VEZ EL APOTEGMA\*



EL APOTEGMA que inmortaliza a Benito Juárez, que lo convierte en héroe universal, no apareció repentinamente en su mente y en su pluma: la llevó y la trajo, la elaboró largamente: en larva, en capullo está en alguno de sus textos. Estuvo a punto de concretarla cuando escribió: “Nada con la fuerza: todo con el derecho y la razón: se conseguirá la práctica de este principio con sólo respetar el derecho ajeno.”

La pasión partidista, y más que la pasión de partido, el odio complicado con la ignorancia, ha llevado, lleva aún, a algunos a negarle a Juárez la paternidad de la sentencia recia y brillante, igual que un lingote de oro. Que si está en los griegos, que si en los latinos; que la forjó Benjamín Constant, tontería que todavía se escucha, como ayer en boca de uno que cobra en las nóminas oficiales y se proclama revolucionario. Francisco Bulnes, el erudito, el sabio sin par Bulnes, el ídolo de los que están de rodillas ante la inteligencia sin fijarse en el destino que se le da, que lo tiene, buscó empeñosamente, aunque vanamente,

\*Andrés Henestrosa, *Divagario*, México, El Día en libros, 1989, pp. 95-96.

en dónde, en quién estaba la divisa juarista. No podía ser, y no pudo ser.

Sólo si se cita y se transcribe en su integridad, el apotegma tiene sentido; si la parte por la mitad nada significa, es una vaga afirmación. El porfiriato, no sin razón, ni por sola ignorancia, la partió por la mitad, en su primer inciso con lo que nada dice y es una verdad a medias: *El respeto al derecho ajeno es la paz*. Nunca jamás lo dijo Benito Juárez de esa manera ni podría decirlo así. Si volviera no la reconocería suya, resumen de un ideario político elaborado a lo largo del ejercicio del poder: desde Oaxaca hasta Querétaro. Lo dijo desde el balcón del Palacio Nacional al volver triunfante la República, y se pensó alguna vez para lema de las Naciones Unidas. En su brevedad encierra una permanente verdad universal, buena para todos los hombres, para todos los pueblos. Debiera estar inscrita en todas las banderas, flotantes en el viento del mundo. Una trinchera reducida a unas cuantas palabras, tan poderosa, si no es que más poderosa, que una trinchera nuclear.

[27 de mayo de 1986]



# LA HONESTIDAD COMO INSTITUCIÓN\*



BENITO JUÁREZ —a quien a menudo hay que recurrir en busca de la mejor luz de los caminos—, dijo muchas veces que el manejo escrupuloso y delicado de los dineros del pueblo es condición inherente a todo demócrata, a todo liberal, a todo “buen repúblico”. Los rectores de la nación —insistía el indio de Guelatao—, deben limitar sus necesidades hasta el punto en que puedan satisfacerlas con el sólo fruto de su trabajo.

El gobernante no es, como suele creerse equivocadamente por influjo del inmoralismo de muchos aprovechados, un hombre destinado al disfrute de los bienes terrenales, a sensualizarse en una vida disipada y a establecer una descendencia en el lujo. Porque el contraste entre la opulencia de rectores de la nación y la estrechez en que vive la gran mayoría de los ciudadanos de los países pobres, afrenta no sólo a las leyes, sino a los principios morales, sin los que no hay hogar sano, pueblo en equilibrio ni sociedad digna ante sus ojos y ante los ojos de los demás. El gobernante de un país pobre no puede, y si puede no debe, vivir en el lujo y el boa-

\*Andrés Henestrosa, *Agua del tiempo*, *op. cit.*, t. I, pp. 304-305.

to; eso es de un solo golpe, ofensa al pueblo y estímulo para que los jóvenes que empiezan a responsabilizarse con la cosa pública, dejen la dura ruta del deber y del trabajo, en procura del negocio inconfesable y de la fortuna mal habida.

El gobernante debe vivir en casa de cristal; transparente, para que el que pasa por la calle tome ejemplo de su hogar y de la conducta privada de quienes lo forman, y frágil, para que a la menor falla, el techo se le derrumbe encima.

No viene al caso exigir que el hombre público viva en la penuria, conformado al trabajo fatigoso y a un salario indigno de su labor y de su capacidad; porque el Estado no puede reclamar buen rendimiento, humanidad y equidad a los patronos particulares, si no da el mismo tratamiento a quienes lo sirvan. Al contrario: el decoro en el nivel de vida de los empleados de la nación dice mucho de la efectividad de las reformas sociales y del respeto a la personalidad de quien vive por sus manos. Pero una cosa es reclamar esta justa medida y la otra emprender una carrera hacia la formación de capitales privados a costa del dinero de los contribuyentes, o gracias a las influencias que permiten los altos cargos. Los republicanos de corazón —decía Juárez— se conforman con vivir en una honrosa medianía, que aleje de ellos la tentación de meter mano en las arcas públicas, para improvisar una de esas vergonzosas fortunas, que la sociedad reprueba y siempre maldice.

Esas ideas, que forman la espina dorsal del liberalismo mexicano, parecen haber inspirado al licenciado Adolfo López Mateos en su discurso de aceptación de la candidatura presidencial. Después del presidente Ruiz Cortines —dijo—, la honestidad será norma constitutiva del gobierno.

La probidad en la administración pública se ha incorporado indisolublemente al patrimonio ideológico de la nación, de suerte que la decencia debe ser consustancial, toda vez que la mera condición de servidor público tendrá que suponer una obvia moralidad.

Ningún gobierno puede enraizar en la conciencia popular si los funcionarios que lo integran no se hacen dignos del respeto y la consideración de sus conciudadanos. No nos limitaremos a pedir la integridad pasiva consistente en la no comisión de actos indebidos. Procuraremos la integridad activa que obliga al funcionario a rendir todo el esfuerzo que corresponde a su responsabilidad y a su jerarquía.

Se equivocan de palmo a palmo los que creen que los casos individuales de honestidad son estériles, ni trascienden a la conciencia pública. Porque no hay buen ejemplo que no fecunde y deje algo. Sobre todo cuando parte del propio Jefe de la Nación, que debe ser espejo de caballeros y guía del más alto destino nacional.

*[Lunes 23 de diciembre de 1957]*



# FRASES AFORTUNADAS\*



MUCHAS COSAS conducen a la divagación de este día, al artículo de hoy. Este es el mes de Benito Juárez, si es que hay alguno del año que no lo sea, como puede verse en la cotidiana invocación de su nombre y del constante retorno a su pensamiento y ejemplo de ciudadano. Para exaltarlo y con el ánimo de abatirlo. En julio murió, y desde hace muchos años, los mexicanos se congregan en su hemiciclo para rendirle el tributo que los pueblos deben a quienes les procuran libertad, decoro, redención, bienestar. Así ocurrió hace una semana. Y otra vez se recordaron sus más célebres y más afortunadas frases.

Entre las frases más afortunadas de Benito Juárez está una que ya se ha convertido en patrimonio de todos, que se puede repetir sin señalar a su autor, mucho menos al que tuvo la ocurrencia de darle la forma con que corre, reduciéndola a una breve sentencia. Como propiedad colectiva que ya es, como algo que más está, en la tradición oral que en la escrita, ha sufrido —o gozado— retoques en su forma original.

\*Andrés Henestrosa, *Agua en el tiempo*, op. cit., t. II, pp. 39-40.

Alguna vez, incluso, ha sido atribuida a otro, sin mengua de su significado, que las buenas verdades y las bellas frases puede decir las cualquiera: la verdad no pierde porque la diga judío, cuando no mengua ni en los labios del mentiroso.

Hagamos un poco de historia. Hace un cuarto de siglo redacté una síntesis biográfica de Juárez, que no sólo quedó inédita, sino que se ha perdido, por esta torpeza en el manejo de la máquina de escribir y en la colocación del papel carbón necesario para una copia. Mientras leía los papeles juaristas hasta entonces conocidos, tuve la curiosidad de ir reduciendo a sentencia, apotegma o aforismo o máxima sus afirmaciones y pronunciamientos en torno a todas las cuestiones de gobierno, desde que muy joven inició su vida pública en Oaxaca. Este ideario fue publicado en 1944 bajo el título de *Flor y látigo*, para indicar que Juárez tenía una mano suave y otra dura, que en una llevaba una flor y en la otra un látigo, como en el refrán zapoteca que enseña cómo conducir a los hombres. Entre paréntesis, el retrato que Diego Rivera hizo del Benemérito alude a esas dos manos. ¿No lo has advertido, lector?

El párrafo en que el pensamiento está contenido se encuentra en el manifiesto que Juárez dirigió a sus compatriotas desde San Luis Potosí, el 6 de junio de 1863. Dice así: “Olvidad vuestras querellas: poned a un lado vuestras aspiraciones, sean o no razonables, si por causa de ellas os sentís menos resueltos y determinados a la defensa de la Patria, porque contra ésta nunca tendremos la razón.” Y el pensamiento vino a quedar así: “Contra la Patria nunca tendremos la razón.” Después ha adoptado otras formas como “Contra México nunca tendremos razón”, y “Nadie tiene fueros contra México”.

El ideario político de Benito Juárez, por virtud del folleto en que se reúne, y que ha sido editado hasta tres veces, se ha convertido en propiedad de todos los mexicanos; repetido de memoria, con las alteraciones a que está expuesto todo lo no escrito, nadie, o muy pocos, recuerdan que no siempre se encuentra en la forma que sustenta, sino que esa forma se le dio para reducirlo a su esencia, a aforismo, que es la verdad en números redondos, como dijo Torri. Muchas veces ha sido reproducido *Flor y látigo* sin esta explicación, como que no se trata de un bien de todos. Y así, sin otro ánimo que el contar los orígenes de la eterna frase, y como un mero pretexto para el afán de este día, quisimos hacer esta divagación, bien justificada si recordamos que en julio murió Benito Juárez y que su pensamiento está vivo y su voz resuena en el ámbito nacional.

[*Sábado 1o. de agosto de 1970*]





## OTRA LECCIÓN DE JUÁREZ\*



CUENTA BENITO JUÁREZ en sus *Apuntes para mis hijos*, que viendo que en la Escuela Real no se enseñaba debidamente la lengua española y que en su aprendizaje avanzaba muy lento, decidió separarse del plantel y aprender por sí mismo. “Disgustado de este pésimo método de enseñanza —maestro para los niños decentes, ayudante para los pobres o indios— y no habiendo en la ciudad otro establecimiento a que ocurrir, me resolví a separarme definitivamente de la escuela y a practicar por mí mismo lo poco que había aprendido para poder expresar mis ideas por medio de la escritura aunque fuese de mala forma, como es la que uso hasta hoy.” Y como otro gran americano, el argentino Domingo Faustino Sarmiento, aprendió el idioma por sí solo, que llegó a escribir y hablar correctamente, pese a la modestia con que siempre se expresó al respecto.

Temprano nació en Benito Juárez la certeza de que sólo siendo instruido y hablando el idioma nacional, o sea el castellano o español, podrá influir en su pueblo cuando mayor.

\*Andrés Henestrosa, *Agua en el tiempo*, op. cit., t. II, pp. 338-339.

Por eso prefirió el instituto antes que el seminario, aun con la oposición de su padrino, Antonio Salanueva. Estudió gramática latina, “por supuesto —dice— sin saber la castellana, al igual que la mayoría de los estudiantes, por el atraso en que en aquellos tiempos se hallaba la instrucción pública”. Y aprendió el latín, como puede verse en su prosa: concisa, clara, directa. Y aprendió el francés, lengua de la que fue profesor como puede verse en su ideario, elaborado en gran manera de los tratadistas franceses a los que leyó en su lengua original. Porque nunca un idioma estorbó el aprendizaje de otro idioma, siendo lo cierto que lo favorece. Una sabiduría no es distinta a otra sabiduría: al final de cuentas una sola. Antes de encuadernar las obras de Tácito y Salustio las leyó; encuadernó a Benjamín Constant y a Saint Simon tras de leerlos.

No olvidó su lengua nativa, el zapoteco. No se pronunció contra las lenguas indias, que en nada interfieren con el aprendizaje de otros idiomas. Cuando algunos paisanos suyos llegaban hasta su sillón de gobernante, platicaba con ellos en la lengua propia. No. Benito Juárez, lo que quería era entenderse con todos los mexicanos; de ahí el uncioso empeño, el tesón con que se dedicó a aprenderlo, desde que aún estaba en Guelatao. Bien estaban, y eran suficientes, las lenguas aborígenes en sus respectivas comunidades. Idiomas capaces para expresar y comunicar ideas y sentimientos de su ámbito; hermosos como las que más; como todas, hijas de una profunda necesidad de expresión, a más de inapla- zable; con las más sabias fueron comparadas algunas; con el italiano, por ejemplo, comparó Brasseur de Bourbourg al za-

poteca, idioma de Benito Juárez. Sí, todo eso es verdad. Pero el gran problema de México es dar a todos un solo idioma, sin detrimento ni negación de las hablas autóctonas. Porque se trata no de aprender el idioma indio de mi vecino, que equivaldría a aprenderlos todos. Y como eso sería imposible, aprendamos todos la lengua castellana o española, para que sea verdaderamente la lengua nacional. Alfabetícemos en español; dediquemos el mayor tiempo a su aprendizaje; si hace falta, retóquese el sistema de enseñanza, para que la primera lección del día, y la última, sea la del lenguaje patrio. Hasta que no lo sepan todos los mexicanos no seremos la patria que queremos ser, las lenguas indias se aprenden en el regazo materno, igual que todas. Solas se defenderán. Démosles a los indios caminos, fuentes de trabajo, salario suficiente y haremos monolingüe de español sin que por eso deje de ser bilingüe de lengua india y de española.

El ejemplo, la lección de Benito Juárez al respecto, está vigente. ¿Para qué tantos brincos en un suelo que está parejo?

[*Sábado 8 de mayo de 1982*]



## EN HORAS DIFÍCILES\*



NADA NUEVO, sino por el contrario muy viejo, es que en horas difíciles de la historia patria, el enemigo se empeñe en abatir en el ánimo del pueblo, la figura del Presidente: con infundios, calumnias, acusaciones hasta de traición a la patria. Lo hicieron con Benito Juárez, lo hacen aún, cuando creen que ha vuelto la hora de dar a su estatua el último golpe, tal como lo creyó lo dijo Rafael Cuevas, por lo demás poeta notable. Todo el genio, verdadero o supuesto, de Francisco Bulnes; toda su erudición, la habilidad y malicia con que manejó las fuentes de estudio; el denodado empeño de reducirlo a polvo, tierra y ceniza; nada de eso sirvió para que el indio creciera en la conciencia nacional. No sólo se multiplicaron sus estatuas, sino crecieron palmos. Hasta el Héroe de la Paz, cuyos amigos, partidarios y casta promovieron la obra, *El verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio*, tuvo que decretarle honores, homenajes, glorificación que creyó necesarios para atajar los denuestos, negaciones, el cúmulo de mentiras a que el libro de Bulnes dio lugar, en

\*Andrés Henestrosa, *Agua en el tiempo*, op. cit., t. II, pp. 455-456.

vísperas del centenario del nacimiento de Benito Juárez. Mil artículos, quinientos opúsculos, cien libros fueron escritos en su defensa: por escritores, literarios, historiadores, algunos de los cuales, ciertamente, se volvieron contra él cuando traicionaron los ideales republicanos: Carlos Pereyra, el mayor. Y a quien se recuerda aquí como un solo mero ejemplo. Huertistas que emplearon los últimos de sus años y el caudal de su talento en probar que ellos y no los publicanos, liberales, demócratas tenían la razón. Y no. Nunca la tuvieron, no la tendrán. Murieron tristes. A algunos de ellos, la República, es un olvido de que la Rotonda, las letras de oro son para los que la defienden, los llevó a la Rotonda, bautizó instituciones, calles, pueblos con sus nombres. ¿Hicieron ellos, los reaccionarios, conservadores, retrógrados algo semejante con los republicanos cuando alguna vez, por malas armas, detentaron el poder? México honra, o debiera honrar, a los que viven y mueren y ponen su inteligencia, la independencia; pan, techo, abrigo para todos, hasta para los que la combaten. La defensa de lo que queremos ser desde que aparecimos en la Historia. No que ellos no amen a México, sino que la aman a su manera: con privilegios, fueros, tribunales especiales, atado a un pretérito para siempre muerto.

Para todos trabaja la República, por todos han muerto nuestros héroes. Una vez, Manuel Herrera y Lasso, uno de los más inteligentes reaccionarios que hemos dado, ante la multitud que no lo dejaba hablar sabedora de su tendencia política, tuvo una ocurrencia salvadora: formuló una serie de preguntas, acerca de la historia nacional. Y fueron estas tres que recuerdo, así, de paso, sobre la marcha.

— ¿Por quiénes murió Hidalgo? ¿Por ustedes, por nosotros? Por todos, por la patria.

— ¿Por quiénes murió Morelos? ¿Por ustedes, por nosotros? Por todos, por México.

— ¿Por quiénes Vicente Guerrero? ¿Por ustedes, por nosotros? Por todos, por la patria.

Y con esto la multitud lo dejó hablar. Y lució su sabiduría. Lástima que no tuviera la razón.

La hora que vivimos reclama la defensa de México, desde cualquier trinchera, todas legítimas. Nada que lo vulnere, que lo presente falso ante el mundo. Porque —lo dijo Benito Juárez, en horas semejantes a las actuales: *Contra la patria nunca tendremos razón.*

[Sábado 26 de mayo de 1984]





# PRÓLOGOS A JUARISTAS





## ESTATUA VIVIENTE\*



EL “TENNESSEE” fondeó al atardecer junto a San Juan de Ulúa. A bordo venía Benito Juárez, en unión de sus ministros. El pueblo veracruzano los aclamaba delirante. El estruendo de la artillería, el repique de las campanas, el tronar de los cañones, los vivas a Juárez, a la libertad, a la Constitución y a México llenaban hasta los bordes la ciudad y puerto.

Un viejo vecino, de la mano el hijo de diez años, se echa a la calle. Ha caído la noche. Pero el pueblo se ha provisto de cirios y hachones para seguir la procesión; todas las casas están iluminadas: Veracruz, en esa hora toda la patria, está de fiesta.

El indio se conmueve. Sus sacrificios estaban compensados. Bien valían penas, lágrimas y peligros por merecer aquella manifestación del más puro fervor patriótico.

Juárez, pequeño de cuerpo y de color bronceo, caminaba en medio de los generales Manuel Gutiérrez Zamora y Ramón Iglesias: corpulento y rubio el uno, alto y blanco el otro.

\*Andrés Henestrosa, *Los caminos de Juárez*, op. cit., pp. 68-69.

El niño que veía el grupo, exclamó:

—Parece una pequeña estatua de bronce entre dos grandes estatuas de mármol.

—El bronce dura más que el mármol—, le objetó sentencioso el padre.

Ese hombre era el periodista Rafael de Zayas. Su niño, Rafael de Zayas Enríquez, que allí, en ese momento, en aquella hora de entusiasmos y de fe, comenzó a escribir en su imaginación la biografía de Benito Juárez con que ganó el concurso nacional en 1906.

# BENITO JUÁREZ. SU VIDA Y SU OBRA\*



BENITO JUÁREZ nació, hijo de Marcelino Juárez y de Brígida García, en San Pablo Guelatao, estado de Oaxaca, el 21 de marzo de 1806. Tres años tenía cuando murieron sus padres, quedando al cuidado de sus abuelos paternos. Cuando éstos mueren, pasa al de su tío Bernardino Juárez.

Apenas tuvo uso de razón, se dedicó a los trabajos del campo, al pastoreo de un rebaño de ovejas. Pero como era de aquella raza selecta de los que quieren saber, mientras pastoreaba el rebaño iba obteniendo lecciones de la vida, de su propia condición; fue balbuciendo y deletreando el ideario que cuando hombre y gobernante aplicaría a la realidad de su país. De esa manera, puede decirse que antes de saber de letras supo de la descarnada verdad del México de su tiempo: la pobreza, la ignorancia, la injusticia. Quizás entonces formulara el pensamiento, que realizado en la edad madura, define a los hombres superiores, según la opinión de Alfredo de Vigny, recordada por Rafael de Zayas Enríquez.

\*Prólogo de Andrés Henestrosa al libro de Rafael de Zayas Enríquez, *Juárez: su vida y su obra*, México, Secretaría de Educación Pública, 1971, Colección SEP/ Setentas, pp. 7-28.

En cuanto al deseo de saber, cuenta Juárez en los *Apuntes para mis hijos* que, cuando el tío Bernardino le tomaba la lección de gramática, él mismo —al igual que Juana de Asbaje— le llevaba la disciplina para que lo castigara, en caso de no saberla.

Era indio, nunca dejó de serlo. Pero muy niño se dio cuenta de que para actuar sobre el mundo y cambiarlo a la medida de la justicia, era preciso hacerse de una lengua de alcance nacional, que le permitiera servir a los mexicanos todos y no sólo a sus coabórigenes, los zapotecas. Esto explicaría el uncioso tesón con que bregó por aprender la lengua castellana.

Guelatao era un pueblo corto, carecía de escuelas, ni siquiera se hablaba allí el idioma español. Los padres pudientes mandaban a sus hijos a la ciudad de Oaxaca para que se educaran; los pobres los ponían a servir en las casas ricas, a cambio de que se les enseñara a leer y a escribir. Para Benito Pablo no había más camino que este último. Y eso era importunar al tío para que lo llevara a Oaxaca, único sitio en que se podía aprender. Pero los quehaceres de labranza del uno y los de pastoreo del otro iban aplazando indefinidamente el viaje. Además, Juárez se resistía a la idea del tío querido, dejar la casa que había amparado su niñez y su orfandad, alejarse de sus compañeros de infancia, dejar su pueblo. “Era cruel —escribió cuando hombre— la lucha entre estos sentimientos y mi deseo de ir a otra sociedad, nueva y desconocida, para procurarme educación.” Pero pudo más su deseo de instruirse. Al amanecer del 17 de diciembre de 1818, a los 12 años de su edad, se fugó de su casa, a pie, rumbo a la ciudad de Oaxaca, adonde llegó la noche del mismo día. Anduvo de

puerta en puerta preguntando por su hermana, Josefa, cocinera en casa rica. Cuando se encuentran, se abrazan y lloran y se dicen ternezas en el idioma nativo. Porque para los indios zapotecas un dolor no se liquida hasta en tanto que lo lloran juntos. Consuela —escribió Juárez más tarde— sentir y llorar juntos las desgracias mutuas.

Allí, en el hogar del genovés Antonio Maza, pasó Benito Juárez los primeros días, trabajando en una granja, con dos reales de salario, mientras encuentra casa en donde vivir.

Todo en la vida de este hombre parece milagroso, providencial. Antonio Salanueva, muy amigo de la educación de la juventud, lo toma bajo su protección y lo inscribe en la escuela para que aprenda a leer y escribir, o acabe de aprenderlo. Es el 7 de enero de 1819. Su protector vive de encuadernar libros. Mientras asiste a la escuela, Juárez aprende el oficio. Antes de encuadernarlos, así los entendiera a medias, lee a los autores favoritos del tutor: a Benito Jerónimo Feijóo, a San Pablo; acaso también a Tácito, a Salustio, y a los mexicanos Mora y Fernández de Lizardi, un eco de cuyas doctrinas se advierte en las ideas de Juárez hombre de Estado.

En la escuela de la ciudad de Oaxaca no se enseñaba gramática castellana, cuyo aprendizaje era la máxima preocupación de aquel niño. Leer, escribir y aprender de memoria el catecismo era entonces el programa de instrucción primaria. Cambió de escuela al cabo, pero con el nuevo maestro no le fue mejor, ya que en vez de mostrarle al alumno las faltas de escritura en que incurría y enmendárselas, aquél sólo daba en castigar al pobre niño. Y como otro gran americano, el argentino Domingo Faustino Sarmiento, Benito Pablo decidió

al fin aprender el idioma por sí solo, que llegó a escribir y a hablar correctamente, pese a la modestia con que siempre se expresó al respecto.

Aquellas y otras injusticias lo ofendieron profundamente, a la vez que afirmaron en él la decisión de abatir cuando hombre las diferencias sociales, los remanentes de la tradición colonial. Pero aún dominaban en el ambiente las herencias del pasado, las preocupaciones de un mundo del que México acaba de salir, pero que no podía decirse que estuvieran vencidas. Y en el alma del mismo Juárez combatían. Veía entrar y salir del Seminario Pontificio de la Santa Cruz a muchos jóvenes que iban a hacer la carrera del sacerdocio, única reservada a los indios y que tan predilecta era del tío Bernardino y de su tutor Salanueva, eclesiástico frustrado. Pero había algo más: los clérigos gozaban fama de hombres sabios, y era hecho cierto que se les respetaba y consideraba, por el saber que se les atribuía. Y como lo que Benito Juárez quería era saber, pidió que se le inscribiera en el Seminario, aunque no con el ánimo de ordenarse sacerdote, para lo que se sentía poco atraído. Ofreció que haría todo el esfuerzo por hacer compatibles el cumplimiento de sus obligaciones en el servicio de Salanueva con su dedicación al estudio a que iba a consagrarse. El padrino no sólo recibió con agrado la petición de su ahijado, sino que lo estimuló para que lo llevara a efecto, recordando que ya tenía recorrido medio camino, pues hablando el idioma zapoteco, podía ordenarse a ese solo título, conforme a las leyes eclesiásticas de América. Que eso —hablar una lengua india— lo relevaba de la exigencia de algún patrimonio, mientras obtenía algún beneficio.



Entró al Seminario, en calidad de alumno externo, a la edad de 15 años. Estudió gramática latina, “por supuesto —dice— sin saber la castellana, al igual que la mayoría de los estudiantes, por el atraso en que en aquellos tiempos se hallaba la instrucción primaria”.

En el Seminario dio nuevas muestras de su voluntad, de su carácter, de aquel decidido empeño de saber, de aquella su convicción de que sólo siendo instruido podría influir en su pueblo. De los últimos lugares, ascendió a los primeros, en las aulas del Seminario. Ante el asombro de los blancos, y contra la especie de que los indios eran de raza inferior, el joven de Guelatao sabía las lecciones que otros no aprendían. Cosas que ignoraban los blancos las sabía el pobre indio, diremos parodiando los versos de *Martín Fierro*. Un par de años más tarde concluyó sus estudios de gramática latina, con las calificaciones de “excelente”. Su padrino de confirmación, don Antonio Salanueva, quiso que estudiara teología moral, para que al año siguiente comenzara a recibir las órdenes sagradas. Pero eso iba contra los anhelos de Juárez, que no quería ser sacerdote sino estudiar. Manifiestar su inconformidad con los deseos de Salanueva constituyó un verdadero trance, pero el padrino le permitió continuar sus estudios, tal vez con la oculta esperanza de que el joven cambiara de propósito.

Estudió filosofía, artes, teología, como si fuera a ordenarse sacerdote. Y al cabo se graduó bachiller en 1827. Al año siguiente se inscribe en el Instituto de Ciencias y Artes, recién fundado, contra la opinión de su padrino y protector. En el Instituto ocupa los primeros lugares por su tenacidad

en el estudio y por la entonación liberal de sus primeros pronunciamientos. En 1843 obtiene el título de abogado.

Benito Juárez va escalando los cargos, las dignidades, unos tras otros: profesor de física en el Instituto y secretario del mismo, aún estudiante; regidor del Ayuntamiento de Oaxaca, en 1831; diputado local, en 1833. Después de unos años en que se dedica al ejercicio de su profesión y al estudio de la historia de México, reaparece como Juez de lo Civil, en 1841; luego, desempeña el cargo de secretario de gobierno. En 1843 contrae matrimonio con Margarita Maza, hija de sus antiguos patronos y compañera fiel y abnegada con la cual sólo podrá vivir unos pocos años juntos; pues buena parte de su vida la pasará el esposo en el destierro, y muchas veces Margarita habrá de atravesar llanos, montañas, sierras, con los hijos a cuestas, para reunirse con él.

Electo diputado al Congreso de la Unión en 1846, puede decirse que ha entrado de lleno en las luchas de su pueblo. En esa Legislatura sostuvo y votó la primera ley que afectaba los bienes del clero: su hipoteca a fin de facilitar los medios necesarios para organizar la defensa del territorio nacional, invadido por los norteamericanos. Vuelto a Oaxaca a concluir sus tareas legislativas, es gobernador interino durante un año. En 1847 se presenta candidato a la gubernatura local, que gana y desempeña hasta 1852. Estos son los años en que Juárez asciende de figura local a figura nacional: construye caminos, levanta escuelas, abre escuelas normales, funda hospitales, ordena una estadística y un plano de la ciudad capital; maneja escrupulosamente los dineros del pueblo, como pobreza y no como riqueza que son. Reduce a sentencias, aforismos, apotegmas, su pensamiento liberal:

Libre, y para mí sagrado, el derecho de pensar... La instrucción es el fundamento de la felicidad social, es el principio en que descansan la libertad y el engrandecimiento de los pueblos... Bajo el sistema federativo los funcionarios públicos no pueden disponer de las rentas sin responsabilidad; no pueden gobernar a impulsos de una voluntad caprichosa, sino con sujeción a las leyes; no pueden improvisar fortunas ni entregarse al vicio y a la disipación, sino consagrarse asiduamente al trabajo, resignándose a vivir en la honrada medianía que proporciona la retribución que la ley haya señalado.

Porque Juárez postuló siempre, y su conducta así lo verifica, que sin honestidad administrativa no hay sistema republicano, liberal y democrático posible. Los abusos de toda índole, el robo a las arcas públicas, corresponden a las tiranías, a las dictaduras, a las satrapías.

México se debate en los horrores de las discordias civiles. Benito Juárez, que ya es figura nacional, padece destierros, persecuciones, cárceles y más de una vez su vida se pone en peligro. Vive algún tiempo en Nueva Orleans, en donde se gana la vida torciendo tabaco, el pensamiento y el corazón vueltos hacia México, cuya suerte se ha identificado con la suya. En febrero del año de 1854 se proclama el Plan de Ayala, obra de los liberales, al que se unen militares, poetas, escritores, novelistas, periodistas, pensadores. Juárez regresa al país para unirse a los revolucionarios. Camino al campamento, lo sorprende una tormenta. Como viaja sin equipaje, acepta el modesto cambio de ropas de soldado —calzón y algodón de manta, con unos botines y una frazada— que le ofrecen en

el campamento rebelde. Nadie lo reconoce ni él se identifica. En la secretaría particular del general en jefe, presta modestos servicios redactando cartas que luego presenta para su firma, con la mayor humildad. Un día llega una carta dirigida a Benito Juárez. Sólo entonces se identifica. Cuando le preguntan por qué no lo había hecho, responde: “Sabiedo que aquí se peleaba por la libertad, vine a ver en qué podía ser útil. Eso es todo.”

Al resultar triunfante la causa revolucionaria de los liberales, es designado ministro de Justicia, Negocios Eclesiásticos e Instrucción Pública. Sus primeras acciones están encaminadas a reducir las prerrogativas del ejército y del clero, mediante leyes adecuadas. En noviembre de 1855, el presidente general Juan N. Álvarez firma la Ley de Administración de Justicia, que suprime los tribunales especiales y, por tanto, los fueros y privilegios; esto da origen a una escisión en el seno del gobierno y a que caiga éste en manos de los conservadores.

Benito Juárez es otra vez, ahora interinamente, gobernador del estado de Oaxaca, que encuentra revuelto, sustraído al imperio de la ley, y lucha por devolverlo a la normalidad. Los liberales, sin embargo, no están vencidos. Al iniciarse el año de 1856, se reúne el Congreso llamado Constituyente, y éste da a México la Constitución liberal, que tras de algunas reformas es la actual y que se promulga el 5 de febrero de 1857. Juárez resulta diputado a ese Congreso, pero no asiste.

Al terminar su mandato interino, se le elige gobernador constitucional para el trienio siguiente. Pero en octubre de 1857 es llamado para desempeñar el ministerio de goberna-

ción, del que se hace cargo en noviembre. En las elecciones constitucionales de este mismo año y mes, resulta electo presidente de la Suprema Corte de Justicia, lo que le da, por ministerio de Ley, el carácter de vicepresidente de la República.

Los enemigos de la Constitución vuelven por sus fueros, con el presidente general Ignacio Comonfort a la cabeza, pretextando que es demasiado avanzada y no es posible gobernar con ella sin riesgo de ensangrentar al país. Juárez, que ha sido invitado para secundar el golpe de Estado, condena la subversión y, en su calidad constitucional, se dispone a asumir la presidencia de la República. Comienza así una etapa de su vida pública que va a durar una década: la llamada Gran Década Nacional. Es reducido a prisión por el jefe del Estado, a quien una nueva asonada militar destituye. En tales circunstancias Comonfort pone en libertad a Juárez, quien abandona la capital de México en enero de 1858.

Sin ejército, sin medios económicos, el vicepresidente huye perseguido de cerca por sus enemigos. En Guanajuato, el día 19 de aquel mes de enero, es proclamado legalmente presidente. Va de ciudad en ciudad, la banda tricolor en el pecho, vestido de levita, con el bastón de mando en el puño. Algunos de sus compañeros lo abandonan, desesperan de la lucha y del triunfo. Sólo él se mantiene sereno, firme, confiado en la legitimidad de su causa, de su ideario, seguro de que la democracia es el futuro de los pueblos. Cuando recibe la noticia de que las tropas liberales han sufrido una derrota, ante el silencio y la congoja de todos, recuerda una expresión popular: “Le han quitado una pluma a nuestro gallo.”

Juárez abandona el país y, tras de una larga travesía por Panamá, se presenta en la ciudad y puerto de Veracruz, en poder de los liberales, donde instala su gobierno. Allí promulga nuevas leyes —las leyes de Reforma: separación de la Iglesia y el Estado; ley sobre matrimonio y registro civil; ley de panteones y cementerios; paso de los bienes de la Iglesia a la Nación. La guerra civil alcanza su compás más violento.

Los enemigos de la causa liberal pierden terreno, se aproxima su derrota. En Veracruz, mientras asiste a una función teatral, Juárez recibe la noticia de que las armas republicanas han salido triunfantes en la batalla llamada de Calpulálpam. Vuelve a la capital mexicana a principios de 1861. Pero la guerra no ha terminado; sólo se trata de una pausa en la gran contienda por dar a México la configuración democrática que quieren los liberales, con Juárez como guía y paladín.

La nueva coyuntura política que permite a los conservadores reanimar sus fuerzas queda terminada por una circunstancia relativamente menor que diversos intereses aprovechan para sus fines particulares. México no puede pagar su deuda extranjera, como tampoco puede aceptar las demandas violentas de sus acreedores. Recurre a una medida extrema, pero necesaria en aquellas circunstancias: suspende el pago, lo que da lugar a la inmediata reacción de Francia, Inglaterra y España, que se presentan en Veracruz con sus escuadras. Retiradas dos de ellas, queda Francia sola, con lo que se inicia la Intervención de 1862. Juárez llama a la defensa nacional, en proclamas, arengas, manifiestos dramáticos, pero jamás desesperados. Porque este hombre, cuando

todos titubeaban, afirmaba; cuando otros perdían la fe, se erguía seguro del triunfo final.

El 31 de mayo de 1863, Benito Juárez, otra vez, abandona la ciudad de México, rumbo al norte, la Patria y la Constitución reducidas a un pequeño coche del que más de uno se baja en el desierto. Días aciagos, dolorosos, son éstos. Durante la guerra se le mueren los hijos, vive separado de su familia, lo abandonan muchos de sus compañeros, desobedecen otros. A todos aplaca Juárez con buenas razones, invocando siempre el sagrado sacrificio de defender las instituciones y el territorio nacional. Sus conocimientos de la historia —la patria y la universal— lo afirman en la idea de que la democracia es el destino de la humanidad futura: la libertad, su arma indestructible; la perfección posible, el fin a donde se dirige. *Dios es el caudillo de las conquistas de la civilización*, había dicho, él, acusado de hereje, de ateo, de enemigo de la religión.

Sus deberes de gobernante, los problemas de la guerra, no impidieron a Benito Juárez la atención de las cuestiones internacionales. Por su colega norteamericano, el presidente Abraham Lincoln, tuvo siempre viva admiración, harto correspondida por éste. Cuando muere asesinado, escribe Juárez: “Yo he sentido profundamente esta desgracia, porque Lincoln, que con tanta constancia trabajaba por la libertad completa de sus semejantes, era digno de mejor suerte y no del puñal de un cobarde asesino.” Enfrascado Lincoln en otra guerra libertaria mientras Juárez libraba la suya, se vio imposibilitado de acudir en ayuda de las fuerzas patriotas mexicanas, pero los intercambios diplomáticos y aun la

correspondencia entre ambos presidentes tuvieron siempre una aspiración común: la defensa de los derechos humanos.

La guerra se prolonga, con los altibajos de toda guerra. Los invasores se retiran de México y dejan al emperador Maximiliano en manos de sus partidarios mexicanos, más enemigos de Juárez que amigos del Imperio. El ejército defensor de las instituciones, en un cambio de fortuna, avanza y recupera las plazas perdidas, restableciendo de inmediato, por órdenes de Juárez, el régimen constitucional. El 19 de junio de 1867 fue fusilado Maximiliano en unión de dos de sus generales, Mejía y Miramón. Un mes más tarde, el 15 de julio, Benito Juárez entró triunfalmente en la ciudad de México. Ese mismo día lanzó el manifiesto en que está contenido el apotegma que lo inmortalizaría, que lo convertiría de héroe nacional en héroe universal.

El legado de Benito Juárez perdura, está vigente. Su nombre y su ejemplo, sus palabras y sus acciones, pueden ser invocados a propósito de toda la historia mexicana. Porque supo leer y escribir y hablar el idioma español, es un modelo y un dechado para toda la niñez del mundo que hable idioma aborigen. Benito Juárez parece que nos dice todos los días, a toda hora: Salid del pueblo carne mortal. Volved al pueblo bronce y mármol: carne inmortal.

Cayó vencido por la muerte el 18 de julio de 1872.

Mientras más y mejor se estudia a Benito Juárez desde el punto de vista jurídico, sociológico, económico, histórico y moral, más robusto surge su papel de salvador de la existencia de México, de promotor de las instituciones de su tiempo y de precursor de nuestra democracia contemporánea. La



pasión que se ha desplegado a favor y en contra del símbolo oscureció fugazmente la apreciación correcta del hombre y de sus ideas. Mas es incuestionable que, después de la fase más violenta de la controversia, el verdadero tamaño de Juárez se ha afirmado en su patria y ha alcanzado proyección universal.

Nació indio y nunca dejó de serlo; se formó mestizo, y tampoco dejó de serlo. Era, así, un auténtico americano. En el campo aprendió a pensar por sí solo, a penetrar más allá de la apariencia de las cosas, a esperar y a emprender la pluralidad laboriosa del mundo. Supo que el hombre puede ser el guía y el protector de las criaturas más indefensas, y que conducir las por sendas seguras es su primer signo de su responsabilidad y de su grandeza. No por azar entre los pueblos pastores han aparecido guías de mano tan firme. Su pobreza, que fue total, lo familiarizó con lo más duro e inclemente de la tierra. Sólo la pureza permite entender sin odio, pero sin blanduras, las proporciones de la injusticia; y sólo en una naturaleza recia y alerta se van edificando en el infortunio ideas concretas y viables para remediarlas. Y así, antes de aprender las letras, supo de memoria la descarnada verdad de su país.

Estos golpes que sufrió le dejaron una profunda conciencia de pertenecer al pueblo y lo orientaron hacia el propósito de trabajar constantemente para destruir el poder funesto de las clases privilegiadas.

Nunca perdió la honestidad del pobre ni la frugalidad del indio. Pero muy pronto cobró conciencia de que, para actuar en el mundo y cambiarlo a la medida de la justicia, era preciso hacerse de una lengua de alcance nacional y de

los conocimientos que podían utilizarse no en la defensa de unos cuantos, sino para servicio de todos. Esto explica el respeto que siempre le mereció la sabiduría occidental y el uncioso tesón con que bregó desde la primera hora del contacto con la ciudad, para dominar la lengua castellana. Él mismo nos cuenta que abandonó la escuela elemental porque en ella no le enseñaban el idioma que enseñaban a los niños decentes, y se aplicó a dominarlo “para expresar mis ideas por medio de la escritura, aunque fuera de mala forma, como es la que uso hasta hoy”.

Como una remanente de la tradición colonial, para un indio no había más carrera posible que la del sacerdocio. Por eso su tutor, Antonio Salanueva —de oficio encuadernador—, lo encaminó hacia el Seminario de Oaxaca, por tantos conceptos a la zaga de instituciones similares que en la provincia mexicana dieron excelentes frutos. En aquel Seminario se enseñaba religión conforme a estrechos patrones, y un primer signo de la claridad con que Juárez vislumbraba su destino fue rebelarse contra la fácil solución de recibir las órdenes sagradas. Sin embargo, tras de esos años pasados bajo la tutela de clérigos, se le afirmó el profundo sentimiento religioso que traía de sus viejas razas. Su devoción por los símbolos nacionales —la Constitución, la bandera, el himno— tenía mucho del fervor supersticioso con que se adora a los ídolos y a las imágenes. Pero la simple presencia de un encuadernador de una población como Oaxaca hace suponer que existía allí una minoría ilustrada, que se interesaba por los libros más representativos del pensamiento laico. Sin duda, de las manos religiosas del terciario Sala-

nueva salieron bellamente empastadas las obras de Voltaire, Rousseau, Montesquieu y D'Alembert, y acaso la producción de los grandes liberales norteamericanos, como Franklin y Jefferson, los Adams y William Penn. Y no parece raro que en la modesta biblioteca personal del encuadernador, al lado de biografías y devocionarios, figuraran los clásicos eternos de Grecia y Roma. Es natural que el joven zapoteca leyera ávidamente todo ese acervo de la sabiduría de los hombres libres de su época; no de otra manera se explica su segura terminología enciclopedista, desde las primeras expresiones literarias que de él se conservan. Su estilo directo y conciso es consecuencia, no sólo de su temperamento, sino de una disciplina formativa que le viene de muy lejos. Este estilo, tan personal, trasciende de la colaboración que pudieran haberle prestado distintos hombres de letras de su tiempo para la elaboración de sus discursos y documentos públicos; hay enfoques, mecanismos de juicio, ideas fundamentales y hasta palabras que son su clave personal y sello propio. Su terminología evoluciona a medida que se transforma, de figura local y provinciana, en figura nacional.

En un principio se advierten en la prosa de Benito Juárez resabios del neoclasicismo, dominante en Europa y por reflejo en América, después de la Revolución Francesa. Posteriormente hay trasuntos del romanticismo, injertado en el campo político por influencia de la literatura de principios y mediados del siglo. Pero al alcanzar la madurez, y coincidiendo con la brutal fuerza de los hechos y con la profundización de las realidades, desaparecen esos oropeles y recurren en sus textos, cada vez con mayor frecuencia y seguridad, los san-

tos nombres de la geografía mexicana y las palabras simples, completas y elocuentes que entienden todos los pueblos.

Tan grande fue la acción de Benito Juárez, que se puede decir que opaca al hombre de ideas, al pensador político, siendo, como es, uno de los más congruentes de su generación. Él mismo se creyó más un hombre de acción que de pensamiento. La palabra era sólo el medio de anunciar lo que se proponía realizar. “Quisiera —dijo—, que se me juzgara no por mis dichos, sino por mis hechos. Mis dichos son hechos.”

Benito Juárez no era un intelectual, ni un artista, sino la venturosa conjunción de un hombre de acción y de pensamiento. En su puño, como ocurre frecuentemente en los ideólogos y políticos de América, la pluma es un instrumento de creación, no de recreo. Era un instrumento civilizador exclusivamente, con la misma eficacia de un machete, bueno para podar de ramas estorbosas la intrincada y abrupta maraña de prejuicios seculares, que impedían la marcha progresiva de México. Y no podía ser de otra manera, dados los tiempos. Si hasta aquellos que eran por definición literatos y artistas, se vieron sojuzgados por el quehacer político y su obra está teñida con esos afanes: Ignacio Ramírez, Vicente Riva Palacio, Ignacio Manuel Altamirano.

A pesar de que, casi durante todo el siglo XIX, cualidades fundamentales para ejercer la jefatura de los negocios públicos, eran la florida oratoria y las galas de la pluma, este hombre sencillo, duro y esencial como una roca nativa, imponía con su personalidad, su voluntad y su pensamiento. Temprano lo reconocen como guía y como bastión sus compañeros de

estudios o de lides políticas, entre los cuales, por cierto, iban a destacarse las inteligencias más claras de su siglo, como Lerdo de Tejada, Ocampo, Ramírez, Zarco y Altamirano. Recordemos una anécdota reveladora: corría el decenio 1830-1840; Juárez aún no rebasaba como político los límites de su estado natal; Santa Anna una vez más se había adueñado del poder; los liberales oaxaqueños, perseguidos y en derrota, deciden reorganizarse y se reúnen en secreto a conspirar. Habla Miguel Méndez, otro indio de raza pura, y reclama la continuación de la lucha. “¿Con qué hombre?”, pregunta uno de los conjurados, y el orador, sin interrumpir su discurso, va con el hachón en la mano hasta el extremo de la sala, mientras dice:

En otro tiempo esa pregunta me hubiera arredrado porque no hubiera sabido cómo responder. Ahora no. Y éste que ven ustedes, reservado y grave, que parece inferior a nosotros, éste será un gran político, se levantará más alto que nosotros, llegará a ser uno de nuestros grandes hombres y la gloria de la Patria. Éste es nuestro hombre.

E iluminando una figura silenciosa y recatada, la lleva a que presida la asamblea. Méndez, a pesar de su juventud, no se equivocó: ese hombre era Benito Juárez.

El buen juicio de Juárez lo llevó siempre a conjurar sus innatas facultades de líder con su sentido de que el tamaño de las obras requeriría el concurso de sus mejores allegados. De aquí que siempre le vemos trabajando en grupo, disculpando pasajeras intemperancias, perdonando ataques a su persona y reclamando el concurso del mayor número posible de mexicanos. Así llega al elevado concepto de la unidad nacional, sola

fórmula que a su juicio ha de conducir a la superación de todos los peligros y de todas las miserias materiales y morales.

Tal concepto tuvo siempre en él expresiones ordenadas y un ámbito predominantemente político. Cuando se refería a las instituciones o grupos, atendía al papel que jugaban o que deberían jugar dentro de la estructura que se proponía establecer. En la prosecución de estos programas, era implacable y frío; pero en tales entidades o instituciones nunca involucraba a los hombres. El hombre para él siempre fue objeto del más delicado y cortés tratamiento. Llamaba señor a un enemigo, y en lo personal, nunca se sintió ofendido por los ataques que le hacían, en tanto no implicaran las dignidades públicas que desempeñaba con meticuloso señorío. Este tratamiento al individuo es otro signo de la permanencia de sus caracteres indios. Porque para un indio lo más sagrado y lo más secreto del mundo es el hombre. Con semejantes dotes en posiciones de tremenda responsabilidad y ante la magnitud de los enemigos que se propuso vencer y venció, nada tiene de extraño que desde que empieza a participar en la vida pública se comporte con toda la convicción de ser en todo momento una figura histórica. Esa conducta tiene una expresión ininterrumpida hasta la hora de su muerte.

El signo del pensamiento de Juárez es el realismo. Se fijaba metas lejanas, pero no inexpugnables. Conocía demasiado su voluntad y el poder de las ideas que defendía, para dudar de que alguna vez pudieran hacerse efectivas. A lo largo de su vida se advierte una transposición, una adaptación de los símbolos del bien y del mal en el terreno político desde otros mundos a los ámbitos de su patria. Para él el monarca,

el rey, el tirano de la Revolución francesa, es la España sojuzgadora de América. Más tarde el enemigo ya no es tan vago ni arranca del pasado, sino que está vivo, representado por todas las fuerzas del oscurantismo, del privilegio y de la amenaza extranjera. Cuando habla de los enemigos de México, sabe quiénes son, en dónde están y cómo hay que vencerlos. Por la misma razón, sus palabras se dirigen primero a sus coterráneos de Oaxaca y después a la totalidad de los mexicanos. De esta suerte nunca fue anacrónico ni le quedó grande el puesto que desempeñaba.

Juárez no concebía la Reforma como un movimiento exclusivamente político, sino como el basamento de un sistema de democracia. Para él, el poder tenía el límite de la justicia, y no había justicia posible sin ética; las leyes eran sagradas, porque expresaban la altura máxima de una aspiración moral y de paz colectiva, y no porque dispusieran del instrumento para castigar a quienes las violaban. El concepto de lo ético en la conducta personal del gobernante y en los actos de los órganos gubernativos es el meollo del pensamiento juarista y tiene paralelo ilustre con el que idearon y aplicaron los grandes creadores de la democracia mexicana, los Adams y Jefferson, principalmente. Esta simbiosis, que no puede escindirse sino a riesgo de frustrar el propósito mismo de la democracia, inspiró también a los ideólogos de la primera república española —Pi y Margall, Salmerón— y de la segunda república francesa —Thiers, Gambetta— y al propio Van Buren de los Estados Unidos, hasta quien se prolongan en ese país conceptos del Estado servidor de los grandes ideales y de la justicia consustancial con la moral.

Cuando la creencia de un hombre está formada por el proceso de la razón y los dictados del sentimiento, alcanza una seguridad plena de pensamiento y acción. En Juárez concurrían la noción de la medida prudente y la audacia demoleadora. Sus savias indias le vedaban la inclinación a la duda; para Juárez creer era una función vegetativa, pudiera decirse. De aquí que casi todos los hombres de luces, los productos más logrados de la intelectualidad que integraban su generación, una u otra vez titubearon y hasta desertaron de la pelea; pero, simbólicamente, de aquella frágil calesa a que alguna vez quedó reducida la patria, él fue el único que jamás descendió. Y a él pudieron acudir los mejores mexicanos, en las horas aciagas, a renovar su fe y su constancia.

La fuerza de los acontecimientos le impidió practicar el liberalismo como una doctrina estática y pasiva. Las formas clásicas de la escuela sufrieron en México una profunda transformación y la convirtieron en una energía eficaz que para cada problema proponía y aplicaba una resolución. Por otra parte, los males del país eran tan ingentes que llevaron a Juárez al convencimiento de que no se podía gobernar sin afrontarlos en toda su dramática magnitud. Las cosas hacerlas, aunque salgan mal, decía Domingo Faustino Sarmiento; y Juárez pareció profesar con brío ese principio de responsabilidad y de trabajo.

Los males tienen causas ciertas y determinadas, y Juárez las buscó y las combatió hasta exterminarlas. Su pueblo estaba mayoritariamente desposeído de la protección de la ley y avasallado por minorías dueñas del privilegio. Él sabía que nunca se renuncia voluntariamente a esos falsos fueros



y que hay que abatirlos compulsivamente en nombre de los intereses colectivos. En esa pugna no se persiguió la sujeción de una u otra clase, ni la imposición de una institución a otra, sino la igualdad de todo ante la ley. Tan justamente se logró el objetivo, que la Iglesia, el Ejército y todas las demás entidades que en el siglo XIX privaban con fueros sobre la ciudadanía, y muchas veces al amparo de leyes deliberadamente acondicionadas a la injusticia, viven y actúan en nuestros días. Las evidencias históricas abonan la seguridad de que la Reforma en México nunca se propuso ni originó la destrucción de instituciones que, dentro de los límites de la ley, son factores indispensables para la estructura social.

Estrictamente hablando, la Reforma no fue una revolución porque no impuso una clase sobre otra, ni cambió el régimen de la tierra, que es el medio de producción primordial dentro de la estructura económica de México, y sobre todo en aquellos tiempos, en que aún no había una industria de suficiente volumen. Las contingencias políticas absorbieron casi toda la energía de aquellos hombres, obligándolos a procurar, ante todo, la transformación de las instituciones legales y estatales. No obstante, acometieron y realizaron tres objetivos que son piedras angulares en la transformación socioeconómica del país: la separación de la Iglesia y el Estado y la laicización de la enseñanza, la supresión del latifundio religioso, y el incremento de la conciencia ciudadana, que al democratizar las funciones del Estado y el ejercicio de los derechos cívicos, facilitó el acceso, cada vez mayor, del hombre de la calle a los cargos públicos. Por eso no puede decirse que Juárez, como encarnación máxima del

movimiento reformista, haya sido un revolucionario, sino un restaurador.

La sorda aversión a Juárez y a lo que él representa se ha disfrazado bajo muchas apariencias ideológicas, morales, jurídicas y hasta con implicaciones para la integridad del territorio. El ataque, como es natural, ha procedido de los grupos a quienes desposeyó de sus monopolios y privanzas, y el menos, desde el punto de vista de los intereses materiales afectados, tiene una explicación. Con cierta astucia se ha hecho derivar la verdadera índole de esta campaña hacia el terreno religioso, so capa de que el liberalismo quiso destruir a la religión católica. ¿No dijo él que el pueblo mexicano, sin otra ayuda que su fe en las ideas del siglo, abatió al coloso clerical, dejando intacta la religión?

A más de cien años de distancia, cuando las pasiones han perdido virulencia y aquellos grupos titulares de las prebendas han llegado a comprender las ventajas de vivir dentro de un régimen de justicia y de igualdad, puede verse que el móvil fundamental de los ataques contra Juárez ha sido totalmente falso. Pasará, sin embargo, algún tiempo todavía, para que con serenidad y atendiendo al tamaño nacional de su figura y al arraigo que tiene en el corazón de su pueblo se le releve de una acusación que nunca mereció, como ha ocurrido ya con otras figuras de la historia mexicana; no hay que olvidar que Hidalgo y Morelos también se vieron negados, en nombre de un supuesto carácter religioso. Porque la causa del progreso de México es superior a todos los personalismos y resentimientos de parciales intereses, y se identifica siempre con la independencia, la integridad de la soberanía y la libertad.

En los momentos más aciagos de su vida de hombre y luchador, Juárez siempre invocó a la Providencia. ¿No dijo él que Dios era el caudillo de las conquistas de la civilización? Su hondo sentido religioso era tanto una fe aprendida o heredada, como una convicción nacional, un acto de inteligencia. Lo que nunca pudo entender —y ésta sí es una aportación filosófica y moral de muy largo alcance— es que se invocara la religión para conculcar el derecho natural de los humildes y exaltar el de los poderosos, y que la injusticia de cualquier orden establecido se tomase como un hecho fatal emanado de una voluntad superior. Él, probablemente más que ningún otro paladín de las grandes gestas nacionales, contribuyó a extirpar del ánimo de los mexicanos el fatalismo que por siglos los redujo a la inferioridad y a la aceptación de todas las iniquidades sociales, económicas y morales. En esto fue muy poco indio, porque para sus antepasados, los zapotecas, todos los infortunios, todas las miserias y hasta la muerte eran producto de la arbitrariedad de las potencias sobrenaturales.

En todo eso el patricio coincide con lo progresista de la Iglesia, especialmente con León XIII, autor de la encíclica *Rerum Novarum*, que sigue siendo la norma del catolicismo ilustrado en materia de justicia social. Recordemos también que han sido justamente miembros del clero mexicano —Gabriel Méndez Plancarte, por ejemplo— los que han contribuido de manera más esclarecida a despejar de turbias cortinas y prejuicios de índole religiosa a Hidalgo y otras grandes figuras de nuestras luchas libertarias.

Con la misma regularidad y firmeza que Benito Juárez creció desde pastor de ovejas hasta Presidente de la Repúbli-

ca, su signo y su talla se han ido desparramando y creciendo por el mundo de los hombres libres. No hay escuela de primeras letras, por humilde que sea, donde su nombre no brote con extraño temblor de los labios de los niños de todas las razas. Sus rasgos de tezontle y su mirada segura o impasible son familiares a todos los pueblos, al través de monumentos erigidos en su honor. No hay hombre de pensamiento preocupado por las disciplinas del arte de gobernar y por las normas que consolidan la dignidad del hombre y el respeto al suelo donde vive, que no retorne, con fecunda periodicidad, al legado ideológico de este maestro de civismo.

Sus verdades no tuvieron aplicación efímera, porque responden a aspiraciones tan viejas como la existencia del hombre sobre la tierra. No por azar la UNESCO consideró alguna vez un apotegma juarístico –quizás el que reúne más luminosa y concisamente su pensamiento, y que se diría inspirado en Salustio para lema de la entidad: “Entre los individuos, como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz.”

# FERNANDO IGLESIAS CALDERÓN\*



SI ESTÁ ESCRITA, no recuerdo haberla leído. La conozco referida por José E. Iturriaga, quien la oyó del propio Fernando Iglesias Calderón. La anécdota es hermosa, y es ejemplar: transparente y define a sus protagonistas: dos hombres a quienes la historia y el destino conduce a subordinarlo todo a dos máximos amores: el amor a la Patria y el amor a la Verdad. Y los dos salen engrandecidos de la dramática cita de la historia y del destino.

Cuando estaba recién publicado el libro de Francisco Bulnes, se presentó en casa de Fernando Iglesias Calderón —calle de Atenas núm. 24—, sin anuncio ni cita, el general Porfirio Díaz. El sirviente le abrió la puerta. Dio aviso de que en la sala se encontraba el Presidente de la República, Iglesias Calderón trabajaba a esas horas en su biblioteca, en ropas caseras. No sólo encontró inusitado el caso, sino que le produjo una violenta contrariedad. Y vestido como estaba, sin cuidarse de su desaliño indumentario, se dispuso a afrontar el desagradable encuentro.

\*Prólogo de Andrés Henestrosa al libro de Fernando Iglesias Calderón, *Las supuestas traiciones de Juárez*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972.

—¿Qué hace usted en esta casa?, preguntó Iglesias Calderón. Le ruego que la abandone en el acto, agregó con firmeza.

—Yo soy el Presidente de México, dijo sereno Porfirio Díaz. Y he venido a pedirle que responda al libro de Francisco Bulnes, pues sólo usted puede hacerlo con acierto y con verdad. Su condición de historiador, de patriota, de liberal y de hijo de José María Iglesias, así lo acreditan y lo hacen esperar.

—Pero yo no soy empleado suyo, ni su escribano, ni su amanuense, ni nada... Si lo hiciera, sería cosa mía, cuando creyera oportuno hacerlo, y no a petición, sugerencia y orden suya.

—Con eso me basta, respondió Porfirio Díaz, al tiempo que abandonaba la casa de Fernando Iglesias Calderón.

Es el remoto origen del libro que ahora tienes en la mano lector: *Las supuestas traiciones de Juárez*.

La obra de Bulnes, *El verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio*, fue publicada en 1904, con el avieso, aunque a la postre frustrado propósito, de reducir las glorias de Juárez, cuando faltaban dos años para el centenario de su nacimiento.

La reacción que produjo entre amigos y enemigos fue enorme y ruidosa, lo que a más de asegurar su difusión acrecentó la fama de un autor que de ese modo se atrevía con una de las glorias nacionales, si no era que con la máxima gloria nacional.

La polémica, casi toda ella reducida en los primeros días a injurias, declaraciones, diatribas, insultos, permitió a Bulnes fáciles victorias y ocasión para burlarse de los progresos

de lo que él llamó la idiotez nacional, a la vez que su libro afirmaba la apariencia y calificación de irrefutable y de historia verdadera.

Propúseme —dice Fernando Iglesias Calderón— esperar a que la polémica que se anunciaba pusiera de manifiesto los errores contenidos en dicho libro y en la injusticia de los cargos hechos a Juárez con fundamento en los tales errores; y sólo en caso de que la polémica resultara deficiente, terciar en el debate, como constante defensor de la verdad.

Poco tiempo después, el editor Santiago Balleescá planeó la edición de un libro en el que en una serie de monografías, de una manera razonable y completa, se refutara a Bulnes. Para ello invitó a historiadores y literatos, en esa hora los más distinguidos, entre ellos a Iglesias Calderón, Carlos Pereyra y Victoriano Salado Álvarez. En el reparto de los temas, le fue asignado a Iglesias Calderón el de las *supuestas traiciones*. El proyecto de Balleescá no tuvo efecto, pero los tres autores referidos escribieron las monografías que a cada uno se había encomendado. Acaso pudiera agregarse a esos nombres el de Genaro García, aunque Iglesias Calderón no lo mencione y cuyo libro, *Juárez. Refutación a Francisco Bulnes* (1904) tiene las características que el editor Balleescá señaló para las monografías que se propuso.

Fue esta la circunstancia que llevó a Iglesias Calderón a publicar *Las supuestas traiciones de Juárez*, en forma de Cartas, antes que el libro, en *El tiempo*, que dirigía Victoriano Agüeros, periódico y escritor de tendencias marcadamente opuestas a Juárez, y en algunos otros periódicos liberales de la capital, como *El Diario del Hogar*, de Filomeno Mata, y

luego reproducidas en otros de provincia: *El Correo de Jalisco* de Guadalajara, *El Correo de Sotavento* de Tlacotalpan, *La Voz del Norte* de Saltillo, y *El Espectador* de Monterrey.

Mientras tanto, la discusión crecía y se embrollaba. La aparición de *Juárez y las revoluciones de Ayutla y de Reforma* (1905), en que Bulnes agregaba a los cargos anteriores otros nuevos, si posible más graves, relacionados con los incidentes de Antón Lizardo y el Tratado McLane-Ocampo, presentándolos en forma aparatosa e impresionante, hizo que Iglesias Calderón ampliara el plan de su libro, pues los cargos, por su propia índole, quedaban bajo el tema de las *supuestas traiciones*.

Eso evitó que este volumen de sus “Rectificaciones históricas” apareciera como eran los deseos del autor, el mismo día de la celebración del centenario del natalicio de Juárez, 1906, sino un año más tarde, 1907, pero sin que por ello perdiera su carácter de homenaje centenario. Más aún: lo ratifica en el Prólogo. Me complazco —dice— en ratificarlo al escribir estas líneas, hoy, primer aniversario, dentro de su segunda centuria, del natalicio de tan gran patriota.

Fernando Iglesias Calderón fue hijo de José María Iglesias. Era nieto, hijo y sobrino de soldados y civiles republicanos. Las diferencias entre Iglesias y Díaz determinaron la conducta del hijo, que se mantuvo hasta el final contrario al general Díaz y a su sistema político, como lo atestigua la anécdota referida al principio de este Prólogo y el hecho de haberse negado a formar parte de la Comisión encargada de organizar los actos de homenaje a Juárez en el centenario de su nacimiento. En compensación, apresuró la edición de



este libro, que, como ya está dicho, forma parte de aquellos homenajes.

En la refutación a Bulnes y a todos sus partidarios, secaces, epígonos, concurren muchas circunstancias favorables, que explican y propician su eficacia y su venturoso éxito. Iglesias Calderón era un historiador, un amante de la verdad, un patriota, que tenía legítimo orgullo de las hazañas y glorias de su pueblo. Era hijo de uno de los hombres cuyas responsabilidades no podían ser ajenas a la acción de Juárez durante el periodo a que se contrae la historia por él escrita. No sólo a Bulnes, sino a los demás enemigos de Juárez, de México y de su padre, dio respuesta y refutó con pasión, elemento también válido y necesario al historiador, con tal de que la sepa gobernar y sea aquella pasión fría que dijo el filósofo. Mis “Rectificaciones” —escribió, en efecto—, están inspiradas en la verdad y gobernadas por la razón. En el proceso que levanta a Bulnes ante el tribunal de la Historia, se ve impelido a contradecir, reducir y aun a negar la autoridad de historiadores y escritores tenidos por ardorosos liberales y maestros consagrados. Quita un laurel mal puesto y nadie logra de nuevo colocarlo, escribió Manuel Márquez Sterling.

No fue fácil, sin embargo, para Iglesias Calderón reducir la cuestión a sus términos históricos. Mucha tinta y mucho papel se habían consumido en la contienda. En su contra se habían aliado los enemigos naturales de Juárez, así como algunos antiguos juaristas, ahora colocados en la nueva administración, cuando no desertores de las filas liberales desde antes del triunfo republicano, cuando las disensiones

entre Juárez y los generales Jesús González Ortega y Porfirio Díaz. Para defenderse, para justificar su desertión, o por error de entendimiento, se pusieron del lado de Bulnes, acaso sin proponérselo deliberadamente.

Tampoco pasó por alto los errores, debilidades y omisiones de los amigos, compañeros y partidarios de Juárez. Lo hizo con Guillermo Prieto, que era su padrino de bautismo; y sin quitarle honradez, fama y gloria, condenó aquella su funesta y malhadada inclinación de confiarlo todo a su memoria. Con toda valentía lo dijo todo, y consignó los documentos probatorios, en briosos, severos, inclementes y gallardos razonamientos, en alegatos muy bien armados. Lo hizo con Ignacio Mariscal y con Matías Romero, embajador de Juárez en Washington. Como Mariscal se dejara decir en el brindis del *Auditorium* (Chicago, Ill., 1899), que la derrota de la Intervención se debió a la benéfica influencia y al auxilio de los Estados Unidos —cosa completamente falsa, como lo reconocieron entonces, después y ahora, no sólo publicistas nacionales, sino también ilustres norteamericanos, lo mismo políticos que historiadores, literarios y biógrafos—, Iglesias Calderón escribió, para refutarlo pormenorizadamente, *El egoísmo norteamericano durante la Intervención francesa* (1905). En el fragor del proceso, en el lúcido arrebatado, siempre encuentra el testimonio que busca. Una cita de Luis Pérez Verdía, historiador irrefutable, parece resumir esa parte de la discusión. No fue la diplomacia americana —vino a decir Pérez Verdía—, sino el cañón de Sadowa, el que dio al Mariscal Bazaine la orden de retirada de las tropas francesas.

Iglesias Calderón no se ocupa de modo especial en *Las supuestas traiciones de Juárez*, del Tratado McLane-Ocampo: sólo consigna las estipulaciones, que analiza y discute. Promete hacerlo en otra obra; pero no por eso deja de rebatir la supuesta traición a que el Tratado dio lugar. Pero hay algo más: a lo largo de esta obra y de otras de sus “Rectificaciones históricas”, se refiere a aquel Tratado en ocasiones tan numerosas, que muy bien pudiera decirse que sólo faltó consignar dichas referencias en un libro aparte. Tampoco, para que no se fuera a creer que soslayaba el tema, dejó de calificarlo de “imprudente y desacertado Tratado”.

En la denodada defensa de la memoria de su padre, Iglesias Calderón no deja resquicio alguno por donde filtrarse nada que pudiera vulnerarla. De ese modo advierte que en los *Informes y manifestos* (1904), no aparecen, entre otros documentos, los Manifiestos a la Nación, suscritos por José María Iglesias, como Vicepresidente y como Presidente Interino Constitucional, cuando se hizo con los documentos emanados de gobiernos ilegítimos. Probó con argumentos contundentes que el compilador; José Anacleto Castellón, había procedido sin honradez, bien para adular a la administración porfirista, bien por haber recibido órdenes expresas para que procediera de tal guisa, esto es, dejando fuera la susodicha documentación. De nada le valió a Castellón, ante la historia agraviada, la indicación que hizo de los periódicos de la época en que los documentos relativos a la administración de Iglesias fueron publicados: Iglesias Calderón calificó negativamente su conducta.

Con Bulnes extremó el rigor de la argumentación. Examina, se diría que letra por letra y palabra por palabra, su

estupendo panfleto, que no tratado. Contrariamente a lo asentado por Emeterio de la Garza, Jr., en el sentido de que en los propios documentos oficiales Bulnes se había fundado para escribir su libro, Iglesias Calderón prueba que en ellos, precisamente en ellos, él se fundaba para sostener lo diametralmente opuesto, por una sola razón y una sola condición: las de manejar honestamente, con apego al método histórico y al afán de dar con la verdad, la *Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la Intervención extranjera*. Y eso fue lo que Fernando Iglesias Calderón hizo y dejó de hacer Francisco Bulnes: manejarla honestamente. Demostró a Bulnes reiteradas veces, siempre con los documentos en la mano, que los citaba incompletos, en aquella fracción que favorecía a sus previas conclusiones.

Atenido a la propia *Correspondencia*, señaló los errores de Matías Romero, al extralimitar sus funciones, contraviniendo las instrucciones expresas del gobierno de la República. Tal es el caso del nombramiento del general norteamericano Schofield. Lo que fue un error de Romero, lo convierte Bulnes en un acto del presidente Juárez.

No desestima Iglesias Calderón a su rival, Bulnes. Reconoce hasta dos veces, casi con las mismas palabras, sus merecimientos. No desconocemos, escribe en una de esas ocasiones —*Tres campañas nacionales y una crítica falaz* (1906)— las grandes ventajas que dan al señor Bulnes, en cualquier discusión, su inteligencia privilegiada, su ilustración enciclopédica, su elocuencia deslumbradora y su insuperable destreza en el manejo de la paradoja y del sofisma; pero sabemos también que, amparados por la Verdad y la Razón, bien podemos medir

nuestras armas con las del primer polemista mexicano. Esta declaración y reconocimiento indujo a Juan Pedro Didapp, extremando, naturalmente, la situación, a escribir que todo el libro de Iglesias Calderón era un panegírico de Bulnes, al que pretendía combatir y refutar. Y no hay tal. Engrandece a Iglesias Calderón reconocer el tamaño del adversario. Porque reduce el desentenderse y negar los colores de la bandera ajena. La verdad no pierde porque la diga el enemigo, porque la proclame hombre humilde y hasta el mentiroso. La verdad —lo dijo Sem Tob— no peca porque la diga judío.

Bulnes, por su parte, calificó de sólidos los trabajos de crítica histórica de Iglesias Calderón, y de ingenio sutil, a su autor. Lo que otros impugnadores de Bulnes no hicieron, pasando sobre ciertas cuestiones en las puntas de los pies, en ascuas, como por ejemplo, el convenio Schofield-Romero, o, más tarde, la Concesión Leese (1924), él, Fernando Iglesias Calderón, la enfrentó desafiando la autoridad de Bulnes al respecto, lo situó en su marco correcto, que Juárez y su gabinete jamás lo aprobaron y que Matías Romero, al concertarlo, se había extralimitado en sus funciones, transgrediendo las indicaciones al respecto.

Con la Concesión Leese hizo otro tanto. Contradijo a Alejandro Villaseñor y Villaseñor, quien en el propio año del centenario del natalicio de Juárez, y pese a que ya había sido desmentida hasta dos veces con anterioridad, volvió a la especie de que el presidente Juárez había vendido la Baja California.<sup>1</sup> En años más recientes Iglesias Calderón insistió en la Concesión Leese; en esta oportunidad se refirió a Victo-

<sup>1</sup>Alejandro Villaseñor y Villaseñor, *Obras. Estudios históricos*, Biblioteca de Autores Mexicanos, 58. México, Imp. De Victoriano Agüeros, 1907 (nota de Andrés Henestrosa).

riano Salado Álvarez, “un distinguido escritor, que no puede ser catalogado entre los malquerientes de Juárez y cuya buena fe heme complacido siempre en reconocer”; pero quien, durante su estancia en los Estados Unidos, halló y tradujo el prospecto en el que Jacobo P. Leese decía, falsamente, que su Concesión abarcaba la inmensa totalidad de la península. Es decir que se actualizó la consabida falsa especie de que el Benemérito de América había enajenado la Baja California. Reeditó los documentos relativos a la Concesión<sup>2</sup> acompañándolos de un estudio crítico-histórico, convincente como suyo, probando la absoluta falta de fundamento del tremendo cargo.

Como Francisco Bulnes quisiera compensar sus negaciones a Juárez exaltando a Matías Romero y a los soldados que luchaban en los campos de batalla, mientras Juárez y sus compañeros gozaban de la vida, Iglesias Calderón dedica —y esta es la razón de su prolijidad en *Las supuestas traiciones de Juárez*— larga página a mostrar las penalidades y riesgos, penurias y carencias, vigiliias y desvelos, la inteligencia y el celo del Triunviro durante la guerra.

De imprudente y desacertado califica Iglesias Calderón el Tratado McLane-Ocampo, como ya está recordado. Juárez, en aquella encrucijada histórica, ponderó todo, y guiado por sus conocimientos de la historia universal, y en el caso concreto la de México y la de Estados Unidos, dio el paso, cuya

<sup>2</sup>*La Concesión Leese*. Recopilación de documentos oficiales seguida de un estudio crítico-histórico por Fernando Iglesias Calderón. Advertencias de Antonio de la Peña y Reyes (Archivo Histórico Diplomático Mexicano, núm. 17), México, Publicaciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores, 1924 (nota de Andrés Henestrosa).

imprudencia y desacierto aminora, al decir de Iglesias Calderón, “la seguridad, existente ya cuando fuera pactado, de que a la Administración sudista de Buchanan sucedería en breve una Administración del partido del Norte, cuyo principal interés consistía en impedir toda anexión territorial por parte del Sur, para evitar que volvieran a predominar en el Senado sus enemigos políticos”. No se diga pues, que fueron causas fortuitas, la casualidad, cuando no la amistad y la benevolencia norteamericanas las que anularon el Tratado McLane-Ocampo. La guerra de Texas —la injusta guerra de Texas— produjo la Guerra de Secesión cuyas consecuencias no cesan, y se habrían agravado con el triunfo de los surianos.

La ley, la libertad, la independencia, no de México solo, sino del mundo todo; no sólo el de su tiempo, sino el de siempre, se pelearon y se defendieron en la guerra de México. Las de nuestro continente, por lo pronto. A eso aludía Juárez cuando escribió: “Es sensible el bombardeo de Valparaíso; pero en lo general es un bien para la América, porque afirmará para siempre la absoluta independencia de este continente del de Europa.” Y en otra ocasión: “Pluga a Dios que el triunfo de México sirva para asegurar la independencia y respetabilidad de las Repúblicas hermanas.”

No quería Iglesias Calderón, y en eso coincide con Carlos Pereyra, que fueran la admiración ciega, la adhesión partidista, el instinto al que aludió Bulnes, los que releven de culpa a Juárez, sino la crítica histórica, el fallo de la historia, armados y fundados en documentación científica. No el documento solo, sino el criterio con que se maneja, pues suele ocurrir que siendo verdaderos los documentos, la historia resulta falsa. Y

eso fue lo que Iglesias Calderón y otros historiadores hicieron para invalidar la aparatosa argumentación de Francisco Bulnes: manejar con criterio histórico los documentos.

Mucha insidia, mucha argucia, todos los recursos de la falacia y la sofistería se han usado para dar a la mentira apariencias de verdad en la lucha por derribar a Juárez del pedestal que le ha levantado la gratitud nacional. Los partidarios y defensores de Juárez, y más que sus defensores y partidarios, los amantes de la verdad, esto es, los historiadores, han tenido que desplegar una mayor habilidad, vigilia y entendimiento para atajar la falsedad y la patraña tan espectacularmente urdidas. Uno de ellos, tal vez el que mejor aprovechó el monte de papeles escritos al respecto, fue Fernando Iglesias Calderón.

Falseó Bulnes, y sus partidarios más. Si Bulnes dice que Juárez tuvo la intención de ofrecer parte de nuestro territorio, *El Tiempo* y Alejandro Villaseñor y Villaseñor dicen que lo ofreció a cambio del auxilio material de los Estados Unidos. El recurso de trasgiversar los textos, citarlos erróneamente, seguido por Bulnes, se hace sistema en sus émulos menores.

Todos los opositores de Bulnes coinciden en controvertirlo con sus propias palabras, errores, omisiones, contradicciones, a veces hasta en la misma página: Hilarión Frías y Soto, Carlos Pereyra, Victoriano Salado Álvarez, Adalberto Carriedo, Jesús Galindo y Villa<sup>3</sup> y, sobre todo, Fernando Iglesias Calderón.

<sup>3</sup>*La vieja controversia*. Galindo y Villa vs. Bulnes. Glosa y comentarios de Andrés Henestrosa. México, Talleres de Impresión de Estampillas y Valores, 1957 (nota de Andrés Henestrosa)



*Las Supuestas traiciones de Juárez* se reparte en cuatro capítulos: Cesión de Territorio. Generalísimo Americano. Antón Lizardo. El Tratado McLane. Cada uno de ellos representa en sí una obra. Por su carácter polémico, porque estuvo destinado a la mayoría de los lectores, está escrito con sencillez, sin que sencillez quiera decir abandono de la buena gramática y del rigor histórico; por la misma razón es disgresivo y abunda en divagaciones en apariencia, pero sólo en apariencia, ajenas a su asunto. Nada que pueda servir a sus fines desaprovecha Iglesias Calderón: las alusiones a las letras y a los autores de la antigüedad clásica, y toda otra historia y literatura, encuentran aquí acomodo, sin violencias ni estridencias. A todos los llama a cónclave y a concilio. Reclama las luces de todos, sin curarse de que sean autores famosos, y sólo si escribieron de buena fe. Maneja al dedillo la historia patria y está al tanto de la particular de otros pueblos, cuyos capítulos recuerda puntualmente, si de cerca o de lejos se relaciona con el tema que trata y se empeña en dilucidar y elucidar. Historiadores, tratadistas, juristas, literatos que nadie había llamado antes en su apoyo, él los aprovecha en la parte conducente. Aquella noticia perdida en algún libro olvidado, y que ninguno antes recordó o supo de su existencia, él la desentierra y la trae a cuento para que lo auxilie en la ingente tarea de echar por tierra el edificio de mentiras que la malicia, la ignorancia, la pasión de partido levantaron con tanta habilidad y odios.

Iglesias Calderón sólo por excepción pierde la compostura. A lo largo de centenares de páginas se mantiene ecuánime, respetuoso de la dignidad de los hombres, de su derecho a discrepar

y a pensar libremente, aunque en el ejercicio de esos sagrados derechos yerre. La mentira deliberada, la mala fe, lo sublevan y remueven sus naturales impulsos de levantar la voz, o proferir malas palabras. Pero se contiene: hace la guerra porque no la puede rehuir, la hace señor de sus pasiones, y hasta pudiera decirse que la hace con alegría. La figura paterna la preside todo. A él se vuelve cuando el enemigo, empeñado como él en ganar la partida, parece que gana terreno y le asiste la razón. Y esto es apurar los recursos de la lógica, aprovechar la erudición que con los años y los estudios ha acumulado, para salvar, de la aparente victoria del sofista, los fueros de la verdad, que es su arma ofensiva y defensiva: su espada y su escudo.

La autoridad suprema y más poderosa es Francisco Bulnes, para amigos y rivales. Sólo ante Bulnes inclinan la frente todos; lástima grande es que la razón no le asista. Todos coinciden en proclamarlo impar en el manejo de las armas todas de la polémica, con la sola objeción de que no las empleara en defensa de la razón, la verdad, la patria, de acuerdo con Iglesias Calderón. Aún hoy, como ante Lucas Alamán, muchos están de rodillas ante la inteligencia indiscutible de Francisco Bulnes. Se le reedita, se acude a su autoridad, inspira tesis profesionales, se le antologa. Con razón, sin duda, en más de un aspecto. Pero también autor, en gran manera poco conocido, pese a todo, es Francisco Bulnes.

No hay elogio que no se haya tributado a Francisco Bulnes, aunque tampoco denuesto que no se le haya endilgado. Los historiadores de nuestra literatura no han hecho otra cosa que repetir las alabanzas no sólo porque son incapaces de renovarlas, sino porque esas alabanzas coinciden y halagan frecuentemente

su personal punto de vista. Algo parecido con los dicterios, las diatribas y los denuestos que el polemista inspiró a sus enemigos ideológicos. La verdad es que los dos partidos pecan por exageración. Bulnes no era el soberano sofista, el portentoso erudito, el irónico sin segundo, el profeta, el espíritu intachable, la pluma insobornable, la inteligencia soberana, señor de la paradoja que creen sus partidarios; más que un erudito era un hombre de vastas lecturas y de memoria feliz, capaz de traer a colación un renglón suelto, un lugar de sus lecturas, si abundantes, desordenadas. Un hombre de ciencia, claro está que lo era. Francisco Bulnes se proclamaba liberal, pero daba gusto y halagaba a los del partido opuesto, que si leyeran sus obras no sería tanta su devoción por su genio y su figura. Y claro, está más cerca de los liberales que de los conservadores. Entonces, se preguntará, ¿por qué su obra está enderezada a acabar con la gloria de la cabeza más alta del liberalismo mexicano, Benito Juárez? Ahí reside, justamente, el conflicto para juzgarlo. Bulnes es un caso que sirve para ejemplificar y explicar otros de nuestra vida literaria. Cuando una clase social no tiene en sus filas un escritor que hable por ella, lo crea, lo paga, lo cultiva. Y eso fue lo que hizo Bulnes: habló más por los otros que por él. En la larga y vieja controversia que suscitó, más de una vez y más de un autor han recurrido a esa tesis para explicar el caso de Francisco Bulnes. Supuesta su buena fe, pudiera juzgarse la obra como una atrevidísima y muy estudiada travesura de ingenio; un esfuerzo de ingenio caprichoso y extravagante, escribió Ignacio Mariscal.

El libro en que se funda toda su fama, *El verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio*, contiene entre líneas más de un juicio acerca de la era porfiriana, o porfiriato, y acer-

ca de la clase conservadora, tan graves como los cien que creyó acumular contra Juárez y sobre la causa de la República, que es la del progreso en nuestros días. Pero la clase que le pagaba se lo perdonó, sólo porque por su pluma tomaba desquite y desahogo. Porfirio Díaz, conocedor profundo de los hombres y las cosas de su tiempo y de su pueblo, no; y es fama que le dijo a Bulnes cuando éste le ofreció un ejemplar del famoso panfleto, que esperaba que alguna vez escribiera otro que se llamara *El verdadero Díaz*. En efecto, Bulnes lo escribió. Y, ¿no hemos visto ya que Porfirio Díaz pidió a Fernando Iglesias Calderón que lo refutara, porque era el único que podía hacerlo con verdad?

*El verdadero Juárez* produjo una conmoción nacional, insístitimos. Centenares de artículos, folletos, libros, libelos, panfletos, salieron de nuestras prensas para atacar, sin lograrlo, aquel sacrilegio: un estado de ánimo previo y latente, el resentimiento de la clase vencida, encontró en las páginas de Bulnes su confirmación, aunque en la fila opuesta no causaron mella: la devoción juarista se afirmó, la estatua del héroe creció más de un palmo y se multiplicó al recibir del propio gobierno de Porfirio Díaz consagración nacional. Y se puede decir que el héroe y el patricio, el iconoclasta y el panfletario, quedaron frente a frente: el uno, con la Constitución y la bandera en las manos, y en los labios el himno; y el otro, con su libro en la mano. Al grupo, agréguese a Fernando Iglesias Calderón, autor de *Las supuestas traiciones de Juárez*, a la que jamás objetó Bulnes de manera sistemática, ni se confesó vencido, pese a la declaración de que lo haría si la victoria no quedaba de su parte: Y no quedó.

[Martes 18 de julio de 1972]

JUÁREZ  
EN MI ALMA





# LA SIMIENTE DE LOS GRANDES HOMBRES\*



MÉXICO SE apresta a celebrar durante este año algunas de las fechas más importantes de su historia, centenarios, cincuentenarios y aniversarios de nacimiento y muerte de algunos de sus hijos más esclarecidos, así en la política como en la literatura. En efecto, en este año se cumplen ciento cincuenta años del nacimiento de Benito Juárez, el centenario de haberse puesto las bases de la Constitución del '57, el cincuentenario de la muerte de Manuel José Othón, entre otras efemérides igualmente significativas en la vida mexicana.

Es saludable para la causa de la República, porque refuerza y renueva en el espíritu de nuestro pueblo el amor a la gloria que el gobierno, por medio de sus órganos respectivos, rinde a los héroes, que entre nosotros también lo es el escritor. Estos homenajes periódicos que por lo menos pueden suscitar en nuestra niñez y juventud un noble sentimiento de emulación.

La historia, el mito y la leyenda de los grandes son como el polvo a que se reducen las hojas y las flores que, mezclados a

\*Andrés Henestrosa, *Agua del tiempo*, op. cit., t. II, pp. 59-60.

la gleba local, prestan la arcilla con que se modelan los hombres futuros. Su nombre, su fama, su imagen agrandada por el tiempo, entran a formar lo que se diría la costra social de los pueblos, y comunican a los hombres que la pisan un efluvio, un calor, una vibración que, propagados por la naturaleza física y espiritual de las gentes, los van haciendo, acercando y modelando a la manera de los tipos ideales, de las figuras en que todas las mejores esencias de una tierra dada se han resumido. Quizá no otra cosa haya querido decir Fernández de Lizardi cuando escribió en su testamento y despedida que dejaba su cuerpo a la tierra, mientras sus otras sustancias se mezclaban con elementos ya vegetales, ya animales, para dar vida a una fragante rosa, a una hoja de hediondilla, o quizá a un filósofo... Si no fuere así, si la tierra de que están hechos los grandes hombres, si su historia, su fábula y su mitología no se repitiera en sus descendientes, uno no podría explicarse por qué sin que los hayamos conocido, con sólo oír el relato de su pasión y su aventura, un día nace en nosotros, sobre todo en la infancia, la decisión de repetir y emular la acción y la vida de los héroes locales y nacionales. Así ocurre con el nombre de Benito Juárez, por ejemplo. Su historia, su leyenda y su mitología, entran a formar parte del barro con que se fraguan los indios todos de México pero en los de Oaxaca principalmente. Lo que en verdad realizó y lo que la fantasía popular incorpora a los hechos de Benito Juárez, suelen ser incentivos en la conducta de muchos mexicanos. Mientras más lo pienso, más lo creo. No hay indio oaxaqueño que al salir de su tierra no sienta que sale aquella historia y aquella mitología, no sienta cómo el personaje bíblico sale en busca de una asna y vuelve



con un reino. Puede ser otro el camino que en la geografía se recorra, pero el horizonte, la lejanía es la misma: en el fondo se destaca el colegio, la presidencia municipal, el sillón del magistrado, la silla presidencial con la bandera y el águila caudal con una serpiente entre las garras. Y por alcanzarlo persiste, sufre y espera. A veces en broma, a veces en veras, he dicho que no otra cosa explica que sea el Estado de Oaxaca aquel que más municipios tenga: Como no pueden multiplicarse las presidencias de la República para satisfacer la aspiración de todos, nos hemos conformado con proliferar las municipales: en su ejercicio encuentra la inteligencia oaxaqueña satisfacción, halla el medio de compartir con Juárez algunos de los cargos previos al más alto de la patria, apacigua el tumulto de la espera, adquiere conformidad con lo alcanzado.

Por todo eso, ¿cuándo salió de Guerrero un niño bien nacido que no soñara que venía a repetir la leyenda y el mito de Ignacio Manuel Altamirano? ¿Hubo alguna vez un joven guanajuatense que no aspiró reencarnar a Ignacio Ramírez, el nigromante? ¿Hay un poeta joven en San Luis Potosí que no quisiera alcanzar el de Othón?

Pues esas son las grandes lecciones que dan estos homenajes y los beneficios que rinde. Parece imposible, entonces, que los actos que van a celebrarse en conmemoración de hechos y hombres de nuestra historia, no den el fruto que parece latir en ellos, igual que en la semilla late la plata, la flor, y el gran americano Rodó: poner en el alma infantil la simiente de una palabra oportuna.

*[Jueves 12 de enero de 1956]*



# JUÁREZ, VISTO POR DIEGO\*



MÉXICO ES UN país de tenaces contradicciones. Propios y extraños han señalado la increíble armonía de su ser: la transparencia del aire y la calígine de su trópico, el desierto junto a la superior fertilidad de la tierra, la miseria sobre la mina inagotable, el torrente y la sequía, el ahuehuate y el colibrí. Nada tiene de extraño que tal geografía contradictoria haya producido a un pueblo tierno y violento, sumiso y rebelde, justo y arbitrario, y que la historia de ese pueblo discurra a bandazos, de uno a otro extremo de la rosa de navegar; entre el ayer y el mañana, “entre la piedra y la cruz”, “entre la piedra y la flor”, haciendo su difícil camino con reflexión o con audacia, pero haciéndolo al fin, pues sólo con esta dinámica se cumple todo el destino luminoso y elegido.

Así, con la mano puesta sobre la entraña mexicana, es más fácil comprender a sus hombres y, sobre todo, a los patricios de nuestra nacionalidad. Si alguien representa, exacto y secreto, al pueblo mexicano, ese es Benito Juárez. Si de él hablamos todavía —y seguiremos hablando por siglos veni-

\*Andrés Henestrosa, *Agua del tiempo*, *op. cit.*, t. II, pp. 311-312.

deros— es por agradecimiento y por asombro; él nos dio estatura de nación y principios para regirla, y desde su humilde origen, fue cumpliendo misiones que parecen más desproporcionadas a la figura de cualquier hombre, si se recuerda el tamaño de los obstáculos y la escasez de los elementos con que contó en su época para vencerlos.

Juárez se me representa vivo como en ese retrato en que lo evocó otro mexicano fértil y contradictorio: Diego Rivera. La faz impasible y la mirada animada por la energía que procede de lo más hondo del ser; el modesto atuendo que simboliza al simple hombre y el porte con que dio lustre a todas las dignidades merecidas; la piel india y la inteligencia cultivada hasta la medida de la claridad y de la acción civilizadora. Al fondo, de un lado los elementos de la guerra y del otro, los del trabajo: la mansedumbre de los campos y el cometido elemental y eterno del sembrador.

Pero sobre todo, donde se enuncia con más exactos símbolos el carácter de Benito Juárez es en las manos, integradas a una composición geométrica donde opera el compás—instrumento dócil que da hasta la justa dimensión— y la escuadra, rígida limitación expresiva de lo que debe ser de una manera y no de otra alguna.

La mano izquierda en puño, como una roca en tensiones plurales y concéntricas, es la fuerza ordenada, sin furor ni ceguera; pero fuerza al fin y como tal, preparada para ser y para descargarse donde haga falta. La mano derecha, como un instrumento de transmisión y de diálogo, con la pluma en ristre, fuente de la verdad y de la ley. En una mano la flor, en la otra el látigo, como reza el aforismo zapoteca.

El látigo y la flor, el hombre y la estatua, así era Juárez. Muchos le han llamado “el impasible” —adjetivo que él se aplicó— por la figura que nos ha transmitido la plástica de su tiempo y la proseguida en tiempos subsiguientes. Acaso se ha pensado en la faz concentrada y segura con que recibía los reveses o se enfrentaba a los peligros decisivos para la patria. Acaso se le piensa también hermético ante el triunfo y las seguridades del porvenir que en tan gran medida contribuyó a legarnos.

Pero hay también el otro Juárez, el de la pluma en la mano, el padre que no se avergüenza de llorar por sus hijos perdidos mientras dilucidaba uno de los capítulos más angustiosos de nuestra historia por esos campos. Ese es el Juárez del ideario sereno, el de la justicia sin guerra, el que consigna con primor el decálogo de la Reforma sobre las tablas de la ley.

Que así nos quede Juárez, recordado y como vivo, expresión de todas las virilidades y todas las ternuras del pueblo mexicano.

*[Miércoles 5 de febrero de 1958]*



## LOS “APUNTES” DE BENITO JUÁREZ\*



HASTA TRES veces, según creo y hasta donde mis noticias lleguen, se han publicado los *Apuntes para mis hijos*, de Benito Juárez. Y, sin embargo, puede decirse que permanecen inéditos, dado que las ediciones referidas, por estas o aquellas circunstancias, no han llegado a manos de la mayoría de los lectores mexicanos. La de José Manuel Puig Casauranc (1928), incluida entre las cartas que Juárez escribió a su yerno Pedro Santacilia, tuvo escasa circulación y es ahora una rareza bibliográfica. Por el volumen en que los apuntes aparecen —Archivos privados de D. Benito Juárez y D. Pedro Santacilia—, y que iba a ser el primero y los siguientes nunca aparecieron, no podían aspirar, por su carácter histórico, a ser leídos por la juventud mexicana, a la que en esencia estaban dedicados los apuntes autobiográficos del hombre de Guelatao. Una más, de tan lamentable factura, que más vale no recordar, sino sólo decir que debió evitarse su circulación, así fuera escasa, por su propio autor. La tercera edición de los *Apuntes* (1964), inicia el tomo primero de los *Documen-*

\*Andrés Henestrosa, *Agua del tiempo*, op. cit., t. II, pp. 86-87.

*tos, Discursos y correspondencia de Benito Juárez*, publicados por Jorge L. Tamayo. Es edición cuidadosa, fiel a su original, salvo en contadísimas ocasiones. Este debió ser el texto que llegara a los mexicanos: a los niños y a los jóvenes y a los hombres. Porque fue escrito para todos. Pero por razones similares a las que redujeron el provecho de la edición de Puig Casauranc, sólo favoreció a historiadores, a estudiosos de la historia nacional, a curiosos y eruditos. Por lo menos, en términos generales.

No ha sido, pues, un extremo, afirmar que la obra de que nos ocupamos permanece inédita. Y que hace falta, ahora que va a celebrarse el centenario de la muerte de Juárez, una edición popular, sin que popular quiera decir otra cosa que al alcance de todos. Una edición con prólogo, notas, referencias, síntesis biográficas de todos los autores mencionados. Un carácter didáctico no le pudiera faltar. Hasta podrían establecerse las lecturas de Juárez, las alusiones, ya claras, ya veladas; ya cercanas, ya remotas, a autores que leyó cuando pupilo de Salanueva y cuando alumno del Instituto. Por cuanto al texto, el establecido por Jorge L. Tamayo, pudiera servir. La nota introductiva con que lo presenta, también. En este sentido se tiene andado ya medio camino.

Juárez fue hombre de pocas palabras. Quien aspire a ser escuchado, hable poco. Y si aparecen abundantes sus papeles, es porque fue muy larga su acción y tuvo mucho que informar, que anunciar y que explicar. Sus palabras eran presagio y corolario de sus acciones. Pocas veces se refirió a sí mismo. Pero no quiso dejar desconocidos sus primeros pasos, su cuna, su orfandad, el telar de sus desdichas; por lo



que tenían de enseñanza y eran acumulación de experiencias, suma de errores y aciertos, que hay que evitar y hay que aprovechar, según el caso. Extraña que los haya titulado “apuntes” cuando pudo llamarlos “consejos”. La noticia autobiográfica sólo abarca hasta el año de 1857, es decir, hasta que salió, para no volver, de Oaxaca. Sin embargo, existe otro pequeño relato, escrito en ocasión de haberse publicado la biografía de Juárez por Anastasio Zerecero. Este y otros textos, que pudieran ser desglosados de otros documentos, formarían parte de esa edición de los *Apuntes para mis hijos*, que aquí considero indispensable.

Largo y difícil el camino de Juárez. Pero nunca, ni en la noche más cerrada y prieta, erró el rumbo ni renunció a los sueños que forjó en sus soledades. Se sabía destinado a grandes cosas, aunque no supiera cuáles fueran. Mientras cuidaba el rebaño, vislumbró en el horizonte incierto la razón de su vida, tuvo, así fuera vaga y confusa, la conciencia de su predestinación. Todo eso se ve entre líneas en su autobiografía —lástima que trunca—. Por eso reclamamos y proclamamos necesaria una edición aparte y cuidadosa de los *Apuntes*. México y el mundo necesitan conocer las peripecias de una vida, de un hombre que de la nada llegó a todo, hasta la suprema gloria de salvar a su patria. Mucho hay que aprender de Juárez. Los pueblos que ahora luchan y mueren por defender su libertad y su independencia, tienen en este indio, un ejemplo. Llegada es la hora de darlo a conocer a todos los hombres.

[Jueves 18 de marzo de 1971]



# PAN Y ESCUELA PARA LOS INDIOS\*



EN JULIO DEL año próximo, como muy bien lo saben los lectores, hará un siglo de haber muerto Benito Juárez. El año de 1972 será, pues, el Año de Juárez. Así acaba de anunciarlo el Presidente de la República, en su mensaje del día primero. De hecho, ya se trabaja en las próximas conmemoraciones: el día 21 de marzo, al cumplirse uno de los aniversarios del nacimiento del hombre de Guelatao, quedó instalada la junta de esos festejos, que consistirán en la publicación de obras que traten de la vida, la obra y el tiempo de Juárez, es decir, de un capítulo de la historia nacional. Lo dijo Altamirano: mantener viva en el espíritu de los pueblos la memoria de los hombres a quienes deben su libertad, es un deber de patriotismo y de gratitud para los ciudadanos y una necesidad política para los gobiernos. Así es. Y no es otra la mente del Primer Magistrado de la Nación, al instituir como de Juárez, el año que viene.

La estatua de Juárez no deja de crecer. Su nombre puede ser invocado y de hecho se le invoca, en todo el mundo, sobre

\*Andrés Henestrosa, *Agua del tiempo*, op. cit., t. II, pp. 117-118.

todo en estos tiempos en que los pueblos luchan por su libertad, en contra de la fuerza con que los poderosos disfrazan el derecho. Aquí, en México, será ocasión de presentar su vida, escritos y acciones, como modelo a seguir. Mucho en este hombre parece providencial. Indio, que es como decir pobre, ignorante, olvidado, pospuesto —marginado se dice ahora en una suerte de piadoso eufemismo—, subió de la nada a todo, que eso —todo— ha de ser el privilegio de gobernar un país, buscarle bienestar, honrarlo, y, en el caso de Juárez, defenderlo de la voracidad extranjera. Indigente, ¿quiere decir india gente? “Indiapendencia”, creía el general Heliodoro Charis que era la voz correcta; la pendencia, la lucha india por su libertad. Juárez fue el indio, el indigente que vino a probar que ninguno es más que otro si se le ofrecen los medios para instruirse, para que su mundo crezca, para que abandone la aldea. El es uno de los que han enseñado que no hay razas superiores, que abatió el orgullo de los hombres blancos, que escuchó impasible los ruegos y las amenazas de los poderosos y blandió sobre sus cabezas la espada del derecho.

Demos al indio escuela y lo demás le vendrá por añadidura. Démosle pan, salario regular y constante, y él se encargará de instruirse, sin ley que lo obligue. Pero todo hoy, no mañana.

Cuando Ralph Roeder hizo su testamento —y es aquí donde yo quería llegar—, dejó a México como su único heredero: una regular suma de dinero y en valores, sus derechos de autor y un libro inédito. Con esos dineros, los valores, las regalías, fue su última voluntad que se reforzara alguna institución de beneficencia de Oaxaca, tierra una de las más ne-

cesitadas de este tipo de auxilios. Pero ocurre que en Oaxaca no hay instituciones de beneficencia, acaso porque todo el Estado lo es. Don Benito Noyoa, albacea de la testamentaria, me preguntó en una ocasión —así creo recordarlo— qué otro destino podría darse al legado. Aconsejé que con él —se entiende que con el legado—, podrían crearse becas para jóvenes indígenas, que hubieran terminado con buen éxito su instrucción primaria. Los réditos de aquella suma —cerca de un cuarto de millón de pesos— alcanzarían en mi entender para becar a algunos estudiantes oaxaqueños, no geniales, pero sí que algunas muestras de carácter hubieran manifestado en las aulas. Con ello, la memoria de Juárez y de su biógrafo, Roeder, estarían satisfechas.

Ignoro el paradero del legado. ¿Se cobran los derechos de autor de Ralph Roeder? ¿Se trabaja en la reedición de alguna de sus obras? ¿Se llevó adelante el volumen en que se reunieran algunas de sus mejores páginas? Dudo que algo se haya hecho en ese sentido. Y esta es la hora, no sólo de traer a cuento esta historia, sino de promover lo que sea necesario para que la herencia de Roeder se aplique al fin que lo destinó en su testamento.

Ahora que muchos indios oaxaqueños no alcanzaron inscripción y beca, ¿no es el tiempo de favorecerlos con el legado del autor de *El Hombre del Renacimiento*? Yo creo que esta es la hora.

[Jueves 9 de septiembre de 1971]



# MITOLOGÍA DE JUAREZ\*



LA HISTORIA, el mito, leyenda y fábula de los grandes hombres, son como el polvo a que se reducen las hojas y las flores, que mezclados a la gleba local, forman la arcilla con que se modelan los hombres futuros. Su nombre, su fama, su imagen, agrandados por el tiempo, constituyen lo que sería la costra espiritual —costra social la llamó Joan Maragall— de los pueblos, y comunican a los hombres que la pisan un effluvio, un calor, una vibración que propagados por la naturaleza física y espiritual de las gentes, las van haciendo, acercando y modelando a la manera de los tipos ideales, de las figuras en que todas las esencias de una tierra dada se han resumido.

Si no fuera así, no podría explicarse por qué sin que los hayamos conocido, con sólo oírles la historia y la mitología, la fábula y la leyenda, un día nace en nosotros, sobre todo en la infancia, la decisión de repetir y emular la acción y la vida de los héroes locales y nacionales. Y viene a cegarnos como un anticipado relámpago una racha de la gloria que casi siempre la vida no deja alcanzar. Lo que en nada reduce el valor

\*Andrés Henestrosa, *Los caminos de Juárez*, op. cit., pp. 55-63.

y la virtud de aquella iluminación, de aquel ensueño. Porque nada existió si de antes no se tuvo su anuncio, su presagio.

Así ocurre con el nombre de Benito Juárez. Su historia, su leyenda, su mitología, su fábula, entran a formar el barro con que se fraguan los indios todos de México, pero en los de Oaxaca, principalmente. ¿Qué indio oaxaqueño, al salir de su tierra no sintió que venía a repetir la historia y la leyenda de Benito Juárez? ¿Quién es aquel que no piensa que sale en busca de una asna y que volverá con un reino?, ¿que se le extravió una oveja y que ese hecho humilde y fortuito lo llevará a la gloria? Mientras más lo pienso, más lo creo. Puede ser otro el camino que en la geografía se recorra, pero el horizonte y la lejanía son los mismos: en el fondo destaca el colegio, se levantan el palacio municipal, el sillón del magistrado, la silla presidencial con la bandera y el águila caudal con la víbora eterna entre las garras. Y por alcanzarlo persiste, persevera, sufre y espera.

¿Cuándo salió un guerrerense de su costa, de su tierra caliente, sin sentir que iba a la capital a repetir la historia, que parece mitología, de Ignacio Manuel Altamirano? Nunca. ¿Cuándo de San Miguel de Allende, sin sentirse la reencarnación de Ignacio Ramírez? Jamás. El orador, el poeta, el erudito que cada uno de ellos fue, es algo así como una fuerza que empuja por los talones, y obliga a estar de pie. Y quién sabe si el dolor de no ser lo que esos hombres fueron, ayudara a explicar la rebeldía, el resentimiento de sus descendientes, de sus actuales conterráneos. El abandono y postulación de Oaxaca y de Guerrero, ¿no explican y justifican la tristeza y rebeldía de muchos de sus hijos actuales?



Los homenajes a Benito Juárez en este año que se le consagra, tienen y tendrán frutos ciertos. No hay mexicano ya, desde el niño hasta el anciano, que no sepa y recuerde ahora, que entre el hombre blanco y el hombre cobrizo, entre el pobre y el rico no hay diferencias esenciales en lo que toca al espíritu. Todos, por virtud del alfabeto, por razón de la perseverancia, pueden bajar de la montaña y escalar dignidades, magistraturas y alcanzar fama, gloria y nombre inmortal. Los niños indios de todo el mundo, los huérfanos de la tierra, los esclavos, los negados de razón y de alma ya saben que de la nada se puede llegar a todo: que la acción vence al destino, que el amor a la justicia, a la independencia, a la libertad y a la patria, obra milagros. El pastor de ovejas puede llegar a pastor de hombres.

Hace cien años de su muerte. Y como otros grandes hombres, al morir dejó polen, simiente, luz, idea, ejemplo. Y no morirá del todo: mientras haya en el mundo injusticias, miseria, ignorancia, niños a quienes se niegue razón, que hablen lengua india y aprendan el idioma nacional, que se manumitan de la doble esclavitud del alma y del cuerpo; mientras eso exista, vivirá Benito Juárez. Y de aquí a otros cien años acaso ni se sepa dónde nació, ni cuál su patria, y, acaso, hasta se ponga en duda su existencia real: de tan prodigiosa, parecerá invención del hombre que no puede vivir sin modelos, ejemplos, dechados. Que para creer en un hombre y seguirlo, tiene y necesita deificarlo antes.

La leyenda juarista es muy rica. Tanto como su historia. Y las dos se confunden. Porque es claro que la leyenda, el mito y la fábula son también maneras de la verdad. Nacen de

la verdad. Un hombre que lleva al cabo hazañas legendarias, es, virtualmente, capaz de realizarlas fabulosas, mitológicas y legendarias. En vista de lo que realizó, se le pueden atribuir hasta hechos imposibles.

¿No es una hazaña que un niño de doce años, sin consejos y sólo por virtud de la osadía abandone su pueblo, su casa, sus compañeros y amigos, y marche a una ciudad lejana, a pie, con la generosa ayuda de nadie?, ¿no es hazaña que quien nace al ras del suelo, escale cumbres?, ¿no hay un símil sutil en bajar de la montaña y escalar la gloria y la inmortalidad? De ahí al mito de que pasó toda una noche, barquero en esa suerte de chinampa, desprendida de las márgenes del lago nativo, para llegar por fin a tierra, no hay más que un paso.

Los historiadores no han desdeñado la contribución del poeta anónimo; del ignoto autor de leyendas, en la redacción de la biografía y de la historia juaristas. La palabra del pueblo, como lo dice la sabiduría popular, es palabra de Dios, es decir, verdadera. Toda palabra que nace del corazón, de la mente del hombre por una necesidad imperiosa de expresión es más tarde o más temprano, a derechas o a torcidas, a golpe o a contragolpe, palabra verdadera. ¿Quién puede quitar de la mente del niño que leyó o escuchó estas leyendas, la certeza de que son cosas ciertas? Por otra parte, nuestra historia registra nombres de héroes, mártires, soldados, que son al propio tiempo históricos y legendarios. ¿Quiéren ejemplos? Hidalgo es histórico. Morelos, histórico y legendario. Mina es legendario a la vez que histórico, como lo es Guadalupe Victoria. Que el mito va contra la verdad, puede ser; pero

para el pueblo tiene toda la fuerza de una verdad, lo atribuye sólo a aquellos que lo merecen, que fueron capaces de hazañas que son sólo productos de su fantasía, pero que sin ellas, no les levantarían altares y estatuas.

Muchas razones se han propuesto para explicar la huida de Benito Juárez de San Pablo Guelatao. Una, era su sed de saber. Otra, era que en la soledad de los campos, mientras pastoreaba al rebaño, vio en el fondo del oscuro y remoto horizonte la llama de la gloria. No faltan los que aseguren que fueron los rigores del tío bajo cuya tutela quedó al morir sus padres, los que lo impulsaron a fugarse de su tierra. La pérdida de una de las ovejas del rebaño le produjo tal terror que prefirió arrostrar todos los peligros y todas las penurias con tal de evitar el posible castigo. No ha faltado enemigo de Benito Juárez que asegure que no hubo tal pérdida de la oveja, sino que el pastor la vendió a unos arrieros. No falta tampoco quien afirme, justamente ateniéndose a sus hazañas y conducta de hombre, que la obsequió a una partida de insurgentes que remontó la sierra que ahora lleva su nombre.

Benito Juárez, niño, tuvo un amigo y compañero, llamado Apolonio Conde, sólo una vez mencionado en la leyenda juarista, y en la historia juarista. Éste fue, para un autor, el del hurto y venta de la oveja, que luego atribuyó a Juárez, obligándolo a huir. Don Justo Sierra no desdeñó la conseja según la cual no fue una oveja la que robó Juárez, sino unos elotes, que no puede haberlos en la sierra en el mes de diciembre.

La leyenda más socorrida, aquella más persistente, sin embargo, es la de la pérdida de una pieza del rebaño que

estaba a su cuidado, y el temor al castigo del tío, al que Juárez relevó siempre del dictado de hombre cruel. Y si la oveja no se hubiera extraviado, vendido, robado, regalado, ¿qué hubiera ocurrido? No habría Leyes de Reforma ni segunda Independencia, dice Juan de Dios Peza. Tal vez exagerara el poeta. Si la oveja no se pierde, la humanidad se hubiera perdido de un ejemplo, de un modelo y de un dechado. Los que viven opresos, de un hombre que ha enseñado al mundo a defender y alcanzar la libertad. El indio de México, de uno que viniendo de la más extrema pobreza, de la ignorancia más completa, del desamparo más doloroso, le dice cómo redimirse y ese es el Benito Juárez que nunca morirá.

Tras de narrar la anécdota en que Miguel Méndez anunció la futura grandeza de Benito Juárez, y obtener de ella una lección permanente, Justo Sierra escribe: “Yo no creo en la exactitud ni de ésta ni de ninguna otra anécdota; pero, inventada después, guarda el eco de una impresión, la de que aquel sometido erguiría la cabeza, la de que aquel lacónico hablaría. Juárez habló; su elocuencia nunca estuvo en las palabras, estuvo en los actos y fue formidable.”

Pese a las palabras del maestro, que sin embargo recordó y ponderó más de una de las anécdotas que Benito Juárez inspiró, hay que creer en las que contienen una partícula de verdad, que luego el amor, la piedad y la fe de los pueblos vienen a dar carácter de cosa cierta, de suceso real.

Hay que interesarse por las anécdotas, escribió Alfonso Reyes. Lo menos que hacen es divertirnos. Nos ayudan a vivir, a olvidar, por unos instantes: ¿hay mayor piedad? Pero, además, suelen ser, como la flor en la planta: la combinación

cálida, visible, armoniosa, que puede cortarse muy bien con las manos y llevarse en el pecho, de una virtud vital.

Yo gusto de las anécdotas; cuando están bien referidas, y contienen aquella partícula de verdad que se ha dicho, entretienen, divierten, instruyen: suelen inspirar grandes acciones y se convierten en herencia cívica de las colectividades.

Puede no creerse en las anécdotas, pero no en la singularidad de los hombres que las inspiran: el arquetipo que en la anécdota se concreta. Yo creo en todas las anécdotas juaristas, hasta en aquella que más inverosímil pudiera parecer. Porque de no ser así, tampoco creería en su grandeza, que se apoya en los hechos reales, en aquellos que verdaderamente realizó.



## JUÁREZ EN EL HABLA COTIDIANA\*



HACE ALGÚN tiempo me propuse reunir algunas de aquellas expresiones en que se encontrara el nombre de Benito Juárez, no sólo como mera curiosidad folclórica, sino para establecer la huella que su nombre y sus acciones han dejado en la mentalidad mexicana. No hablo ahora de las leyendas que corren con su nombre, y que nacieron cuando aún vivía, sino de lo que después de muerto, cuando ya su nombre era parte de la herencia colectiva, inventó el pueblo en dichos, dicharachos y frases familiares. Algunas de esas expresiones no son a veces del todo respetuosas, pero se encubre tan bien su sentido, que a más de ingeniosas, vienen a ser también signos de admiración. No puede reproducirse aquí alguna que sirviera de ejemplo, pero estoy seguro de que todos la recuerdan. Es aquella que reúne a los nombres de Juárez y de Limantour, el famosísimo ministro de Hacienda de Díaz; célebre, pero no tanto como para equipararse con don Benito, en el sentido del dicho que recuerdo.

\*Andrés Henestrosa, *Agua del tiempo*, op. cit., t. II, pp. 122-123.

Las otras son más sencillas y pueden entrar a la casa de todos, y de hecho allí están, en nuestro lenguaje diario. “A mí me hace lo que el aire a Juárez.” Y si el interlocutor pregunta qué fuera lo que le hizo, se agrega: “No más le ladeó el sombrero.” Con lo cual quiere ponderarse que contra el gran oaxaqueño, nada se puede. Cuando cruzó las desiertas soledades del norte, el “norte” no le hizo nada, no alteró su dignidad, no descompuso su indumentaria; sólo el sombrero de copa, por un instante pareció que perdía el equilibrio.

Una que recuerdo más sencilla, más coloquial, y la he oído en el Bajío, nunca en otros lugares, en esta ciudad, por ejemplo. Preguntaba yo una vez a una muchachita en Aguascalientes por un sitio al que tenía necesidad de visitar. Levantando la mano, dijo: “Queda hasta casa de Juárez.” No entendí muy bien. Pensé de momento en que se trataba de algún señor con ese apellido que viviera por allí. Sonrió la niña y agregó: “No señor. Quiero decirle que el lugar está muy lejos de aquí; muy alto, vamos.” Yo me quedé pensando en que realmente la casa de Juárez está muy lejos: en Guelatao; muy alto, muy encumbrado, en un lugar muy difícil de llegar; en el cielo, vamos.

Cierto día, mientras recorríamos un penoso camino de Oaxaca, uno de mis compañeros, ante la majestuosidad de la sierra y porque todo el ámbito estaba lleno del nombre de Benito Juárez, recordó otra de esas expresiones, esta vez en verso. Supone la cuarteta que el indio de Guelatao abandonó su pueblo, y el lago de su pueblo, harto de padecer miserias y abandono. Y al formular la cuarteta se hizo el propósito de no volver jamás a su tierra, cosa que en verdad ocurrió: nun-



ca volvió a Guelatao; jamás a la ciudad de Oaxaca, después de que la abandonó a fines de 1857. De los cuatro versos, sólo estos dos pueden transcribirse:

*Adiós, Guelatao querido,  
de tus montañas me alejo...*

En la ocasión recordada, se inauguró la presa que lleva el nombre del patricio. Preside esa grandeza, su gran estatua. Sobre el pedestal se encuentra grabada una de sus sentencias, ya retocada por la voz popular, convertida ya en parte del acervo literario de los oaxaqueños. Es aquella que comienza así: “Todo lo que México no haga por sí mismo para ser libre...” El texto se aparta del original, lo altera, lo aleja un poco de su recto sentido. ¿Qué fue lo que ocurrió? ¿Se trata de una transcripción errónea? Tal vez fuera mejor pensar que el funcionario oaxaqueño que la señaló y que la dictó, la repitió de memoria, tomada de la fuente oral, que ya registra la colaboración popular.

Porque eso es lo que ha ocurrido con el señor Juárez: se ha hecho un personaje legendario, se le atribuyen hechos que no realizó, palabras que no dijo, pero que pudo realizar y decir. Esos hechos, esas frases, esas anécdotas, acaban de configurarlo. Se retocan sus escritos, se ponen en boca y pluma de otros: son propiedad colectiva.

¿Cuántas más expresiones que contengan a Juárez existen que no conocemos? ¿Cuántas más se irán inventando?

*[Jueves 7 de octubre de 1971]*



# JUÁREZ EN EL GRITO\*



LAS COSAS tienen su tiempo, tienen su hora, llegan puntuales: ni temprano ni tarde. De esa manera, le tocaba al presidente, licenciado don Luis Echeverría, que ha instituido el Año de Juárez agregar su nombre a los vítores a los pobres de la patria. Muchos mexicanos esperaban, estaban ciertos de que eso iba a ocurrir. Cuando el actual Presidente de la República inició su campaña política para la primera magistratura, proclamó a Benito Juárez su numen y su guía. En sus discursos, ya expresa, ya entre líneas, cita y alude al ideario juarista. En sus acciones y en su conducta ciudadana y de gobernante, hay un reflejo de la admiración que profesa al ilustre reformista mexicano, y hay una evidencia de que no olvida y tiene pendiente que lo proclamó numen y guía.

Nadie extrañó que a los vivas a Hidalgo, Morelos, Guerrero, se agregara el vítor a Benito Juárez: ya era el tiempo, había llegado la hora. Juárez ya está reconocido universalmente como un libertador, como un reformista y un hombre de Estado que puede resistir la comparación con otros

\*Andrés Henestrosa, *Agua del tiempo*, op. cit., t. II, pp. 192-193.

próceres de la humanidad. ¿No se le viene llamando desde su tiempo padre de la segunda independencia, siendo Miguel Hidalgo el de la primera?

El mundo de hombres que se congregó en la Plaza de la Constitución, o el zócalo, frente a Palacio, la noche del 15 de septiembre, respondió al ¡Viva Benito Juárez!, en una sola e inmensa voz, cuyo eco aún no se apaga en la extensión de la República. Esa fue la mejor evidencia de que ya estaba en el alma mexicana la necesidad de agregar el nombre de Juárez a los vítores nacionales. Y esa, también, la prueba de que el Presidente de la República interpretara con fidelidad el sentimiento nacional.

En Oaxaca, de unos dos lustros a esta parte, que yo recuerde, el viva a Juárez se agregaba al Grito, no por el gobernante ni por los alcaldes, sino por el pueblo, que al final, como reclamándolo y como si lo considerara un olvido, agregaba el nombre en la nómina de los patricios. Es decir, que para los oaxaqueños, para la patria chica, el voto del pueblo se manifestó no como una anticipación, sino como un resultado natural de la historia misma de Juárez: la provincia primero, la metrópoli después, y ahora la patria entera: la suma de las provincias es la patria.

La República entera está de pláceme por el acontecimiento de la noche del Grito, pero lo está más Oaxaca, que en su amor al indio de Guelatao, cree que por fin se le escuchó, que el Presidente de México satisfizo su voluntad. Legítimo orgullo y legítima creencia. ¿Quién pudiera tacharlo de error? Ayer una mujer del istmo lo proclamaba orgullosa. Fue necesario, decía, que llegara a la Presidencia de la República don

Luis Echeverría, quien en su discurso de Juchitán, cuando candidato, se dijo oaxaqueño de Tehuantepec, mejor aún, oaxaqueño de Juchitán, para que se reconociera que Oaxaca tenía razón al reclamar que el nombre de Benito Juárez se agregara a la lista de los padres de la patria mexicana. Tan entusiasmada estaba, tal era su fervor, que muy bien pudiera decirse que por su boca hablaban todos los mexicanos.

La aceptación unánime de los acontecimientos de la noche del 15 de septiembre, es otra de las corroboraciones de que Benito Juárez ha triunfado, aun de los que llamándose revolucionarios, pertenecer al gobierno, les parece excesivo un año de celebración. La explicación de este sentimiento parece obvia: es la ocasión que encuentran de manifestarse independientes de alguna manera; de reclamar a Benito Juárez que no haya establecido el soviet y la dictadura del proletariado; ellos que se desgañitan por Rusia, Cuba, Vietnam, como si la lucha de Juárez no hubiera sido la misma que de esos pueblos: la lucha contra el poder extranjero, contra el imperialismo, contra la esclavitud: la eterna lucha del hombre por la libertad y la paz.

Las cosas tienen su tiempo y tienen su hora: era don Luis Echeverría quien tenía que rendir este máximo homenaje a Benito Juárez, padre de la segunda independencia.

*[Viernes 22 de septiembre de 1972]*



# EPISTOLARIO DE JUÁREZ\*



CULMINA EL Año de Juárez. La cosecha bibliográfica ha sido magnífica y abundante, sólo comparable a la del año de 1906, cuando por virtud del centenario de su nacimiento, pero sobre todo por el libro de Bulnes, escrito con el avieso fin de destruirlo, se hizo de Benito Juárez la primera revaloración; y ese fue el verdadero fruto del panfleto de Francisco Bulnes. En efecto, se escribieron para refutarlo, centenares de artículos, docenas de libros y monografías, algunos muy bien documentados, verdaderos textos históricos. Porque no hay que olvidar que la mayor parte de las réplicas a Bulnes eran más bien desahogos, injurias, insultos y diatribas, con lo que se ponían sus autores al parejo con él y le daban fáciles victorias. Si la controversia se fundara en las tales réplicas, la razón hubiera quedado del lado y de parte de Bulnes, quien aunque volvió al daño con un nuevo libro, no logró superar la apariencia de verdad con que armó *El verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio*, pues en *Juárez y la revolución de Ayutla y la Reforma*, no hizo otra cosa que

\*Andrés Henestrosa, *Agua del tiempo*, op. cit., t. II, pp. 202-203.

reiterar los argumentos anteriores con alguna que otra nueva especie, y refutar a sus adversarios. Refutarlos que no vencerlos.

No es del todo ocioso insistir en Bulnes, a quien todos coinciden en proclamar polemista formidable, sabio, en el manejo del silogismo y los sofismas, aunque también todos, amigos y enemigos, coinciden en considerarlo un panfletario siempre dispuesto a recurrir a todas las argucias si ellas favorecían sus preconcebidas conclusiones. Bulnes y *El verdadero Juárez*, tienen una gran semejanza con Ramón Menéndez Pidal y Fray Bartolomé de las Casas: ambos autores procedieron con encono, con máxima habilidad, con una pasión que no permitió que la verdad guiara el alegato: ambas obras, pasado el primer deslumbramiento que produjeron, se les vieron las fallas y los lunares. De autores y libros sobrevive su soberana, pero falsa argumentación. Sus autores nada ganaron: Juárez y Las Casas siguen de pie.

Pero volvamos al *Epistolario de Benito Juárez*, una de las piezas bibliográficas juaristas de este año centenario. Ha sido preparado por Jorge L. Tamayo, que como recordará el lector, seleccionó, prologó, anotó, puso en su justo marco una inmensa copia de documentos, discursos, cartas, proclamas, arengas de Benito Juárez, en quince gruesos volúmenes. Muchas de las piezas que integran el *Epistolario* aludido, se encuentran en esos tomos, pero otros muchos son nuevos, recientemente descubiertos, porque hay que decir que Tamayo no ha puesto punto final a su investigación juarista, ni cree haber dicho la última palabra acerca del personaje, quien en virtud de estos documentos reunidos y publicados, ya no es



exactamente el Juárez del pasado, el tradicional: sin reducirse su figura, se aparta un poco de ella, mejorándose.

La que ahora comentamos es la gran segunda edición del *Epistolario*, enriquecido con nuevas piezas, los *Apuntes para mis hijos*, ya aliviado de algunas erratas que se habían venido colocando en ediciones anteriores. Sin embargo, a nuestro entender, no es esta la edición que reclaman los *Apuntes* de Juárez. Precisa una edición popular, de gran tiraje, con notas, referencias que, a más de que aseguren su acceso a un mayor número de lectores, permitan establecer la formación intelectual de Juárez, aclaren las cosas sólo a medias o entre líneas dichas. Incorporados los *Apuntes* al *Epistolario*, por otra parte, reduce, por virtud de su costo, el monto de sus lectores: el lector normal, ese al que no hay que perder de vista, no puede, en términos generales, adquirir obras de alto costo, como es el caso presente. Hace falta de verdad una edición popular, con decoro tipográfico, con notas como las que Tamayo pone a estas varias veces aludidas. Es verdad que existe una que satisface la condición popular, pero contiene tales descuidos que más valiera retirarla de la circulación.

¿Por qué, Jorge L. Tamayo, no pensar en la edición que aquí se alude?

[Viernes 24 de noviembre de 1972]



## DEL ENCUENTRO ACADÉMICO\*



NOS PREGUNTA un lector, al que queremos suponer real y de buena fe, si a nuestro parecer reporta alguna utilidad el reciente Encuentro de Académicos de la Lengua promovido por Televisa. No es esa la única pregunta; hay otras varias, siendo la más señalada la que se refiere a la manera de cómo aprendí el español que hablo y que escribo. Trataré de darle respuesta satisfactoria. A la primera pregunta, ya la contesta el propio lector, mi corresponsal: el hecho de que la formule y lo inquiete, ya es señal de que alguna importancia tuvo el Encuentro referido. Se advierte que nuestro lector siguió paso a paso el programa de la reunión académica. Alude a casi todos los que en ella intervinieron y se refiere en líneas generales al tema de la intervención de cada uno. De Dámaso Alonso, de Germán Arciniegas, de Agustín Yáñez y de Atila Deloro, habla en extenso. Ese hecho —seguir el programa de trabajos— es otra prueba de su interés y de la importancia del suceso académico. ¿De acuerdo, amigo lector?

\*Andrés Henestrosa, *Agua del tiempo*, op. cit., t. II, pp. 246-247.

La otra es algo más arduo y difícil de contestar. Sin embargo, lo intentaremos, basados en nuestra propia experiencia, tal y como el mismo lector lo sitúa. Mi idioma de origen, bien lo saben algunos, no fue el español castellano, sino el zapoteco. No es que no hablara yo para nada el español antes de salir de mi tierra, sino que lo hablaba mal, sin regla, lo que es, estrictamente, no hablarlo. Así ha de entenderse cuando se dice que Benito Juárez y que Ignacio Manuel Altamirano no hablaron el idioma nacional durante su niñez. Los dos dicen en algún lugar de sus escritos que lo hablaban mal y que tuvieron que aprenderlo. Y esa, aprenderla, dominarla, después de que ella los dominó, fue una de sus hazañas. Así — toda proporción guardada — ocurrió conmigo: aprender a hablar y a escribir la lengua castellana ha sido una pequeña hazaña. Después de más de medio siglo de aprendizaje, todavía no puedo decir que ya es mía, que soy su amo y señor. Nunca pudo Benito Juárez decir que dominó el idioma español, él que ejerció tantos dominios; por el contrario, hasta el último día, reconoció que el idioma que hablaba y escribía estaban muy lejos de ser perfectos. Quizás exagerara el Patricio por lo que toca al señorío sobre la escritura del idioma; en ese campo, acaso pecara de extremada modestia; pero no es así en cuanto a hablarlo. Se recuerda, por ejemplo, que al igual que ocurre con los yucatecos aun los más cultos, que nunca pudo decir niño, sino *niñio*, y que en cambio decía *Antoño* por Antonio. Por lo que toca a Altamirano, sólo diremos que escribió una prosa ágil, hermosa, correcta hasta aquel límite que le dejara expresarse clara y transparentemente. Y que en la tribuna, en las charlas de sobremesa, en los corrillos, en las asambleas, era elocuente y era nítido: capaz por el manejo del idioma de

ganar batallas que parecían perdidas. Lo que dijo el académico argentino Deloro, que un abogado puede perder una causa por el mal manejo del idioma, es cosa cierta. Altamirano, con un discurso sencillo, dicho en lenguaje cotidiano, pero impecable en su construcción y en sus tesis, derrotó a los que pedían el indulto para los enemigos de la patria. De mayoría que era la votación antes de su discurso, pasó a ser de absoluta minoría.

¿Cómo aprendieron don Benito y don Ignacio Manuel el español? Lo aprendieron leyendo libros, memorizando textos en verso, y en prosa, lo que es más difícil: la rima, el metro, son poderosos auxiliares de la memoria. Lo aprendieron consultando el diccionario, todos los días, hasta el último día. Copiaron lecciones, escribieron repetidas veces las voces de dudosa y difícil ortografía. Enriquecieron su léxico buscando y encontrando en los diccionarios respectivos sinónimos y antónimos, con qué dar variedad y colorido a sus escritos.

Y puesto que usted, en cierto modo, me provoca para que cometa la inmodestia de hombrearme con Benito Juárez y con Ignacio Manuel Altamirano, le diré que el escaso español que hablo y escribo, lo aprendí, lo estoy aprendiendo, como ellos lo aprendieron: leyendo libros, consultando diariamente el diccionario; memorizando lecciones, en verso y en prosa. Escribiendo y rompiendo lo escrito, ganando un jornal periodístico, que así, escribiendo en periódicos, ejerciendo la dura tarea del diarista, es como se llega a literato según lo dijo Arciniegas, uno de los invitados al famoso Encuentro, motivo de su carta y de estas divagaciones.

[Viernes 29 de junio de 1973]



## BENITO JUÁREZ, ESCRITOR\*



CUANDO BENITO Juárez se presentó en el campamento rebelde del general Juan N. Álvarez, con aquella indumentaria que más acentuaba sus perfiles indígenas, parece lo más natural que éste le preguntara qué sabía hacer, y también que Juárez le contestara:

—Yo sé escribir, señor.

Con su respuesta quiso dar a entender muchas cosas, siendo la primera y más principal, que gozaba de aquel privilegio en su tiempo reservado a muy pocos indios. El alfabeto fue allí su credencial. Saber leer y escribir era una de sus armas. Era ya el ariete que tenía en sus manos para derribar muros, para abrir la puerta que la ignorancia, la miseria y el despotismo habían levantado y hablan cerrado.

No quiso decir que fuera literato, que supiera escribir en el sentido literario, no; sino sólo que sabía enlazar vocales y consonantes, ponerlas unas tras otras, para darles un significado. El otro paso fue que el general en jefe, Álvarez, lo dejara adscrito a su secretaría privada, para que contestara

\*Andrés Henestrosa, *Los caminos de Juárez*, *op. cit.*, pp. 95-104.

cartas menores, o de poca importancia, que no estuvieran relacionadas con la marcha de la Revolución.

Sin embargo, Juárez fue un correcto escritor; si en la era romántica no fue reconocido como tal se debió a que el pudor indio le vedaba las efusiones sentimentales, los *impromptus* líricos y las lágrimas, mas no carecía de ellos. Miguel Méndez, su amigo y guía intelectual en los primeros tiempos del Instituto, era joven de muchas lecturas y Juárez debió oírlo “con encanto —dice Sierra— porque probablemente desde entonces era muy sensible a la belleza literaria, facultad que conservó toda su vida”. Esa circunstancia, tal vez, explicara su arrimo y sometimiento a Méndez.

Juárez, a su vez, había leído en la biblioteca de Salanueva libros de la literatura clásica y devota. Y en su taller de encuadernación leería literatura de toda índole y no sólo ideólogos y doctrinarios, en los que al paso que se instruía en cuestiones de política y de filosofía histórica, iba formando su acervo literario y afinando el uso del idioma. “Es muy probable que don Antonio Salanueva —dice Smart— diera al curioso muchacho algunas lecciones sobre encuadernación. Suponiendo que fuera así, no nos consta que en lo sucesivo volviera a tener en sus manos ningún instrumento de los usados para encuadernar, ni de hecho ninguna otra herramienta de trabajo, excepto su formidable pluma”. No se olvide el lector que entre los libros que dejó al morir se encontraba una recopilación de los pensamientos de Tácito, al que redujo a aforismos: prueba del manejo y conocimiento del latín y del castellano.

Juárez fue un discreto literato. Otra cosa es que no fuera el ejercicio de las letras su mayor oficio. Ya hemos dicho que



en su mano la pluma no era un instrumento de recreo, sino de creación. Como era frugal su mesa, lo era su expresión. La porción indispensable de pan para ir viviendo; las palabras más necesarias, para expresar sus pensamientos y sus sentimientos. Juárez, al igual que José María Luis Mora, y toda una familia de escritores que arranca con José Joaquín Fernández de Lizardi, pudo repetir que una vez que había conseguido expresar su pensamiento no tenía tiempo para ocuparse en palabras. Su concisión era latina, bíblica. Bastaban a su expresión el sustantivo y el verbo, a veces nada más el verbo: en el principio de la acción está el verbo...

Muy pocos lo advirtieron, y aún no lo advierten muchos de entre nosotros. Más pronto lo vieron los extraños. En efecto, Salustiano de Olózaga, en su discurso de ingreso a la Real Academia Española (1871), dice al referirse a una carta de Juárez, que era su corresponsal: “Si pudiera yo —dijo— mostrar una carta escrita por el ilustre Presidente de Méjico, estoy seguro que encantaría a los señores académicos, por su gusto clásico y por la severidad de su castizo lenguaje.” La Academia Mexicana de la Lengua estaba por fundarse, y Olózaga se proponía señalar a Juárez como académico correspondiente, y en una segunda carta, le solicitaba su anuencia. “Creo —le decía— que convendría que V. se dignase a aceptar el título de académico correspondiente para el que no me atrevo a proponer a V. a la Academia, mientras no tenga su previo consentimiento.” Juárez contestó a la carta de Olózaga, agradeciendo el honor, pero declinándolo, porque en su modestia lo creía superior a sus merecimientos, que el español que hablaba y escribía eran precarios; pero que si querían distinguir

a alguien con aquel honor que lo hicieran con Pedro Santacilia, su secretario que escribía su correspondencia. Un exceso de humildad de aquel hombre, que siempre quiso estar en un segundo plano, sin conseguirlo: la historia lo había señalado para guía, para adalid y paladín.

Juárez leía latín, inglés y francés: el francés, acaso, lo hablara mejor que el inglés. Se advierte en sus escritos un afán y una decisión de ser claro, que es la máxima aspiración y preocupación de un escritor verdadero; aspiraba a ser entendido de todos, meta la más impostergable del político verdadero. Habla para todos y no para unos cuantos. No hablaba en clave, sino en el lenguaje de la calle, sin que por eso descuidara el rigor gramatical, sin que por eso olvidara o pospusiera las leyes que gobiernan nuestro idioma. Labra sentencias, busca la expresión que tenga la eternidad del pensamiento que expresa, y junto a eso, la belleza literaria que desafía al tiempo, independientemente de la verdad de que ya vaya revestida la expresión. Logró que forma y fondo se confundieran, que fueran inseparables, como lo son flor y perfume.

Pastor de palabras, las ponía en fila, en orden, unas tras otras, sin que ninguna se saliera del carril y de las reglas. Eso, y no otra cosa, dijo el clásico mexicano que es la literatura. Para eso, día y noche, había estudiado la lengua nacional. No era hombre de *élites*, de minorías. Al contrario del poeta, y acorde con el filósofo: con la mayoría, siempre.

Un escritor para todos. Un pensador para todos. ¿Se explica un político, un ideólogo, un periodista de raza, que escriba para unos cuantos? No. No se explica. Pocas palabras las de Benito Juárez, pero esas, las necesarias, aquellas sin

las cuales es imposible decir la verdad, elocuente por sí misma. Porque, en efecto, todo el que dice verdad es elocuente. La verdad es elocuente por sí. La palabra, que fue dada al hombre para decir la verdad, degenera y se degrada, pierde su virtud si se miente con ella. En el idioma materno de Benito Juárez, palabra y verdad son la misma palabra. Desnuda ha de andar la verdad para que reluzca. Reclame ropaje la mentira, para ver si así puede deslumbrar, como la verdad deslumbra. Como dirían en la lengua de Juárez: hay mentiras que ni siquiera a la mentira se parecen. Bien que lo sabía y lo practicaba Benito Juárez.

No tendrán sus escritos el ropaje y galas que tienen los de sus contemporáneos mexicanos; puede carecer de luces estilísticas y de bellezas de expresión inesperadas. Quizás no pudiera citar igual número de autores que los más famosos escritores de su tiempo, pero citaba a los eternos, a aquellos que colocados ante la realidad dijeron acerca de ella la lección que dictaba. Pocas, por no decir que ninguna, las citas que Juárez hace de otros autores, pero se advierte en su ideario la huella, la impronta de las autoridades que leyó. Ninguna referencia que no se acomode a la realidad que maneja. Hay en su prosa, en su pensamiento, la resonancia de los autores de la Antigüedad, que él acompasa con la realidad de su pueblo y de su tiempo. Juárez no iría jamás a la tribuna a proclamar algo ajeno a la realidad y a sus convicciones o sólo por escuchar aplausos.

Como fueron eternos sus hechos, eternas fueron sus palabras. Hermosos fueron hechos y palabras. A hechos eternos y hermosos corresponden palabras hermosas y eternas. Si no

fuera así, Homero habría muerto con Grecia. El manejo del español en Juárez se advierte en sus brindis y en sus improvisaciones. Ante los maestros del idioma, ante los literatos y poetas por definición, se atrevía y siempre salía airoso de la prueba. Era un hombre de vastas lecturas Benito Juárez. Pero no las recordaba, no las rememoraba. La realidad mexicana, que no se parecía a otra realidad, conducía indefectiblemente a la originalidad, al apego de las únicas palabras a que podía ser traducida.

¿Puede compararse una página de Ignacio Ramírez, de Ignacio Manuel Altamirano, de Vicente Riva Palacio, de Justo Sierra, a una página de Benito Juárez? No puede compararse: la de ellos es literatura, muy hermosa, muy real, muy de su tiempo y de su tierra; pero la letra de Juárez es escueta, tiene la consistencia del basalto y del granito, en los que parece que ya está impresa. Salustio y Tácito prohijarían y aceptarían como suyas algunas de sus sentencias y algunos de sus aforismos: no sólo son hermosos literariamente, sino pletóricos de verdad. Sus expresiones, breves evangelios, verdades reducidas a números redondos, máximas verdades en mínimas palabras. Si hasta parecen refranes sus sentencias: tienen cuenta silábica, hermanan muy bien poesía y verdad: brillan como el oro, suenan a plata. *Libre, y para mi sagrado, el derecho de pensar. En política, la línea recta es la más corta. Más vale una que dos guerras. Nadie sabe hoy lo que mañana podrá ser el hombre más obscuro.* ¿No parece que estamos leyendo a un autor de la Antigüedad clásica? Con razón los vanos, los que no creyeron en el genio indio, le han buscado a sus apotegmas, adagios y proverbios, la fuente de inspira-

ción más remota. Pero no están en nadie, están en él, en Benito Juárez. Más pronto podrían estar en el refranero español y en el indio, que él traducía y aplicaba a las circunstancias y a la historia de su pueblo.

*Antes quebrar que doblar*, se convierte en boca de Melchor Ocampo en: *Me quiebro, pero no me doblo*. Inflexible, que eso era Juárez y no impasible, quiere decir lo mismo: antes quebrar que doblar. Me quiebro, pero no me doblo, dijo de sí Manuel González Prada, el reformador peruano, ¿recordándolo de Melchor Ocampo? No, recordándolo del Romancero. Hombre de tradición oral, como indio que era, no podía hablar irreflexivamente: sabía que en la palabra está el hombre: que la palabra es un abismo por donde puede precipitarse el hombre: quien habla está al borde del sepulcro: quien habla o gana la vida, a gana la muerte. Una idea, un pensamiento, una palabra, pasaba por la mente y el corazón de Juárez por muchos tamices, por muchas laminaciones, antes de concretarse.

Reléanse sus arengas, sus discursos, cartas y manifiestos, y se verá que no hay en ellos palabra de más ni palabra de menos. Y son escasos, comparados con el número de los años de su vida pública. Palabra que no se concreta en acción, que no la anuncia, es palabra perdida. Es aire y va al aire. Es humo y en humo se convierte. ¿Hay alguna palabra de Benito Juárez que no pueda aparejarse a una realidad de México? Contesten sus enemigos, que sus partidarios saben que no hay ninguna. Su escrito más personal, más íntimo, el que mejor lo traduce, los *Apuntes para mis hijos*; algunas de sus cartas, sus brindis, tienen una precisión, un ritmo que guar-

da una exacta correspondencia con el latido de su corazón, con el latido de su puño, con el golpe de sangre de sus sienas. Son sístole y diástole de su corazón y de su mente.

El Juárez de hoy ha dejado de ser un poco el Juárez de ayer. Para eso ha servido este año que se consagra a su memoria, y los libros que se han publicado para honrarlo, y aún más, los que se han enderezado en su contra. Se han embotado los dardos contra el bronce y el mármol de su estatua. Su mejor defensa es su vida, son sus actos, son sus palabras y sus escritos. En sus palabras está. En sus actos se concreta: escueto, duro, pórvido y granito. Con palabras está hecha su estatua: oro que no habrá negación que funda, ni viento que incline ni derribe. Juárez escritor, sin embargo, está en espera de que se le rescate. Definitivamente absuelto de calumnias, salvado el hombre de acción, el otro paso será mostrar al amante y cultor de las letras que fue Benito Juárez, y del que aquí sólo se han ofrecido algunos atisbos.

## LA ESTATUA A MEDIO HACER\*



NACIÓ PROYECTO de estatua. No es que fuera feo, sino que la estatua estaba a medio hacer: al pórfido y el tezontle, al basalto y el granito, al bronce y el hierro, al mármol y el cristal de roca les faltaba el escoplo y la gubia, el buril y el esmeril. Sólo con el curso de los años la estatua quedó concluida.

Era de pequeña estatura, más bien grueso que gordo; el rostro severo, sin llegar a rígido; eran negros los ojos, la mirada firme; la frente pequeña, pero alta; la cabeza la tenía redonda, rotunda, quiere decir. Sus cabellos eran negros, hirsutos y rebeldes, que los cuidados apenas si llegaron a domeñar; la boca grande, los labios gruesos y sellados; cerrados. Grande la nariz, dos líneas enérgicas las cejas, las orejas grandes y un poco cóncavas, como para mejor captar voces lejanas y misteriosas.

Una cicatriz, como un golpe de cincel mal dado, le quedó para siempre sobre el labio superior derecho. Tenía las manos y los pies pequeños y cuadrados. La una mano —la derecha— era suave; la otra, que mantuvo cerrada, rígida.

\*Andrés Henestrosa, *Los caminos de Juárez*, op. cit., pp. 85-94.

En una llevaba una flor; en la otra un látigo; para que se cumpliera el refrán zapoteco que enseña cómo conducir a los hombres: *Ti chu nou, guié; sti chu nou, guidi*: en una mano la flor, en la otra el látigo.

Nunca reía, a veces sonreía. Lo uno es propio del cuerpo; lo otro, del espíritu: ríe la carne, sonrío el alma. Sabía escuchar, lo que es condición del buen político y del buen gobernante. Cuando alguno tenía una hermosa ocurrencia o decía una palabra hermosa, que es como decir que su alma despedía algún fulgor; entonces, se dice que sonreía.

Su andar era firme, como aquel que está acostumbrado a caminar entre breñas y sobre rocas. Sus pies eran sabios como eran sabias sus manos. Desnudos los tuvo toda la niñez: los dedos de los pies flexibles, prontos a sortear y a acomodarse a las desigualdades del terreno: garfios para mantenerlo firme sobre la tierra. Los dedos de las manos para asirse firmemente a las cosas esenciales: la honda del pastor, la pluma, la espada, la bandera, el bastón de mando; sólo inhábiles y débiles en el manejo de las cosas superfluas: abotonarse la camisa, anudar la corbata, maniobrar cuchara, cuchillo y trinche: las manos le fueron dadas al hombre para ganarse el pan y comerlo con ellas, para darlas a otro hombre: firmes, leales, de hombre y de amigo.

Era pudoroso, indio al fin. Tenía limpio el cuerpo como tenía limpia el alma. Se bañaba todos los días, al amanecer, con agua fría, como en su niñez, con aquella agua que fluía por los muslos de la montaña, que dijo Ralph Roeder.

Lloraba en las grandes ocasiones: cuando recordaba a la esposa ausente y cuando muerta; cuando acudía a su memo-



ria el nombre y la persona de la hermana María Josefa; tres veces lloró al arrear y al besar la enseña patria. No fueron muchas sus lágrimas: una sola: aquella que resumía el dolor o la dicha del instante. No era en él una afrenta llorar. Porque sólo los hombres lloran ante los hombres, como dijo el poeta de Grecia.

Cuando le vino la muerte, levantó los brazos no al cielo, sino a la cabeza, en la que la vida se resume, concreta y reside. La muerte la llevaba en el pecho, allí estaba, como aquella semilla de que habló Rainer Maria Rilke.

Hasta en el trance final fue pudoroso, amante de la armonía y de la euritmia: se cubrió el rostro para que nadie —ni los dioses ni los hombres— advirtieran el espantoso rostro de la muerte.

Sólo en una ocasión en las cartas a la esposa, se le escapa y cuela una palabra que aluda a otro entendimiento que no fuera el de las almas. Nunca ninguno lo vio, ni le escuchó cosa alguna referida al amor carnal. Jamás traicionó el pacto sagrado del matrimonio. Ésa es también aquella limpieza de alma.

El huracán que fue su vida se redujo a un sollozo, a un suspiro. Descendió a la tumba desnudo, como vino al mundo, en el que sólo una cosa ganó: la mortaja.

Su pequeño cuerpo, que lo llevó y lo trajo por todos los caminos de México, quedó reducido a un puñado de ceniza, de polvo, de una nada que se trasmutó en mármol y en bronce para la estatua que estaba a medio hacer cuando vino al mundo.



# LOS HECHOS DE JUÁREZ\*



MIENTRAS MÁS y mejor se estudia a Benito Juárez desde el punto de vista jurídico, sociológico, económico, histórico y moral, más robusto surge su papel de salvador de la existencia de México, de promotor de las instituciones de su tiempo y de precursor de nuestra democracia contemporánea. La pasión que se ha desplegado a favor y en contra del símbolo, oscureció fugazmente la apreciación correcta del hombre y de sus ideas. Mas es incuestionable que, después de la fase más violenta de la controversia, el verdadero tamaño de Juárez se ha afirmado en su patria y ha alcanzado proyección universal.

Nació indio y nunca dejó de serlo; se formó mestizo, y tampoco dejó de serlo. En el campo aprendió a pensar por sí solo, a penetrar más allá de la apariencia de las cosas, a esperar y a emprender la pluralidad laboriosa del mundo. Supo que el hombre puede ser el guía y el protector de las criaturas más indefensas, y que en conducir las por sendas seguras ra-

\*Juárez: *Memoria e imagen*, México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1998, pp. 19-21.

dicaba su responsabilidad y su grandeza. No por azar entre los pueblos pastores han aparecido guías de mano tan firme. Su pobreza, que fue total, lo familiarizó con lo más duro e inclemente de la tierra. Sólo la pobreza permite entender sin odio, pero sin blanduras, las proporciones de la injusticia; y sólo en una naturaleza recia y alerta se van edificando en el infortunio ideas concretas y viables para remediarlas. Y así, antes de aprender las letras, supo de memoria la descarnada verdad de su país.

Nunca perdió la honestidad del pobre ni la frugalidad del indio. Pero muy pronto cobró conciencia de que, para actuar en el mundo y cambiarlo a la medida de la justicia, era preciso hacerse de una lengua de alcance nacional y de los conocimientos que podían utilizarse no en la defensa de unos cuantos, sino para servicio de todos. Esto explica el respeto que siempre le mereció la sabiduría occidental y el uncioso tesón con que bregó desde la primera hora del contacto con la ciudad, para dominar la lengua castellana.

Su tutor, Antonio Salanueva, lo encaminó hacia el Seminario de Oaxaca, donde se enseñaba religión conforme a estrechos patrones, y un primer signo de la claridad con que Juárez vislumbraba su destino fue rebelarse contra la fácil solución de recibir las órdenes sagradas. Sin embargo, los años que pasara bajo la tutela de clérigos, reafirmaron aún más el profundo sentimiento religioso que traía de sus viejas razas. Su devoción a los símbolos nacionales —la Constitución, la bandera, el himno— tenía mucho del fervor supersticioso con que se adora a los ídolos y a las imágenes. Pero la simple presencia de un encuadernador en una población como

Oaxaca hace suponer que existía allí una minoría ilustrada, que se interesaba por los libros más representativos del pensamiento laico. Sin duda, de las manos religiosas del terciario Salanueva salieron bellamente empastadas las obras de Voltaire, Rousseau, Montesquieu y d’Alembert, y acaso la producción de los grandes liberales norteamericanos, como Franklin y Jefferson, los Adams y William Penn. Y no parece raro que en la modesta biblioteca personal del encuadernador, al lado de hagiografías y devocionarios, figuraran los clásicos eternos de Grecia y Roma. Es natural que el joven zapoteca leyera ávidamente todo ese acervo de la sabiduría de los hombres libres de su época; de otra manera no se explica su segura terminología enciclopedista, desde las primeras expresiones literarias que de él se conservan. Su estilo directo y conciso es consecuencia no sólo de su temperamento, sino de una disciplina formativa que le viene de muy lejos. Ese estilo, tan personal, trasciende de la colaboración que pudieran haberle prestado distintos hombres de letras de su tiempo para la elaboración de sus discursos y documentos públicos; hay enfoques, mecanismos de juicio, ideas fundamentales y hasta palabras que son su clave personal y sello propio. Su terminología evoluciona a medida que se transforma, de figura local y provinciana, en figura nacional.

Tan grande fue la acción de Benito Juárez, que se puede decir que opaca al hombre de ideas, al pensador político, siendo, como es, uno de los más congruentes de su generación. Él mismo se creyó más un hombre de acción que de pensamiento. La palabra era sólo el medio de anunciar lo que se proponía realizar. “Quisiera —dijo— que se me

juzgara no por mis dichos, sino por mis hechos. Mis dichos son hechos.”

El signo del pensamiento de Juárez es el realismo. Se fijaba metas lejanas, pero no inexpugnables. Conocía demasiado su voluntad y el poder de las ideas que defendía, para dudar de que alguna vez pudieran hacerse efectivas. A lo largo de su vida se advierte una trasposición, una adaptación de los símbolos del bien y del mal en el terreno político desde otros mundos a los ámbitos de su patria. Para él, el monarca, el rey, el tirano de la Revolución francesa, es la España sojuzgadora de América. Más tarde el enemigo ya no es tan vago ni arranca del pasado, sino que está vivo, representado por todas las fuerzas del oscurantismo, del privilegio y de la amenaza extranjera. Cuando habla de los enemigos de México, sabe quiénes son, en dónde están y cómo hay que vencerlos. Por la misma razón, sus palabras se dirigen primero a sus coterráneos de Oaxaca y después a la totalidad de los mexicanos. De esta suerte nunca fue anacrónico ni le quedó grande el puesto que desempeñaba.

Juárez no concebía la Reforma como un movimiento exclusivamente político, sino como el basamento de un sistema de democracia. Para él, el poder tenía el límite de la justicia, y no había justicia posible sin ética; las leyes eran sagradas porque expresaban la altura máxima de una aspiración moral y de paz colectiva, y no porque dispusieran del instrumento para castigar a quienes las violaban. El concepto de lo ético en la conducta personal del gobernante y en los actos de los órganos gubernativos es el meollo del pensamiento juarista y tiene paralelo ilustre con el que idearon y aplicaron

los grandes creadores de la democracia norteamericana, los Adams y Jefferson, principalmente.

Los males tienen causas ciertas y determinadas, y Juárez las buscó y las combatió hasta exterminarlas. Su pueblo estaba mayoritariamente desposeído de la protección de la ley y avasallado por minorías dueñas de privilegio. Él sabía que nunca se renuncia voluntariamente a esos falsos fueros y que hay que abatirlos compulsivamente en nombre de los intereses colectivos. En esa pugna no se persiguió la sujeción de una y otra clase, ni la imposición de una institución a otra, sino la igualdad de todo ante la ley. Tan justamente se logró el objetivo, que la Iglesia, el Ejército y todas las demás entidades que en el siglo XIX privaban con fueros sobre la ciudadanía, y muchas veces al amparo de leyes deliberadamente acondicionadas a la injusticia, viven y actúan en nuestros días. Las evidencias históricas abonan la seguridad de que la Reforma en México nunca se propuso ni originó la destrucción de instituciones que, dentro de los límites de la ley, son factores indispensables para la estructura social.

La sorda aversión a Juárez y a lo que él representa se ha disfrazado bajo muchas apariencias ideológicas, morales, jurídicas y hasta con implicaciones para la integridad del territorio. El ataque, como es natural, ha procedido de los grupos a quienes desposeyó de sus monopolios y privanzas, y al menos, desde el punto de vista de los intereses materiales afectados, tiene una explicación. Con cierta astucia se ha hecho derivar la verdadera índole de esta campaña hacia el terreno religioso, aduciendo que el liberalismo quiso destruir a la religión católica. ¿No dijo él que el pueblo mexicano,

sin otra ayuda que su fe en las ideas del siglo, abatió el coloso clerical, dejando intacta la religión?

Con la misma regularidad y firmeza que Benito Juárez creció desde pastor de ovejas hasta Presidente de la República, su signo y su talla se han ido desparramando y creciendo por el mundo de los hombres libres. No hay escuela de primeras letras, por humilde que sea, donde su nombre no brote con extraño temblor de los labios de los niños de todas las razas. Sus rasgos de tezontle y su mirada segura o impasible son familiares a todos los pueblos a través de monumentos erigidos en su honor. No hay hombre de pensamiento preocupado por las disciplinas del arte de gobernar y por las normas que consolidan la dignidad del hombre y el respeto al suelo donde vive, que no retorne, con fecunda periodicidad, al legado ideológico de este maestro de civismo.

Sus verdades no tuvieron aplicación efímera porque responden a aspiraciones tan viejas como la existencia del hombre sobre la tierra. Por eso, Juárez vive, su pensamiento político es actual y vigente. Pensó y trabajó para todos los hombres, de todos los tiempos y cualquiera el lugar en que nacieran. Parece que nos dice todos los días, a toda hora: salid del pueblo, barro. Volved al pueblo, mármol.



# BIBLIOGRAFÍA



- BARROS VALERO, Javier, *Actualidad de Juárez*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1990, Textos de Política Exterior/29.
- Benito Juárez (1806-1872)*, en <http://www.elbalero.gob.mx/historia/html/sxix/biojuarez.html>
- COMISIÓN DEL PAPALOAPAN, *Pensamientos sobre Benito Juárez en Guelatao 1898-1978*, Guelatao, Oaxaca, 1978.
- CONTRERAS GRANGUILLHOME, Jesús (comp.), *Primores de lo mínimo. Una excursión por el Museo Nacional 1939-1940*, México, El Nacional, 1996.
- Diario de los debates de la H. Cámara de Diputados 1916-1994*, Legislatura XLIV, Año Legislativo III, Periodo Ordinario, 22 de noviembre de 1960, Núm. 24.
- , Legislatura XLIV, Año Legislativo III, Periodo Ordinario, 23 de diciembre de 1960, Núm. 38.
- Discurso del senador Andrés Henestrosa Morales en la sesión solemne conmemorativa del aniversario luctuoso de don Belisario Domínguez el jueves 7 de octubre de 1982, en [http://www.senado.gob.mx/medalla\\_belisario.php?lk=docs/1982.html](http://www.senado.gob.mx/medalla_belisario.php?lk=docs/1982.html)
- Discurso pronunciado por el ciudadano maestro Andrés Henestrosa Morales, en la sesión solemne conmemo-

rativa del jueves 7 de octubre de 1993 con motivo de la imposición de la medalla de honor “Belisario Domínguez”. En [http://www.senado.gob.mx/medalla\\_belisario.php?lk=docs/1993.html](http://www.senado.gob.mx/medalla_belisario.php?lk=docs/1993.html)

*El Universal*, Cultura, México, lunes 26 de febrero del 2001, p. F4.

*Eternidad de la canción. Homenaje a don Andrés Henestrosa en ocasión de recibir el Premio de Derechos Humanos Rene Cassin 1992*, Tribuna Israelita, México, 1992.

FUENTES MARES, José, *Juárez: El Imperio y la República*, México, Grijalbo, 1983.

GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Luis, *Guía de la Reforma. Una conmemoración y 45 testimonios de Juárez su México*, México, Secretaría de Educación Pública, 1987.

HENESTROSA, Andrés, “Los hechos de Juárez”, en *Juárez. Memoria e imagen*, México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1998.

———, “Los hispanismos en el idioma zapoteco”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente de la Real Española*, México, Academia Mexicana de la Lengua, 1968, vol. 19.

———, *Agua del tiempo*, Novedades, México, 1991, t. I y II.

———, *Benito Juárez. Flor y látigo. Ideario político*, México, Horizonte, 1944.

———, *Benito Juárez. Textos políticos*, México, Secretaría de Educación Pública, 1944, Biblioteca Enciclopédica Popular, Núm. 5.

———, *Cartas sin sobre. Confidencias y poemas al olvido*, México, Miguel Ángel Porrúa, 1996.

———, *Divagario*, México, El Día en libros, 1989.

- , *La batalla de Juchitán*, México, Bibliófilos Oaxaqueños, 1966.
- , *Los caminos de Juárez*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972, Colección Popular.
- , *Retrato de mi madre*, México, Instituto Oaxaqueño de las Culturas, 1995.
- IGLESIAS CALDERÓN, Fernando, *Las supuestas traiciones de Juárez*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972.
- JUÁREZ, Benito, *Apuntes para mis hijos*, México, Secretaría de Educación Pública/Conasupo, 1972, Colección Cuadernos Mexicanos, núm. 46.
- Juárez. *Memoria e imagen*, México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1998.
- PEZA, Juan de Dios, *Memorias. Epopeyas de mi patria: Benito Juárez*, México, Factoría ediciones, 1998, Col. La Serpiente emplumada, núm. 5.
- REYES HAIDUCOVICH, Alexandra, *Henestrosa, hombre de un siglo*, México, Miguel Ángel Porrúa, 2005.
- ROEDER, Ralph, *Juárez y su México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972.
- SENADO DE LA REPÚBLICA, *Diario de debates*, LIII Legislatura, año II, Primer Periodo Ordinario, Diario 7, 18 de septiembre de 1986.
- SIERRA, Justo, *Juárez: su obra y su tiempo*, México, Editorial del Valle de México, t. 2.
- TAMAYO, Jorge L., *El pensamiento de Juárez, guía de México*, México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1971.
- ZAYAS ENRÍQUEZ, Rafael de, *Benito Juárez, su vida y su obra*, México, Secretaría de Educación Pública, 1971, Col. SEP/SETENTAS.



# ÍNDICE



ESTUDIO PRELIMINAR.....	5
APUNTES BIOGRÁFICOS	
Sus primeros años.....	57
El tío Bernardino.....	61
Pastor de ovejas y de hombres.....	67
En letras de oro.....	71
Juárez y Margarita.....	77
El camino de Juárez.....	79
APUNTES HISTÓRICOS	
Joven insurgente.....	89
La batalla de Juchitán.....	95
La batalla de Calpulalpan.....	105
Juárez y la República Dominicana.....	111
Unamuno, juarista.....	115
Juárez en la anécdota.....	119
LEGADO DE JUÁREZ	
Juárez flor y látigo.....	125
Benito Juárez. Flor y látigo. Ideario político.....	129

El apotegma juarista.....	155
Otra vez el apotegma.....	159
La honestidad como institución.....	161
Frases afortunadas.....	165
Otra lección de Juárez.....	169
En horas difíciles.....	173

#### PRÓLOGOS A JUARISTAS

Estatua viviente.....	179
Benito Juárez. Su vida y su obra.....	181
Fernando Iglesias Calderón.....	205

#### JUÁREZ EN MI ALMA

La simiente de los grandes hombres.....	223
Juárez visto por Diego.....	227
Los “Apuntes” de Benito Juárez.....	231
Pan y escuela para los indios.....	235
Mitología de Juárez.....	239
Juárez en el habla cotidiana.....	247
Juárez en el grito.....	251
Epistolario de Juárez.....	255
Del encuentro académico.....	259
Benito Juárez, escritor.....	263
La estatua a medio hacer.....	271
Los hechos de Juárez.....	275

BIBLIOGRAFÍA.....	281
-------------------	-----